

XIMENA VALDES S. PAULINA MATTA

OFICIOS Y TRABAJOS DE LAS MUJERES DE POMMAIRE



pehuén

CEMI



Su quehacer, por lo general se encuentra inmerso en el hogar, en la familia, en el vecindario y entonces, para conocer la condición femenina es preciso resignificar la casa y el mundo doméstico articulando los cambios que en él acontecen, a los procesos sociales globales que los explican. Para las loceras y las trabajadoras de la arcilla, estos actos día a día que han cristalizado en la producción de ceramios, han ido variando con el correr del tiempo y así como ellos pueden detectarse en la singularidad de cada trayectoria de vida, en cada mujer concreta, un análisis conjunto de biografías de mujeres de distinta edad y diferente condición social, puede dar cuenta de las transformaciones de que han sido testigos y actores las mujeres de la aldea.

**OFICIOS Y TRABAJOS
DE LAS MUJERES DE POMAIRE**

Esta publicación es una coedición de
Pehuén Editores y CEM (Centro de Estudios de la Mujer).

Edición al cuidado de Mariano Aguirre
Diseño de Magdalena Barrenechea
Portada de Sebastián Barros
Fotografías de Paulina Matta,
Ximena Valdés y Angélica Willson.
Mapas de Mario Villegas.

© Ximena Valdés S, Paulina Matta, 1986
Inscripción N° 64042
© Pehuén Editores, 1986
Manuel Montt 2534, Santiago

Derechos reservados para todos los
países de lengua castellana
Primera edición, enero 1986

Impreso en los talleres de
Abril Impresora
Nataniel 1137, Santiago

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

XIMENA VALDES S. PAULINA MATTA

OFICIOS Y TRABAJOS
DE LAS
MUJERES DE POMAIRE

CEM
pehuén

PRIMERA PARTE

Oficios y trabajos de las mujeres de
Pomaire

Ximena Valdés S.

INTRODUCCION

La condición de las mujeres y su historia puede ser vista como una permanente entrada y salida de sus casas, según la etapa de desarrollo en que se encuentre el proceso económico y productivo en que se hallan insertas.

En general, las mujeres ligadas al trabajo alfarero, no han escapado a tal patrón toda vez que el artesanado ha dado paso a la producción fabril, despojando a las mujeres de uno de los oficios que caracterizó el mundo rural en el siglo pasado y, en algunos casos como en Pomaire, las primeras décadas del presente siglo. Sin embargo, las loceras de Pomaire han sido capaces —como lo puede ser toda cultura subalterna— de reelaborar para sí formas de resistencia a tal proceso, construidas a partir del rol protagónico que, en determinado momento de la historia de la aldea, tuvieron en la alfarería.

Tal protagonismo en el proceso de trabajo alfarero, así como la tendencia a que las mujeres se hayan visto expropiadas del oficio de loceras, son procesos que se enmarcan en un conjunto de otros procesos ligados a la lenta pero sostenida descomposición social del campesinado de Pomaire.

En efecto, los orígenes de la aldea remontan a la existencia de un *pueblo de indios* que fue trasladado de sitio numerosas veces, cercado y arrinconado, despojado finalmente de sus tierras de labranza y pastoreo.

Los caracteres originales que aún conserva —es decir, el tratarse de una aldea alfarera de pasado campesino— parecen haberse constituido durante el siglo XIX, perdurando las actividades alfareras junto a las agrícolas y comerciales, aunque las agrícolas tendieron a disminuir hasta prácticamente desaparecer, durante las últimas décadas de este siglo.

Se podría postular que la alfarería fue una forma de resistencia de los moradores de la aldea a los múltiples despojos de tierras de que habían sido objeto hasta el siglo XIX y que de esta manera se fueron transformando en campesinos alfareros. Compelidos por el cerco de las haciendas, por las usurpaciones de tierras, a mediados del siglo pasado los campesinos de Pomaire encontraron en las actividades alfareras una forma de paliar la estrechez de sus tierras, al llevar la producción aldeana de ceramios ligada a un mercado campesino, a los mercados urbanos.

Durante el siglo XIX, la alfarería fue una actividad complementaria a la agrícola, ejercida tanto por hombres como por mujeres, mientras que durante la primera mitad del presente siglo, la alfarería fue una actividad eminentemente femenina, hasta los alrededores de la década del sesenta, cuando se generaliza el uso del torno.

La feminización de la alfarería obedece a la pérdida de independencia de los campesinos de Pomaire por su creciente enrolamiento como trabajadores de las haciendas vecinas, una vez que comienzan a hacer crisis, por su profundidad, los procesos de subdivisión y fragmentación de la propiedad. Durante la primera mitad de este siglo, y en el contexto tanto de las subdivisiones de las pequeñas propiedades sucesoriales como de los procesos de diferenciación social heredados del siglo pasado, algunos campesinos, quizás los menos, siguieron como pequeños productores y los más se transformaron en trabajadores de las haciendas, o buscaron arreglos que les permitieron ampliar su estrecho espacio productivo, bajo fórmulas de arriendos o medierías de tierras.

Las mujeres, que en el siglo pasado no habían sido las únicas depositarias de las prácticas ligadas a la alfarería, comenzaron a relevar a los hombres y a transformarse en las únicas cultoras del oficio, adquiriendo por este hecho un rol protagónico en la vida aldeana, al lograr hacer de la alfarería una forma de resistencia a la descomposición social del campesinado de Pomaire, proceso enmarcado esta vez, en las subdivisiones de tierras. Su trabajo les proporcionó una significativa independencia económica, es decir adquirieron el potencial necesario para vivir en forma autónoma llegado el caso de hacerlo, mientras los hombres se transformaban en agentes pasivos de la vida aldeana al hacerse tributarios de las haciendas.

No obstante, en el curso de las tres últimas décadas, la modernización del mundo rural y de la sociedad en su conjunto, los procesos de urbanización del campo y las alteraciones en el mismo proceso de

trabajo alfarero, han tendido a desplazar a las loceras del oficio que le otorga identidad a Pomaire.

Así como en el ámbito de las haciendas, la profundización del capitalismo afectó a las mujeres relegándolas al dominio doméstico, a causa de la generalización del salario masculino y el despojo de su rol de productoras agrícolas, en esta aldea de pasado campesino, las mujeres también se ven despojadas de su oficio, por la fragmentación del proceso de trabajo en varios actores, muchos de ellos hombres. La masculinización de la alfarería va de par con la mecanización de la producción, fruto de la introducción del torno.

Durante la última década y corolario de la reorientación de la producción agrícola de bienes-salario para el mercado interno hacia la producción frutícola para la exportación en la región central del país, las mujeres son compelidas a trabajar como asalariadas de temporada, en un contexto de cesantía e inestabilidad laboral masculina en la agricultura. Y por este hecho, las mujeres de Pomaire que habían estado insertas en el trabajo alfarero durante la primera mitad del siglo, en esta última década tienden a sumarse al proceso general de feminización de la agricultura de la región central del país.

Son estos procesos de cambio, los analizados a la luz de historias de vida de mujeres de la aldea de Pomaire en la primera parte de este texto.

Una segunda parte contiene las fuentes autobiográficas en base a las cuales se construyeron las hipótesis, se intentaron periodizaciones tentativas en torno a los cambios ocurridos en el proceso de trabajo alfarero.

El material autobiográfico y los registros testimoniales tienen la ventaja de aportar nuevas perspectivas para conocer un campo poco explorado hasta hace algunos años en nuestro país. De este modo, la invisibilidad y opacidad de las mujeres en nuestra sociedad, ha comenzado a hacerse visible y a cuestionar aún de manera fragmentaria, la ausencia de las mujeres en la vida social y laboral; también a develar su subordinación en la familia y en la sociedad y la discriminación en el mundo del trabajo.

Pero el material autobiográfico permanece mudo si no se le problematiza. A cambio, los registros pueden constituirse en una sucesión de hechos dispares donde el acontecimiento personal no permite comprender los procesos sociales en que todos los individuos se encuentran insertos. Contrariamente, al interrogar la historia de vida en función de las transformaciones ocurridas en el proceso de trabajo,

puede permitir construir hipótesis que encaminen las necesarias, porque casi ausentes, investigaciones acerca de la condición e historia de las mujeres. Difícilmente tal empresa puede enfrentarse a partir de lo que para los hombres es lo más corriente. Y en efecto, cuando se habla del trabajo masculino, generalmente no se hace sino ligando la inserción de los hombres en el mundo del trabajo, con las luchas desplegadas por ellos. A pesar de que esta es una aproximación que tiende a desdibujar a los individuos concretos para situar a algunos en el campo de su luchas, para las mujeres esta aproximación es tanto más difícil, en cuanto ellas más que actores de los movimientos sociales, pueden verse como combatientes por la vida cotidiana, sin que los actos día a día que despliegan en su entorno inmediato tengan mayor significación para la sociedad. Su quehacer, por lo general se encuentra inmerso en el hogar, en la familia, en el vecindario y entonces, para conocer la condición femenina es preciso resignificar la casa y el mundo doméstico articulando los cambios que en él acontecen, a los procesos sociales globales que los explican.

Para las loceras y las trabajadoras de la arcilla, estos actos día a día que han cristalizado en la producción de ceramios, han ido variando con el correr del tiempo y así como ellos pueden detectarse en la singularidad de cada trayectoria de vida, en cada mujer concreta, un análisis conjunto de biografías de mujeres de distinta edad y diferente condición social, puede dar cuenta de algunas de las transformaciones de que han sido testigos y actores las mujeres de la aldea. En este sentido, los procesos macro-sociales pueden ser leídos en las historias de vida ya que cada individuo no es un epifenómeno social, sino por el contrario, es posible leer una sociedad a través de un conjunto de registros autobiográficos que, en este caso, emergen desde una misma situación local.

Los intentos de periodización que expresan en buena medida nuestras hipótesis de trabajo, centrados en el proceso de trabajo alfarero, interpelan un modelo de mujer fruto de una ideología patriarcal que ve las múltiples actividades que las mujeres despliegan tras las puertas de sus casas sin otorgar importancia alguna a lo que acontece en el espacio privado —y crecientemente privatizado— en que las mujeres corrientemente se desenvuelven. Y, sin embargo, lo que acontece en el espacio privado no es a-histórico, pero la historia como la conocemos, transcurre fuera de la casa, en la esfera pública y, en consecuencia, la gran mayoría de las mujeres que trabajan y producen en este

espacio interior, son vistas por la sociedad como agentes pasivos.

Pero para las mujeres de Pomaire que han desplegado su trabajo alfarero junto a su quehacer doméstico, una serie de cambios han ocurrido en el curso de este siglo y, en este contexto de invisibilidad de sus actividades, la historia de vida se nos reveló como un método privilegiado para formular algunas hipótesis acerca de la condición femenina en Pomaire, centrada en los oficios y los trabajos y la periodización de los mismos.

Atendiendo a estos cambios y a la memoria que las mujeres conservan sobre su oficio, intentamos articular para su comprensión a individuos históricamente inarticulados que por su misma condición y los procesos de modernización que han afectado al mundo rural, tienden a ser despojados de su oficio así como también a ser crecientemente aislados en el espacio privado, en un contexto de aguda competencia debido a la transformación de una aldea campesino-alfarera, en un mercado de artesanías.

Para la comprensión de los cambios que han afectado a las loceras de Pomaire, junto al análisis de las historias de vida de algunas de ellas, se ha recurrido a fuentes secundarias que nos han permitido mejor contextualizar las trayectorias individuales.

Las entrevistas se realizaron eligiendo a mujeres de distinto rango de edades, estratificadas socialmente en función del comercio —con o sin puesto de venta, o puesto grande y pequeño—, y de los trabajos agrícolas, buscando destacar los elementos de cambio en cada trayectoria de vida. Junto a las historias de vida recogidas en Pomaire, otras recogidas a mujeres de haciendas en ocasiones sirvieron para establecer comparaciones.

Las entrevistas realizadas en Pomaire a once mujeres, son desiguales en calidad; algunas aparecen incompletas, otras ocasionalmente forzando temas que las entrevistadoras pensaban destacar. En muchas de ellas, no aparece una periodización clara lo que obligó a profundizarlas después de revisar todo el material rastreando datos que permitieran establecer cronologías aproximativas, en función de los propósitos del análisis.

Las entrevistas fundamentales fueron hechas por Kirai de León, y algunas complementarias por Sara Godoy; su análisis por Ximena Valdés.

La composición de las historias dadas en la entrevistas primero grabadas y luego transcritas, fue realizada por Paulina Matta. Se eligió

no transcribir formas como *pa'* por *para*, *pu'* por *pues*, etc., por diversas razones. Primero, porque para ningún grupo cultural, el lenguaje oral es igual que el lenguaje escrito; si se solicitara a las mujeres de Pomaire que escribieran sus historias, seguramente no utilizarían las formas que naturalmente aparecen en el lenguaje oral; y los textos están destinados a la lectura. En segundo lugar, porque formas como *pa'* y *pu'* y otras pueden ser vistas como estereotipos de transcripción fonética. Ellas sólo revelan la soberbia cultural del afán de "folklorizar" a culturas subalternas, consideradas como mera cosecha de curiosidades. Si seriamente se intentara una transcripción fonética, ésta sería infinitamente más compleja, y tendría sentido en el contexto de estudios lingüísticos específicos. Fuera de este contexto, nunca las entrevistas a los considerados "pares", acusan la distancia existente entre su lenguaje oral y la convención de la escritura.

Nuestros agradecimientos a quienes hicieron posible la materialización de este trabajo: Kirai de León abrió el camino para conocer la historia de cada mujer y tuvo la iniciativa de fijar nuestra mirada en el oficio de las loceras; Sara Godoy realizó una parte complementaria de las entrevistas, Angel Cabezas su fichaje y Consuelo Infante proporcionó los contactos en la aldea.

Sin la colaboración de todas las mujeres que entregaron su tiempo y su confianza al relatar sus trayectorias de vida y su visión de los cambios acontecidos en la aldea, este trabajo no hubiera sido posible. Por estas razones y con el deseo de expresar nuestra gratitud hacia todas ellas, hacemos mención de quienes pudimos conocer y convivir en medio del quehacer de su oficio: Olga Salinas, Dominga Pallauta, Rosa Torres Astorga, Teresa Muñoz y María López.

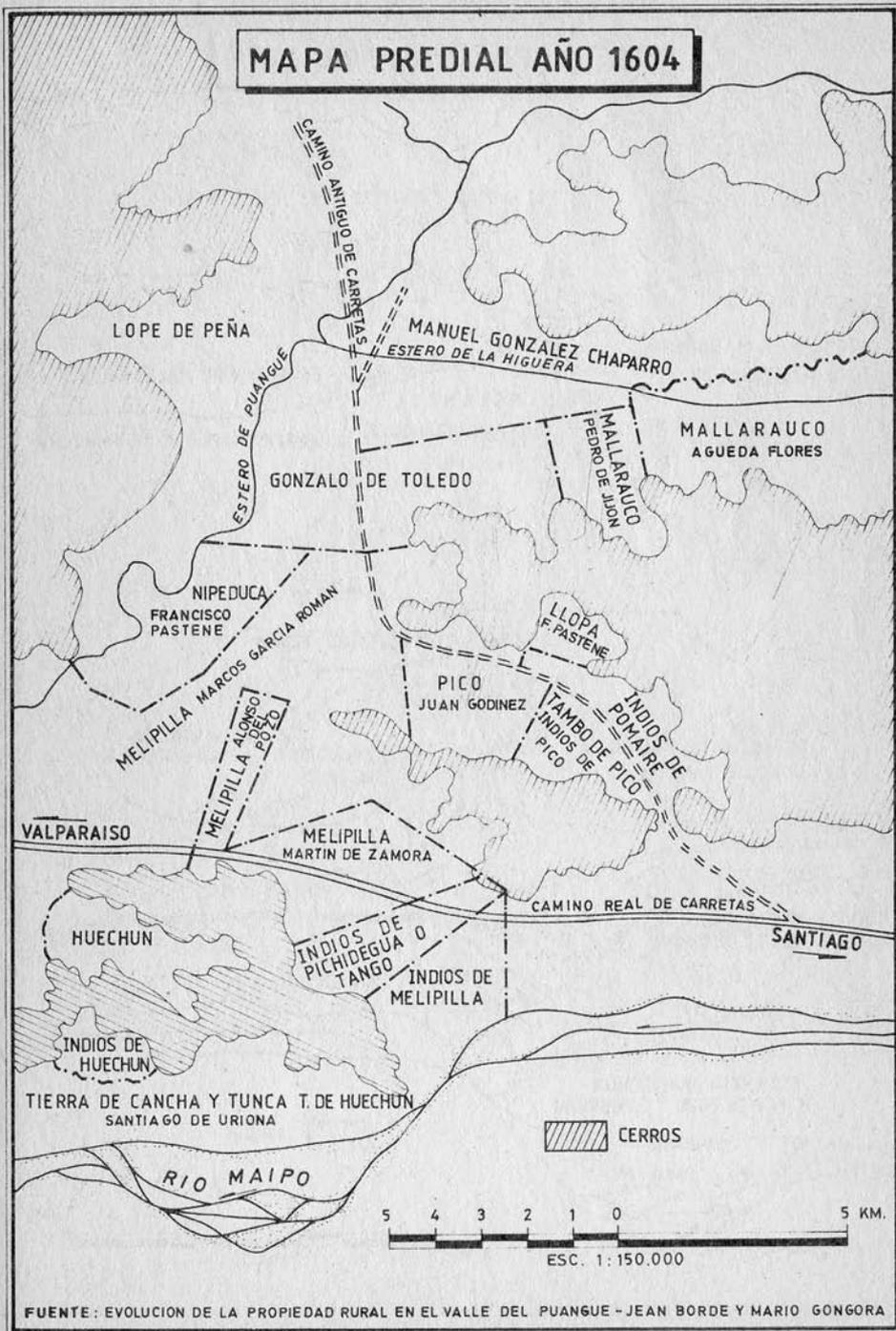
X.V.S.

Santiago, diciembre de 1985

CAPITULO PRIMERO

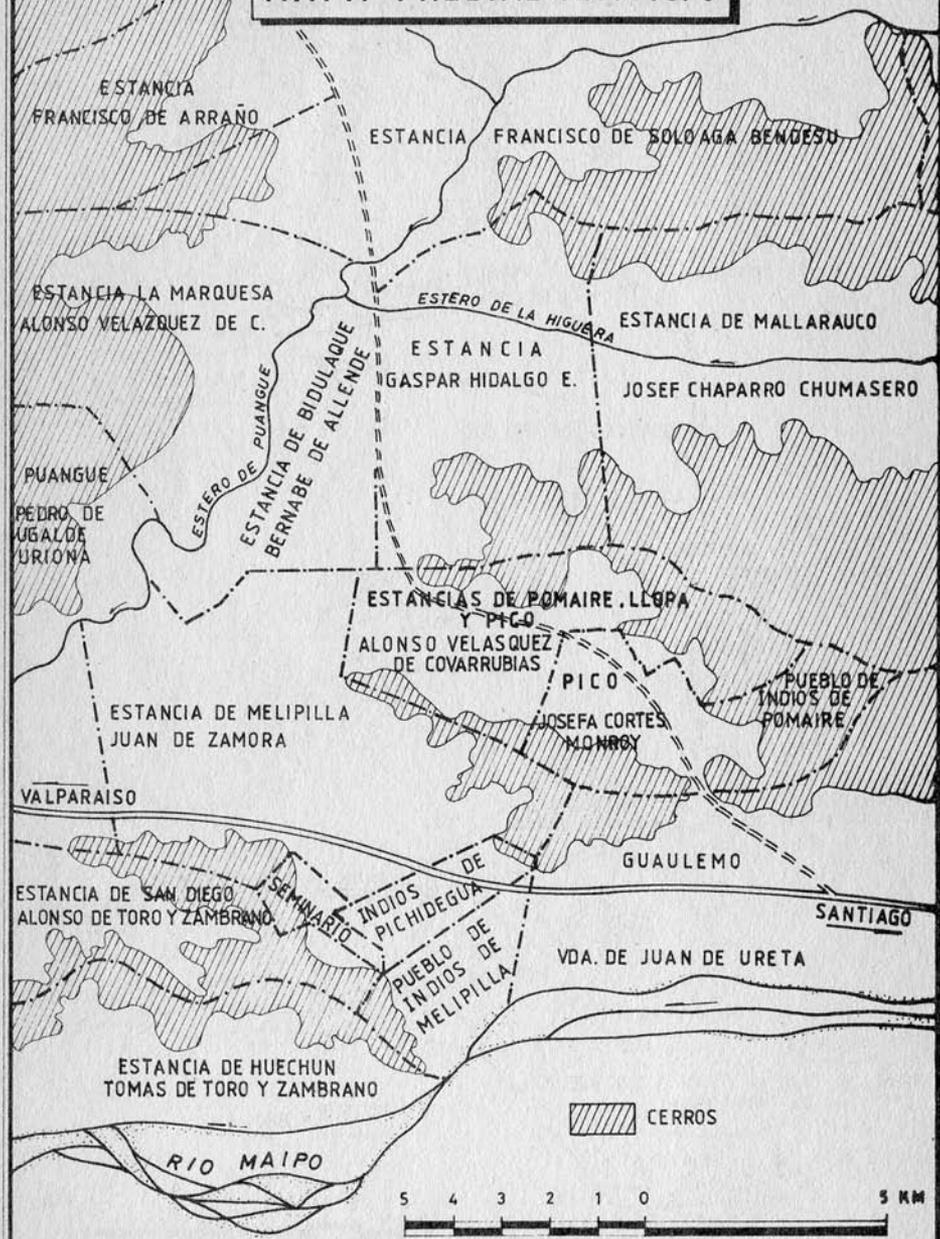
Pomaire, una aldea alfarera

MAPA PREDIAL AÑO 1604



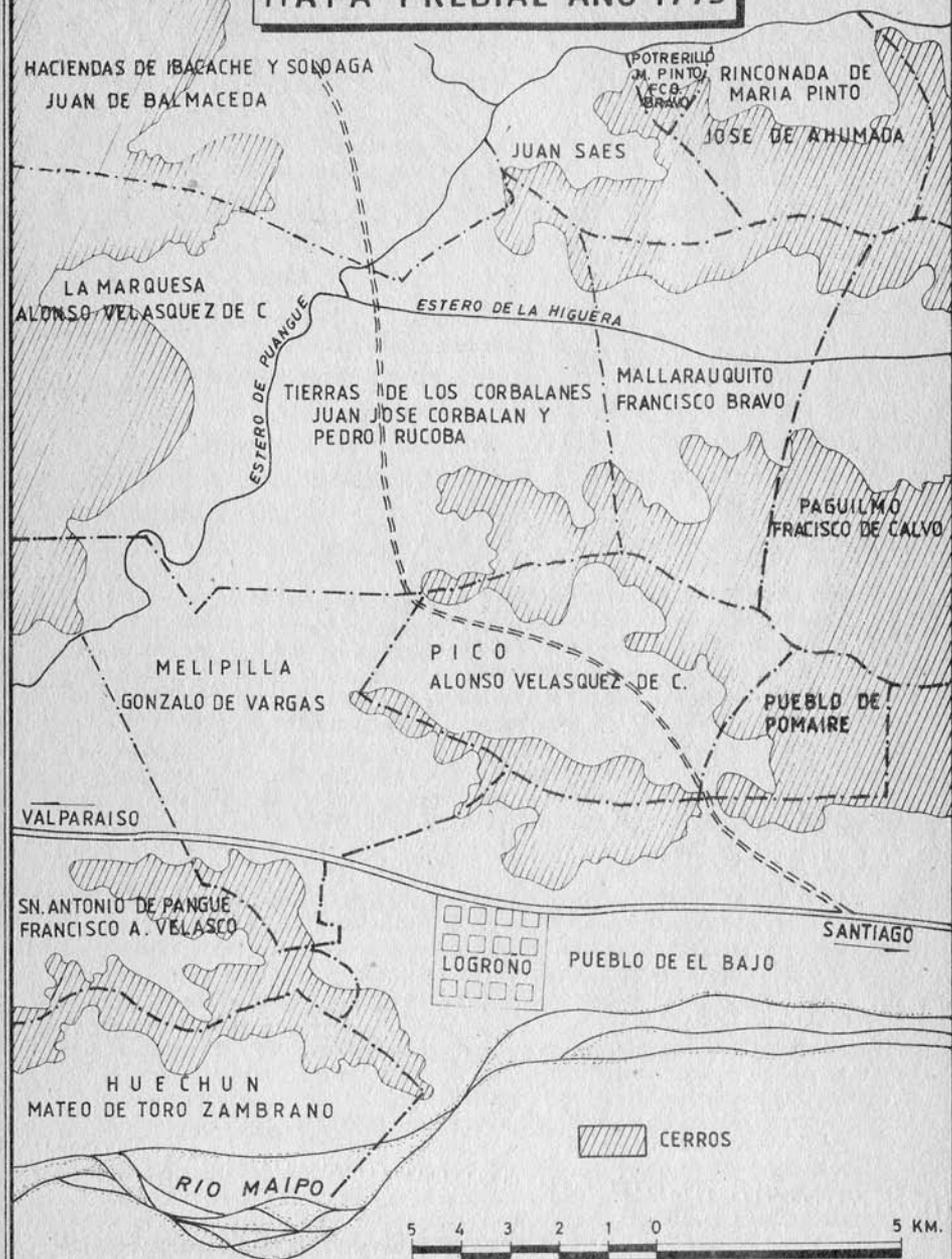
FUENTE: EVOLUCION DE LA PROPIEDAD RURAL EN EL VALLE DEL PUANGUE - JEAN BORDE Y MARIO GONGORA

MAPA PREDIAL AÑO 1690



FUENTE: EVOLUCION DE LA PROPIEDAD RURAL EN EL VALLE DEL PUANGUE - JEAN BORDE Y MARIO GONGORA

MAPA PREDIAL AÑO 1775



FUENTE: EVOLUCION DE LA PROPIEDAD RURAL EN EL VALLE DEL PUANGUE - JEAN BORDE Y MARIO GONGORA

1. EL ARRINCONAMIENTO Y LA USURPACION DE TIERRAS

Entre fines de siglo XVI y pasada la segunda mitad del siglo XVIII, el pueblo de indios¹ de Pomaire fue trasladado de sitio en varias ocasiones, primero por encomenderos y luego por estancieros y hacendados.² En 1583, de Curacaví a Pomaire,³ en 1768, de Pomaire a Pico o La Marquesa⁴ y, finalmente, en 1771, el pueblo de indios fue trasladado nuevamente a Pomaire. Desde entonces, la aldea ocupa su actual emplazamiento.

Durante este largo período de constantes traslados, sus tierras se

- 1 "La reducción de los indígenas a vivir en pueblos, impuesta por la Tasa de Gamboa en 1580 pudo concretarse, y sólo en algunos casos, con la Mensura de Lillo, quien creó varios pueblos entregando tierras en propiedad de uso individual y colectivo para los indígenas de encomienda. La cantidad de tierras asignadas debía guardar relación con el número de indígenas favorecidos. En una visita de inspección realizada a la jurisdicción de Santiago en 1611, se señaló la existencia de 48 pueblos de indios. De 2.345 indígenas obligados a pagar tributos sólo 696 residían en sus respectivos pueblos. El resto vivía en las estancias y las haciendas de sus encomenderos. Lo anterior contravenía las disposiciones legales, pero constituyó toda una práctica durante la Colonia". Cabeza, Angel M., y Stehberg, R., "El cacicazgo de Malloa", *Nueva Historia, Revista de Historia de Chile*, Año 3, N° 10, Londres, 1984, pp. 116.
- 2 Según Borde y Góngora, el título normal para la ocupación de tierras es la merced y no la encomienda, pero los encomenderos pidieron y obtuvieron a menudo mercedes de tierras junto al pueblo de sus indios, alegando precisamente su calidad de tales y oponiéndose con éxito a las instancias de mercedes presentadas por otros españoles. Borde, Jean y Góngora, Mario, *Evolución de la propiedad rural en el valle de Puangue*, pp. 29.
- 3 "No se adoptó en Chile ninguna forma eficaz de proteger la propiedad indígena al conceder la merced; a veces ésta se daba en el centro mismo del pueblo de indios, siendo los naturales trasladados de asiento. Tomás Pastene obtuvo en 1583 merced en Curacaví, un antiguo tambo de propiedad de sus encomendados, y desplazó a éstos a Pomaire". *Op.cit.*, pp. 32.
- 4 "Reducido, pues, desde 1679, a solamente 196 cuadradas, el pueblo de Pomaire continuó a lo largo del siglo XVIII su lucha con la vecina hacienda de Pico. Los Velásquez de Covarrubias que son, desde 1768, también los encomenderos, trasladaron a los indios a Pico o a La Marquesa". *Op. cit.*, pp. 82.

vieron reducidas, ya sea por ventas⁵ o por las usurpaciones acometidas por los encomenderos, los estancieros y, más tarde, los hacendados.

De este modo, las 320 cuadras con que los indios de Pomaire contaban en 1604, se vieron disminuidas, en 1679, a 196 cuadras planas rodeadas por una significativa extensión de cerros. En 1604 eran dos caciques y 48 tributarios mientras en 1679 sólo había un cacique, 24 tributarios y 3 viudas.⁶ La población, en poco más de 50 años, se había reducido a la mitad.

Con todo, Pomaire fue al parecer uno de los escasos pueblos de indios que lograron una cierta capacidad de resistencia a la política colonial. El régimen de indígenas de la Gobernación de Chile "significó un sacrificio casi completo del sistema de pueblos o reducciones propiciado por la legislación metropolitana y por las órdenes religiosas en toda América, en favor de la encomienda y, más tarde, del asentamiento en las estancias de los españoles".⁷

Y en este contexto —señalan Borde y Góngora— de los primeros núcleos indígenas del Puangue, los únicos que mostraron cierta capacidad de vida fueron los de Melipilla y Pomaire.

Durante los siglos XVII y XVIII, y no obstante haber ya disminuido la superficie de tierras de la aldea, coexistían en Pomaire la propiedad individual con el uso comunal de los cerros. Ello permitía el acceso a lugares de pastoreo y a leña en el monte y la existencia de un campesinado con actividades agrícolas y ganaderas, aun cuando estuviera centrado en la aldea, a la manera del campesinado europeo.⁸

Sin embargo, aquellas características de la aldea no tardaron en perderse. Entre 1774 y 1880, en el proceso de constitución de la propiedad hacendal a partir de las mercedes de tierra, la vecina hacienda de Pico continuó apropiándose de las tierras comunales de Pomaire. Los campesinos quedaron congregados en un reducido conjunto de tierras planas, privados completamente del uso de los cerros.

5 Las ventas realizadas entre 1590 y 1600 están consignadas en valor oro, por Alvaro Jara en *El salario de los indios y los sesmos de oro en la Tasa de Santillán*, pp. 69. En 1597, la comunidad indígena de Pomaire, de la encomienda de Tomás Pastene, vende tierras por \$ 302 valor oro; en 1600 las comunidades indígenas de Pico y Pomaire vende igualmente tierras por un valor oro de \$ 50.

6 Borde y Góngora, *op. cit.*, pp. 81.

7 Borde y Góngora, *op. cit.*, pp. 79.

8 Borde y Góngora, *op. cit.*, pp. 82.

El largo proceso de reducción de territorio de Pomaire, configurado desde el siglo XVII, es ilustrado por los mapas prediales de 1604, 1690, 1775 y 1880.⁹ Ellos muestran cómo Pomaire se ve arrinconado por las haciendas vecinas después de sufrir las expoliaciones de los encomenderos.

En 1604, el territorio de los indios de Pomaire (encomienda de Juan Godínez) estaba rodeado por una merced de tierras de Tomás Pastene; por el Tambo de Pico, una encomienda de Diego González; y por Pico, una merced del mismo encomendero de los indios de Pomaire. Entre Pomaire, la merced de tierras de Pastene, y el territorio de los indios de Pico y la merced de Pico pasaba el antiguo camino de carretas de Santiago a Valparaíso.¹⁰

En 1690 ya se habían constituido estancias alrededor del territorio de los indios de Pomaire: las estancias de Pomaire, Llopa y Pico, de Alonso Velásquez de Covarrubias; la estancia de Pico, de Josefa Cortés; y la estancia de Mallarauco, de José y Sebastián Chaparro, por el norte.¹¹

En 1775, Pomaire había perdido tierras planas y conservaba las de cerro. Las estancias de Pomaire, Llopa y Pico y la estancia de Pico fueron heredadas por Alonso Velásquez de Covarrubias, concentrándose la propiedad hacendal en un solo heredero.¹²

La estancia de Mallarauco, que limitaba por el norte a Pomaire con la línea divisoria de aguas, dio origen a tres haciendas, por compra: Mallarauquito, Pagüilmo y Mallarauco.¹³

En 1880, la aldea de Pomaire había perdido sus tierras de cerro y no era más que un conjunto de pequeñas propiedades, asentadas en tierras planas. La aldea se encontraba arrinconada y rodeada por la hacienda de Pico. Esta antigua hacienda se había dividido en tres haciendas: la de Covadonga (hijuela N^o 3 de la hacienda de Pico, de Manuel Covarrubias); la hacienda de Llopa (hijuela N^o 2, comprada por Demetrio Barros) y la hacienda de Pico (hijuela N^o 1, Las casas de Pico, de

9 Borde y Góngora, *op. cit.*, tomo II, Mapas prediales.

10 Mapa predial de 1604.

11 Mapa predial de 1690.

12 Mapa predial de 1775.

13 Mapa predial de 1880.

Nicasio Covarrubias, dueño desde la partición en 1867). Junto con subdividirse, la antigua hacienda de Pico se había apropiado de las tierras de cerro de Pomaires.

Usurpadas así las tierras por la hacienda,¹⁴ el campesinado de Pomaires perdió los recursos complementarios, obtenidos mediante la explotación de las tierras de cerro.

La propiedad rural hacendal se constituyó, por lo tanto, a partir de la concesión de mercedes de tierra, de su concentración por compra o alianza matrimonial, y mediante la usurpación de las tierras a los campesinos de Pomaires.

Es así como sus habitantes, a lo largo del siglo XIX, ven enormemente frustradas las posibilidades de constituirse en un campesinado con tierras suficientes para vivir de su exclusiva explotación.

No es ajena a la memoria de los antiguos moradores de Pomaires esta sucesión de hechos que contribuyeron a la disminución de las tierras de la aldea. En los relatos de las mujeres cuyos antepasados fueron originarios de Pomaires, están presentes tanto los traslados como las corridas de cerco por parte del hacendado:

Pomaires era reducto indígena(...) Antes la gente no quería decir que venía de caciques, pero los caciques eran personas inteligentes, desde luego, porque eran los que mandaban a los otros. También tenían más dinero, eran más trabajadores. Entre todo el pueblo los elegían, o se iban heredando, parece. Eso me contaba mi abuelita y la Sofía Ahumada que sabía muchas cosas de antes.

Antes Pomaires no era en este valle sino más allá, hacia la Palma. Pero había gente, dueños de esa parte, un señor Nicasio Covarrubias, que venían corriendo cercas en la noche, arrinconando a la gente del pueblo hacia acá. Los pomairinos se iban a Melipilla a reclamar—estaban cansados de que los arrinconaran— y los jueces no les hacían caso. La misma exigencia de las personas que los venían corriendo, corriendo, los hizo que fueran limpiando este valle, formando sus casas para vivir.

ROSA TORRES ASTORGA

¹⁴ Borde y Góngora, *op. cit.*, pp. 178, tomo I.

Tras el cerco de Pomaire por la hacienda de Pico, se acentuó la dependencia de la aldea mediante el tributo cobrado por los hacendados a los pobladores, como contribución territorial. De este modo, los habitantes de Pomaire se constituyeron, a mediados del siglo pasado, en pequeños propietarios tributarios de la hacienda, mediante el pago de contribución territorial.

Ante el cobro de contribución por el hacendado, los campesinos debieron desplegar una infatigable lucha para no verse obligados a trabajar como inquilinos de la hacienda, por pérdida de su independencia como pequeños propietarios. Prueba de ello son las solicitudes del cacique Juan Bautista Salinas al Intendente de Santiago, Benjamín Vicuña Mackenna, en 1874:

PRIMERA SOLICITUD DE LOS HABITANTES DE POMAIRE

Señor Intendente:

La tribu de Pomaire saluda respetuosamente a su señoría:

Ella, venciendo algunas dificultades, ha podido organizar al señor Intendente esta humilde manifestación de regocijo i cree que la acepte como la expresión de sus mejores deseos i sentimientos.

Siendo como su señoría un majistrado entusiasta por la prosperidad i florecimiento de las distintas localidades de su provincia, creemos que la atienda también en sus necesidades, i al efecto someramente se toma la libertad de demostrárselas.

1. Pomaire necesita una escuela para la educación de sus hijos;

2. Que cese el abuso de la contribución territorial que nos tiene impuesta don Nicasio Covarrubias, obligándonos así a ser tributarios de la hacienda de Pico.

Esta contribución es impuesta a Pico; pero el expresado señor Covarrubias, que sufre la alucinación de tenernos como sus inquilinos, no cree que Pomaire es

una población independiente de su feudo, con títulos propios i exenta de semejante impuesto;

3. Una administración de justicia que está a la altura de sus necesidades i que recaiga el nombramiento de juez, el respetable vecino don Francisco Gorroño, eximiendo de este cargo al que actualmente sirve la inspección;

4. Compostura radical de sus puentes, calles, etc., figurando la población de Pomaire en la escala de las que desean la luz de la civilización, espera la tribu que tiene el honor de dar la bienvenida a su señoría, el remedio de sus necesidades i la protección que desea.

Por la tribu de Pomaire. JUAN B. SALINAS, Cacique.

SEGUNDA PRESENTACION DE LOS HABITANTES DE POMAIRE

Señor Intendente:

Los que suscriben, vecinos i propietarios del lugar llamado Pomaire, de este departamento, a US con el mayor respeto nos presentamos demandando el amparo i la justicia de su mando en la solicitud de apertura de un camino, cuyos antecedentes son los que pasamos a esponer:

Sabidos es por todos, i US podrá fácilmente persuadirse de ello, el origen del pequeño pueblo llamado Pomaire. Cuna de tribus indias, vieron sus dueños arrebatados violentamente sus propiedades en el transcurso de los años mediante usurpaciones completamente injustificadas. Este proceder tolerado mediante la ignorancia i carencia de recursos de las víctimas de estos despojos, amenaza, no obstante, perpetuarse. Nuestros continuados reclamos son vencidos por el derecho del más fuerte i de más influencia.

Es por esto que hoi ocurrimos a US solicitando que, a fin de hacer fructuosa para nosotros la visita que actualmente hace a la provincia de su mando, trasladándose personalmente al lugar, pueda por sus propios ojos

conocer el antiguo camino cuyo tránsito sin derecho alguno, nos es impedido por el señor don Nicasio Covarrubias.

Nos asiste la lisonjera esperanza de que US prestando atento oído i benévola acogida a nuestra solicitud hará justicia a nuestros derechos, i confiamos que su viaje al lugar satisfará plenamente las dudas sobre él pudieran asaltarle.

De US. AA.SS. José S. González, a ruego de Pedro Roja. José S. 2o. González, Olegario Araos, a ruego de José Rojas, por no saber firmar. Olegario Araos, a ruego de Manuel Gardame. José S. González. José Elías González, a ruego de Santos Pacheco. Olegario Araos, a ruego de Valentín Loyola. José Elías González, a ruego de Antonio Lollola. Manuel Loyola, a ruego de Marcelino Ahumada. Manuel Loyola. Víctor Rojas, a ruego de José María Robledo. José S. 2o. González, a ruego de Calisto Santibáñez. Víctor Rojas, a ruego de Romualdo Gutiérrez. Benito González, a ruego de Marcos Atena. Benito González, a ruego de Antonio Sagredo, Víctor Rojas, a ruego de Manuel Portuge. Benito González. Por mi señor padre, José Agustín González. J. Manuel Loyola, Mateo Negrete, Prudencio Salinas. Nicasio Hernández. Rosauro Pavez. Manuel Astorga, Juan Bautista Salinas.

LA VISITA DE LA PROVINCIA DE SANTIAGO, PRACTICADA
POR EL INTENDENTE DON BENJAMIN VICUÑA MACKENNA EN
1874 (págs. 177 - 179).¹⁵

Sin embargo, habiéndose dividido la antigua hacienda de Pico en 1867, es probable que a las tensiones con el hacendado por el cobro del tributo, se les hayan sumado mayores contrataciones de trabajadores, lo que pudo derivar en la aceleración del proceso de descomposición de la comunidad aldeana.

Hay que recordar que la división de la hacienda se produjo en el período de expansión triguera que provocó en el país un incremento de alrededor de 130 mil hectáreas cultivadas con trigo en 1850, a alre-

15 Valenzuela Bernardo, *La cerámica folklórica de Pomaire*, 1955, pp. 43-44.

dedor de 400 mil hectáreas en 1875, lo que derivó en un incremento sustantivo de contrataciones estacionales de trabajadores, y en cambios significativos en la institución del inquilinaje.¹⁶

¹⁶ Bauer, Arnold, "Chilean rural labor in nineteenth century", *American Historical Review*, Tomo 76, N° 4, 1971, pp. 1077 - 78, y Santana, Roberto, *Paysans dominés*, CNRS, Toulouse, Francia, 1978.

2. DE CAMPESINOS A TRABAJADORES AGRICOLAS

La división de las estancias y haciendas, fruto del incremento de la cerealicultura destinada a la exportación,¹⁷ conlleva el desplazamiento de las actividades ganaderas hacia las tierras de monte y cerro, y el uso agrícola de los valles.¹⁸

Este proceso de transformación en el uso y tenencia de la tierra repercutió enormemente durante la segunda mitad del siglo XIX, en la población residente al interior de las haciendas y en sus vecindades, normalmente habitadas por pequeños propietarios.

En efecto, la expansión de la cerealicultura durante el siglo pasado provocó un fuerte incremento de las contrataciones de fuerza de trabajo. Este hecho ha sido interpretado en diversas formas en su relación con la evolución y transformación, tanto de la institución del inquilinaje¹⁹ como del campesinado "independiente", no sujeto a relaciones contractuales estables en las haciendas.²⁰

Por una parte, el conjunto de transformaciones generadas por la apertura y ampliación de nuevos mercados para el trigo chileno, habrían provocado un proceso de inquilinización del peonaje durante la segunda mitad del siglo pasado.²¹ Bauer habla de un numeroso ejército de reserva rural, reclutado por las haciendas con la expansión de la cerealicultura. Según el autor, la existencia de este abundante peonaje en Chile central —bajo la forma de población flotante—,

17 Sepúlveda, Sergio, *El trigo chileno en el mercado mundial*, 1959.

18 Borde y Góngora. *op. cit.*, pp. 156, 167 - 169.

19 Góngora, Mario, *El origen de los inquilinos de Chile central*; Santana, Roberto, *Paysans dominés*.

20 Salazar, Gabriel, *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. (1985)

21 Bauer, Arnold, "Chilean rural labor in the nineteenth century", Berkeley, 1971, *American Historical Review*, tomo 76, N° 4.

explicaría la débil mecanización y el incremento de la población de las haciendas; éstas, junto a los inquilinos residentes, habrían asentado a un numeroso "peonaje estable" para el cultivo del trigo.

Este hecho habría cristalizado en una aguda diferenciación social en el seno de la institución del inquilinaje.²² Expresión de tal diferenciación fueron las diversas categorías de inquilinos existentes durante la expansión cerealera: "inquilinos de a caballo", "inquilinos de a pie" e "inquilinos-peones".²³

Como antecedentes de tal población flotante, Salazar da cuenta de la existencia a mediados de siglo de un numeroso peonaje semejante al vagabundaje colonial. Ellos serían el producto del proceso general de descampesinización que había sufrido el campesinado independiente en el siglo XIX, con la transformación de los hacendados-mercaderes en productores.²⁴

Este proceso habría desembocado en una profunda crisis. Salazar señala que "las hambrunas campesinas de 1820-1840 marcaron el nivel de profundidad a la que había llegado la crisis del campesinado y las exacciones monopolistas de los grandes mercaderes hacendados. Al mismo tiempo, pusieron al desnudo, al final, el carácter abortivo del proceso de campesinización; cuando aún no había llegado a su etapa de madurez la clase de los labradores, iniciaba la fase opuesta y declinaba de vejez y desintegración.

La energía tensa que se acumuló en el proceso de opresión y crisis escapó por varios conductos. Uno de éstos condujo a la sedimentación de un gigantesco peonaje masculino-femenino, el que vendría a ser la reproducción ampliada y exasperada del legendario vagabundaje colonial..."²⁵

En estas líneas de argumentación es significativo el redimensionamiento del campesinado independiente, cuya crisis genera la sobrepoblación relativa en el campo, que va a incidir en la transformación temprana del sistema de inquilinaje.

Desde la perspectiva de estos autores, son pocos los argumentos

22 Bauer, Arnold, *op. cit.*

23 Balmaceda, José Manuel, *El manual del hacendado chileno*, 1875.

24 "Hay razones para sostener que aunque es efectivo que las haciendas fueron grandes productoras de trigo, los medianos y pequeños propietarios rurales fueron productores de considerable importancia, sobre todo antes de 1850. Hasta cierto punto, los hacendados no fueron sino mercaderes y mayoristas del trigo producido por la "clase de los labradores". Salazar, Gabriel, *op. cit.*, pp. 72.

25 *Op. cit.*, pp. 145.

para pensar en la estabilidad y homogeneidad del sistema del inquilinaje en las haciendas, así como tampoco parece probable la existencia de comunidades campesinas no comprometidas en el proceso de descampesinización que contribuyó a la constitución de este enorme peonaje formado por hombres y mujeres.

3. UNA TEMPRANA ESPECIALIZACION ALFARERA

¿Cómo puede haberse manifestado el proceso de descampesinización en el ámbito de las haciendas que bordeaban a la aldea de Pomaire, y en el mismo campesinado que constituía la aldea durante la segunda mitad del siglo XIX?

Si este conjunto de transformaciones originadas por la ampliación y apertura de nuevos mercados para el trigo chileno, generaron procesos paralelos de inquilinación del peonaje y de peonización de los inquilinos durante la segunda mitad del siglo pasado, es probable que muchos de los aldeanos de Pomaire, deprivados de sus tierras y compelidos al pago del tributo territorial, hayan pasado a constituirse en peones estables e inquilinos de las haciendas vecinas.

De este modo, según el Censo de 1907 la hacienda de El Marco, al sur de Pomaire, y la hacienda de Pico contaban con 747 y 336 habitantes respectivamente, mientras la aldea de Pomaire tenía 770. Estas haciendas, como el resto de las haciendas del valle central chileno, se configuraban en unidades de asentamiento poblacional de envergadura.²⁶

En el caso de Pomaire, uno de los factores contrarrestantes del proceso de inquilinización y peonización de hombres y mujeres que caracterizaron a la agricultura de la región central del país, pudo haber sido la temprana especialización alfarera de la aldea, en un contexto de permanente tensión con los hacendados vecinos. La alfarería bien pudo incidir en la postergación del proceso de descampesinización al presente siglo, permitiendo a los campesinos alfareros de Pomaire

26 "A las haciendas se las reconoce como unidades de población y con frecuencia sus nombres aparecen en los mapas junto al de villas y ciudades, cosa justificada en la parte central del país". Mc Bride, Jorge, *Chile, su tierra y su gente*, 1935, reeditado por ICIRA, pp. 112, 1970.

sobrellevar una condición mixta, en la cual la alfarería mercantil paliaba la estrechez de tierras.

La tradición alfarera de Pomaire provenía de la Colonia. Durante ese período ya existían alfares y talleres artesanales donde se fabricaban grandes tinajes para la chicha y el vino, y para almacenar granos. De allí, al parecer, deriva la especialización que la hizo tomar en aldea alfarera²⁷ y le imprimió los caracteres originales que aún conserva.

Junto con la existencia en Pomaire de actividades alfareras a comienzos del siglo XIX, también en las localidades vecinas de Melipilla y Talagante se facturaba la greda con un destino marcadamente mercantil, según consta en un diario de viajes de 1822.²⁸

La mercantilización de la producción de loza en Pomaire se acentuó a partir de 1853, cuando un cacique inició las salidas a vender loza en caravana hacia Valparaíso.²⁹ Más adelante, tal práctica se transformó, limitándose a un recorrido más corto, hasta el santuario de Lo Vásquez.

La primera salida a vender loza a Valparaíso, al antiguo mercado de El Cardonal, es narrada en los siguientes términos por un vecino de Pomaire:

27 Perez, Amelia, *Artesanía y desarrollo: un plan para la comunidad de Pomaire*, 1973, pp. 34.

28 "Allí —al este de Melipilla— bajo una capa de tierra vegetal negra, se encuentra la arcilla roja, casi tan dura como la piedra. Con ella se fabrican las hermosas jarras rojas para agua y vino, como también vasijas de diversas formas para la cocina y otros usos. El llano contiguo al banco de arcilla, está cubierto de grandes hornos para cocer las vasijas (...) Visité el taller de una de las más famosas alfareras, a quien hallé ocupada con su nieta en pulir el trabajo del día con una bella ágata. Allí vi la arcilla negra con que fabricaban pequeños artículos como mates, azafates, platos y jarras, que suelen adornar con cabezas y brazos grotescos y matizar con las tierras blancas y rojizas que abundan en estos lugares. Los hombres fabrican las grandes botijas para el vino y los alambiques cuya factura demanda fuerzas varoniles, tanto más cuanto que el trabajo se hace sin tornos, los que ni siquiera se conocen. Los artículos pequeños se cuecen ordinariamente en hoyos abiertos en la tierra; los grandes en los hornos. Por lo general, los obreros los modelan en el mismo sitio donde deben ser cocidos (...) Pasando por Talagante (...) nos detuvimos a saludar al cacique y compramos algunas pequeñas jarras y fuentes de arcilla roja con adornos de una tierra mezclada con piritas de hierro que dan cierta apariencia de polvo de oro. Talagante es una aldea muy poblada y parece que en todas las chozas las mujeres se dedican a la alfarería". Graham, María, *Diario de mi residencia en Chile en 1822*, pp. 185, 186, 192.

29 "Para decir verdad, sólo ha venido a cobrar la cerámica de Pomaire su actual importancia en el siglo pasado, como resultado de la feliz iniciativa de un cacique de esa época que en ocasión de Pascua de 1853, organiza una especie de caravana que se dirigió a Valparaíso con el objeto de vender los productos del artesano local. Desde entonces, la expedición que se efectúa cada año cambió de estación y acortó su recorrido, para venir a detenerse en el santuario de Lo Vásquez; de todas maneras, conserva ella su atractivo de fiesta folklórica, que no ha dejado de influenciar el arte popular, que es hoy en día mucho menos utilitario que en aquel entonces". Borde y Góngora, *op. cit.*, pp. 181.

Por consejos de doña Remigia Castro Montana, de nacionalidad española, casada con el cacique de esta zona, don Juan Bautista Salinas, se organizó la primera caravana de carretas para vender los productos de la alfarería en Valparaíso.

Desde mediados de 1853 se empezó a recolectar gran cantidad de objetos de greda que los habitantes de este pueblo confeccionaban con bastante entusiasmo para completar las cuatro carretas que serían las primeras en dar a conocer la industria pomairina en ese puerto.

Al anochecer del día 20 de diciembre de 1853, se veía gran animación en el pueblo, en donde se oían entre los gritos de los que arriaban los bueyes, los de los amigos y familiares, haciendo las últimas recomendaciones y encargos. A las 9 de la noche se dio la partida de la expedición.

A la cabeza, con la primera carreta, marchaba don Juan Bautista Salinas. Lo seguía Manuel Corei. La tercera la guiaba don José Dolores Chávez y cerraba la caravana don Andrés Salinas.

Después de tres agotadores días de viaje arribaron a Valparaíso y en la Plaza El Cardenal descargaron su mercancía y la expusieron ante los ojos curiosos de los porteños...

Durante varios años las caravanas se repitieron... Año a año el número de viajes se hizo más frecuente y más organizado. Los habitantes del pueblo dedicaban la labor de casi un año en la preparación de los objetos que venderían allí. Más tarde, con la iniciación del culto a la Virgen de Lo Vásquez, el camino se acortó y la fecha de las ventas ya no fue la Pascua y Año Nuevo, sino el día de Purísima.³⁰

Tales salidas periódicas, coexistentes con sistemas de trueques y ventas de loza en el entorno de la aldea hasta avanzado el siglo XX, avalarían la hipótesis de que las actividades alfareras habrían actuado contrarrestando —o postergando— el proceso de descampesinización.

30 Valenzuela, B., *op. cit.*, 1955, pp. 14.

La aldea que vio frustrada la emergencia de un campesinado con suficientes tierras para subsistir, pudo encontrar en la alfarería una forma de resistencia y de refugio frente a tal proceso.

A pesar de ello, los hombres de Pomaire, según la memoria de las loceras, con el correr del tiempo comienzan a sufrir estos procesos de peonización e inquilinización, al verse obligados a vender su fuerza de trabajo en las haciendas vecinas, ya sea a través de relaciones contractuales engrosando el contingente de inquilinos, o salariales, sumándose al peonaje masculino. Nos encontramos entonces con procesos paralelos de inquilinización y peonización del campesinado de Pomaire.

No obstante, éste buscó también otras formas de subsistencia, como arriendos de tierras y medierías, para postergar su gradual descomposición hacia el presente siglo.

En este contexto, fueron las mujeres quienes se hicieron cargo de la alfarería, una vez que los hombres dejaron las actividades alfareras para insertarse en las agrícolas. Tal situación parece estar ya bien dibujada a comienzos del presente siglo y se inserta en un agudo proceso de subdivisión de las pequeñas propiedades de Pomaire.

Es quizás por ello y a causa del carácter errante del peonaje masculino, el cual no logra afincarse en las haciendas sino en forma inestable, que muchas de las loceras antiguas hayan sido mujeres solas que lograron vivir en la alfarería y, con ello, generar una autonomía económica significativa.

La autonomía económica, pero quizás más aún el dominio del oficio y el control del proceso de trabajo, propiciaron la independencia de las mujeres y su peso cultural en una aldea alfarera.

Junto a las múltiples inserciones de los hombres en los trabajos agrícolas —pequeños propietarios, medieros, arrendatarios, inquilinos, peones y voluntarios—, las mujeres, con sus actividades alfareras, lograron permanecer en una economía doméstica, de apoyo y complementaria a la de los hombres y, muchas veces, independiente. De esta forma, el último eslabón de resistencia al proceso de descomposición campesina lo protagonizaron las mujeres que, con una actividad sedentaria, fueron los pilares de una economía subsistencial, en el marco de un proceso de subdivisión de las pequeñas propiedades de Pomaire.

CAPITULO SEGUNDO

Las mujeres en el artesanado rural

1. EL ARTESANADO RURAL FEMENINO

Un sinnúmero de oficios constituían el artesanado rural femenino durante el siglo XIX.

Las mujeres producían una considerable gama de productos para su uso inmediato y, muchos de ellos, destinados al mercado: tela-bayeta, ponchos, frazadas, etc. Las hilanderas y las tejedoras eran las más numerosas de las artesanas rurales. Sin embargo, la expansión del comercio con Inglaterra y la importación de algodón, provocó la declinación del artesanado textil.³¹

En el contexto de los procesos de descampesinización de la primera mitad del siglo XIX, las mujeres ocuparon una posición predominante dentro de las actividades familiares de subsistencia, debido a la situación de los hombres que comenzaron a engrosar el peonaje rural.³²

Pese a la resistencia femenina a los procesos de descampesinización, el número de mujeres en ocupaciones de tipo peonal, según Salazar, tuvo una evolución significativa, expandiéndose constantemente el peonaje femenino entre 1854 y 1920. Entre cocineras, costureras, gañanes, lavanderas, nodrizas y servidumbre femenina, las cifras evolucionan de 122.619 mujeres en 1854 a 225.118, en 1875; 261.624, en 1907 y 211.346, en 1920.³³

31 Bauer, Arnold, (1971), pp. 1066 - 1067; Bauer (1975), pp. 408; Gay, Claudio (1862), pp. 163, 178.

32 "El peonaje masculino se veía con frecuencia atrapado, forzado, o despedido por los espirales acumulacionistas de los patrones mercaderes, sin hallar así un rol económico definido; el peonaje femenino permanece estacionado en el centro de la economía familiar de mera subsistencia. La estéril lucha ocupacional por consolidar su posición productiva en la economía patricia, hizo de los peones masculinos unos tributarios deficientes de la economía familiar de subsistencia. Más bien los alejaba de ésta, transformándolos en clientes pasivos de la economía popular en general". Salazar, Gabriel, pp. 299, (1985).

33 Salazar, G., *op. cit.*, tabla 21.

En el Departamento de Melipilla —donde se encuentra la aldea de Pomaire— en 1895 las hilanderas y las tejedoras predominaban dentro del artesanado rural. Le seguían las loceras y ambos oficios eran casi exclusivamente femeninos. Pero ya en 1907, el artesanado rural del Departamento de Melipilla dejó de ser un conjunto de oficios de mujeres: el Censo de aquel año registró un número semejante de hombres y mujeres.³⁴

Si ya en el siglo pasado la alfarería caracterizaba la actividad aldeana, otorgando a Pomaire una particular orientación artesanal, el oficio de locera tiene una perdurabilidad histórica que lo mantiene hasta el presente, aunque no sin alteraciones.

Debido a las importaciones, al surgimiento de la industria, a los procesos de descampesinización, entre 1854 y 1920 hay un decrecimiento de las alfareras en el país. Dentro de las actividades artesanales en su conjunto, las mujeres en ese período, además de disminuir cuantitativamente en cada oficio, pierden importancia relativa: las 85.084 hilanderas que existían en 1854, disminuyen a 16.945 en 1920; las 2.557 loceras de 1854, disminuyen a 352 en 1920 y, dentro del conjunto de mujeres ocupadas en artesanías rurales, su importancia relativa decrece de un 93,4 por ciento en 1854 a un 65,7 por ciento en 1920.³⁵ Según estos datos, dos procesos simultáneos habrían afectado las actividades artesanales rurales. Por una parte, su masculinización y, por otra, la tendencia a su gradual desaparición. Ambos se refuerzan para disminuir cuantitativamente el número de mujeres que pueden subsistir o ayudar a la economía familiar mediante actividades propias.

La alfarería perdura como tal en algunas localidades aldeanas a lo largo del presente siglo, como lo señala Borde para Pomaire, y aparece frecuentemente ligada a formas de vida agrícola-ganaderas en aldeas con distinto grado de urbanización. Sin embargo, parecieron ser estos procesos de urbanización de las aldeas en las cercanías de Santiago —concretamente los casos de Talagante y Melipilla—, durante el siglo pasado, lo que hizo desaparecer la actividad alfarera. Localizadas en ejes carreteros, estas aldeas se expandieron en términos de población y también las actividades se diversificaron, lo que se plasmó en la extinción de los alfares en esas localidades.

34 Censos de 1895, pp. 288, 289; y Censo de 1907, pp. 463, 464.

35 Salazar, G., *op. cit.*, tablas 19 y 21.

La alfarería, durante el siglo XIX, estuvo caracterizada por una significativa división del trabajo entre hombres y mujeres. Así, María Graham, visitando el taller de una de las más famosas alfareras, la encontró “ocupada con su nieta en pulir el trabajo del día con una bella ágata. Fabricaban pequeños artículos como mates, azafates, platos y jarras”, mientras los hombres fabricaban “las grandes botijas para el vino y los alambiques, cuya factura demanda fuerzas varoniles...”.³⁶

Testigo de la división del trabajo alfarero son también los relatos de las loceras de Pomaire, que retienen en su memoria la forma en que los hombres alisaban con sus espaldas las tinajas utilizadas para la chicha y el almacenamiento de granos,³⁷ mientras las mujeres loceras facturaban las piezas pequeñas; todas ellas destinadas, por lo general, a ser implementos de cocina usados por los moradores de la aldea y trocados y vendidos en el pequeño mercado local de loza, constituido por campesinos de hacienda, campesinos independientes y los emergentes pobladores urbanos de los pueblos vecinos.

Puede argüirse, entonces, que la evolución decreciente del número de artesanas rurales —y de loceras en particular—, a lo largo de la segunda mitad del siglo pasado y comienzos del presente, fue desencadenando una especialización aldeana, localizada en lo que hoy día se reconoce como lugares alfareros, localidades de hilanderas, de bordadoras, etc.

Ello supone que, junto a la industrialización de actividades tales como la alfarería, hilandería, etc., los mercados campesinos y urbanos persistieron y, más tarde, un cierto tipo de demanda, no necesariamente utilitaria, es lo que ha hecho prolongar la existencia de estas actividades artesanales y manufactureras en áreas rurales.³⁸

En el curso de las primeras décadas del presente siglo, la expansión del mercado interno asestó un nuevo golpe a las actividades rurales de tipo artesanal. Sin embargo, algunos testimonios recopilados en diversos lugares de la región central sugieren que esa expansión del mercado interno no habría llegado al campo sino bien avanzado el siglo.

Con ello queremos decir que, paralelamente a la existencia de sitios —aldeas y pueblos— especializados tempranamente en la producción alfarera con destino mercantil de la producción, mujeres que poblaban

³⁶ Graham, María, *Diario de mi residencia...*

³⁷ Historia de vida de Rosa Torres Astorga y Mercedes Rosas.

³⁸ García Canclini, Néstor, *Las culturas populares en el capitalismo*, 1983.

haciendas y áreas de pequeña propiedad facturaron loza a lo largo del territorio hasta los alrededores de los años cuarenta. Unas, para el uso doméstico; otras, realizando una producción alfarera de cuya orientación mercantil darán cuenta algunos de los relatos.

Parecen haber sido las mujeres residentes en haciendas quienes fabricaban estos implementos como valores de uso. El trabajo alfarero se realizaba junto a un conjunto de actividades orientadas a la producción doméstica de alimentos y de vestuario: pequeña agricultura de autoconsumo, ganadería menor, hilado de vellón de oveja, tejido a telar y palillos, confección de telas, etc.

Todas estas actividades se proyectaron al mercado o se retrajeron al ámbito doméstico, según las diversas y numerosas crisis que han afectado al campesinado y la evolución del mercado interno. Los múltiples conocimientos de que son depositarias las campesinas posibilitaron la elaboración de una variada gama de productos, orientados a la satisfacción de las necesidades de las familias campesinas, sin excluir al mercado.

Por lo general, ante crisis o procesos de descomposición campesina, las mujeres mercantizaron su producción doméstica hasta que los productos industriales invadieron el campo. Tal es el caso de la importación de telas desde Inglaterra durante el siglo pasado, lo que vino a liquidar la producción campesina de bayeta.³⁹

Con la alfarería ocurrió algo semejante, prolongándose probablemente la producción doméstica de loza de las mujeres hasta los alrededores de 1940 en buena parte del territorio.

Según algunos testimonios recogidos en fundos, áreas de pequeña propiedad y villorrios rurales, el mundo doméstico de las mujeres requería de la producción de objetos de cocina para almacenar agua y cocer los alimentos.

Así lo expresa Margarita Cerda, nacida en 1920 en el fundo El Durazno, provincia de O'Higgins:

Guardábamos el agua fresca en calabazas y ollas de greda. Una tía teníamos nosotros que trabajaba, hacía los platos, cántaros, tinajas; se hacían ollas de greda con dos orejitas para hacer la comida. Se cocinaba con leña y se ponían en el fuego esas ollas, no había ollas de porce-

³⁹ Bauer, A., (1971, 1975). Véase nota 31.

lana, de aluminio, ninguna cosa, si era en eso no más que se hacía la comida, en pura olla de greda.⁴⁰

Igualmente, las habilidades para el tratamiento de la greda de otra mujer, nacida en 1920 en el fundo Mariposas, de la provincia de Talca, evidencian que el conocimiento de técnicas rudimentarias son un signo de la existencia de prácticas alfareras entre las mujeres. Este parece ser un conocimiento incorporado al saber de las mujeres, ya que es practicado no bien se encuentre la greda:

Cuando arrendábamos tierra en el Rincón de los Muñoz, para la cordillera, un día el Raúl —mi hijo— empezó a jugar con tierra. Parece greda, eso le dije yo; tomé en la mano ese poquito y nos fuimos los dos pa' la casa. Yo iba sobándola y como teníamos que pasar por un canal, ahí le eché un poco de arena; luego formé como un plato. Después le pasé una piedrecita y quedó bien lisito. Un día hice pan y lo planté dentro del horno y no se quebró, así es que de ahí empecé a hacer loza. Se me fue ocurriendo como darle forma. Ya después hacía las ollitas con tapa y fui haciendo mucha cantidad.

Cuando fui al fundo a ver a mi mamá, a Mariposas, le dije. "Traje loza para vender algo..." Claro, esas cosas se vendían, se usaban. Las otras no las vendía, las regalaba porque me salía mejor regalarlas que no venderlas. La gente me daba más cosas, más que lo que valía la loza.⁴¹

En ninguno de los casos, el trabajo de la greda alcanza una mayor importancia frente al resto de las actividades realizadas por las mujeres en el dominio doméstico. Lo hacen junto con la crianza de los cerdos, de las aves, del mantenimiento del huerto, del hilado, del telar. Es, además, una actividad que sólo aparece en historias de vida de mujeres nacidas en la década del veinte, para luego desaparecer en los relatos de mujeres menores de 60 años.

En la localidad de El Parrón, de Curicó a la costa, por la década del veinte, en una pequeña propiedad sucesorial donde una de las activida-

40 Valdés, X *et al*, *Historias testimoniales de mujeres del campo*, A.H.C., 1983.

41 Archivo Memoria Oral PEMCI-CEM.

des principales era la crianza de cabras y una pequeña agricultura fundamentalmente hortícola, también se trabajaba la greda. Se trataba de una pequeña propiedad a cargo de tres mujeres. El testimonio de Mercedes Cabrera, hija de una de ellas, sugiere ya un cierto nivel de especialización cuando se produce la loza no tan sólo para el consumo sino para el intercambio y la venta:

Por allá donde me crié por la costa, mi tía Rita levantaba sus dos docenas de platos de greda y bien bonitos. Hacía linda loza, hasta de botellas de greda. La tenían ahí mismo la tierra. Le mandaban a hacer tanta loza: fuentes, cántaros, ollas, sartenes grandes, unos tremendos para lavar. Si ahora, últimamente, vinieron a lavar en artesa.⁴²

Esto significaba que antes que el país iniciara un proceso industrial de mayor envergadura con el Frente Popular de fines de la década del treinta, aún el desarrollo del mercado interno era tan pequeño que el campesinado —en especial las mujeres campesinas— debían proveerse de ciertos objetos de uso doméstico, fabricándolos. Esto no quería decir que el conjunto del campesinado llevara una vida autárquica, sino muy por el contrario, las mujeres de las áreas de pequeña propiedad intercambiaban su producción alfarera a fin de satisfacer en el mercado la compra de otros productos.

Otras historias de vida recopiladas a mujeres nacidas en fundos o áreas de pequeña propiedad muy ligadas a la economía hacendal, nos sugerían que habían sido los mismos hacendados quienes habían introducido los implementos de cocina fabricados en industrias urbanas, a través de las pulperías de las haciendas. Hacia los años cuarenta, los inquilinos compraban en las pulperías las primeras ollas de aluminio.⁴³

Con estos escasos elementos, podríamos explicarnos tentativamente cómo y por qué se iba extinguiendo la fabricación de ceramios utilitarios en los fundos, y el hecho de que las mujeres que residían en ellos dejaran de hacerlos. Los hacendados, en un período de débil desarrollo del mercado interno, habrían hecho el nexo entre la ciudad y el

42 Valdés, X. *et al.*, 1983, *op. cit.*

43 Entrevista a Rosario Núñez, localidad de Mota Redonda, provincia de Colchagua. Archivo de Memoria Oral, CEM, PEMCI.

campo, imprimiendo cambios significativos en el trabajo y la producción doméstica de las mujeres.

No obstante, una producción de artículos utilitarios de uso doméstico como jarros, callanas, azafates, fuentes, pailas y ollas, existió paralelamente una producción mercantil a lo largo del territorio, hasta bien avanzado el presente siglo, en algunas aldeas alfareras. En Pomaire, ella estuvo destinada al parecer, hasta alrededor de 1950, a los mercados urbanos de Santiago y Valparaíso y al mercado campesino del entorno de la aldea. Sugieren las historias de vida de las loceras que, conjunta y paralelamente a la venta de loza, esta producción alfarera satisfizo las necesidades del campesinado, mediando en el intercambio el trueque de ceramios utilitarios por alimentos. Estos mecanismos de trueque tuvieron la nominación de *chaveleo* en Pomaire.⁴⁴

44 Según lo registrado en las historias de vida de mujeres de Pomaire, el *chaveleo* es tanto la salida a vender loza como el trueque, aunque la salida del pueblo a intercambiar la loza no excluye la venta.

2. LA ALDEA DE POMAIRE Y LA ALFARERIA

Como en Pomaire, en Quinchamalí, Santa Cruz y Pilén las mujeres alfareras han continuado con su trabajo en el presente siglo.

Según Borde y Góngora, en el curso de la década del cincuenta del presente siglo, en Pomaire “la cerámica constituye el apanaje de la población femenina y ha sido posible asegurar que el 95 por ciento de las mujeres del pueblo eran, a diferentes títulos y en diferentes grados, ceramistas”.⁴⁵

A fines de la primera mitad del presente siglo, grandes propiedades bordeaban por todos los puntos cardinales la aldea de Pomaire: se trataba de los fundos El Marco, El Tránsito, La Palma y la Viña Pomaire.⁴⁶

Así como Pomaire se vio primero arrinconado y luego rodeado por la hacienda de Pico, a mediados del siglo XX aún seguían limitadas las fronteras de la aldea por fundos de menor tamaño, donde trabajaban los aldeanos de Pomaire.

En la década del cincuenta, Pomaire tenía 1.082 habitantes; de ellos 524 eran hombres y 558 mujeres. Había 225 hogares y 200 propiedades, de las cuales tan sólo cinco sobrepasaban en extensión la hectárea, y 20 de esas propiedades tenían menos de 1.000 metros cuadrados de superficie. “En tales condiciones —señalaban Borde y Góngora— no es posible la formación de ninguna clase de campesinado. Dan los jardines sus frutas y verduras, crían aves y uno que otro puerco, en tanto que la mayor parte de los hombres trabaja afuera en calidad de ‘forasteros’ asalariados de los fundos y haciendas circundantes”⁴⁷

Por lo tanto, fueron al parecer las relaciones de trabajo entre los habitantes hombres de la aldea y los fundos y haciendas vecinas, lo

45 Borde y Góngora, *op. cit.*, pp. 181.

46 Borde y Góngora, *op. cit.*, tomo II. Mapa predial 1953.

47 *Op. cit.*, pp. 180.

que permitió la sobrevivencia de las familias, dadas las exiguas cantidades de tierra disponibles para la producción agrícola. De esta manera, el frustrado intento de campesinización de los aldeanos de Pomaire, cristalizó en un agudo proceso de proletarización.

Durante la década del cincuenta, la venta de fuerza de trabajo masculina y la pequeña producción agropecuaria se realizaba en conjunto con las tradicionales actividades alfareras y en ese entonces casi la totalidad de las mujeres de Pomaire trabajaban en actividades alfareras.⁴⁸

En Pomaire, con la Reforma Agraria efectuada entre los años 1964 y 1973, la hacienda El Tránsito y El Marco y muchos de los fundos más alejados fueron expropiados, y luego, a contar de 1974, parcelados. El proceso de Reforma y las parcelaciones parecen haber generado desocupación masculina, lo que haría suponer que algunos hombres comenzaron a ingresar como torneros y pulidores a la actividad alfarera, aproximadamente desde fines de la década del sesenta.

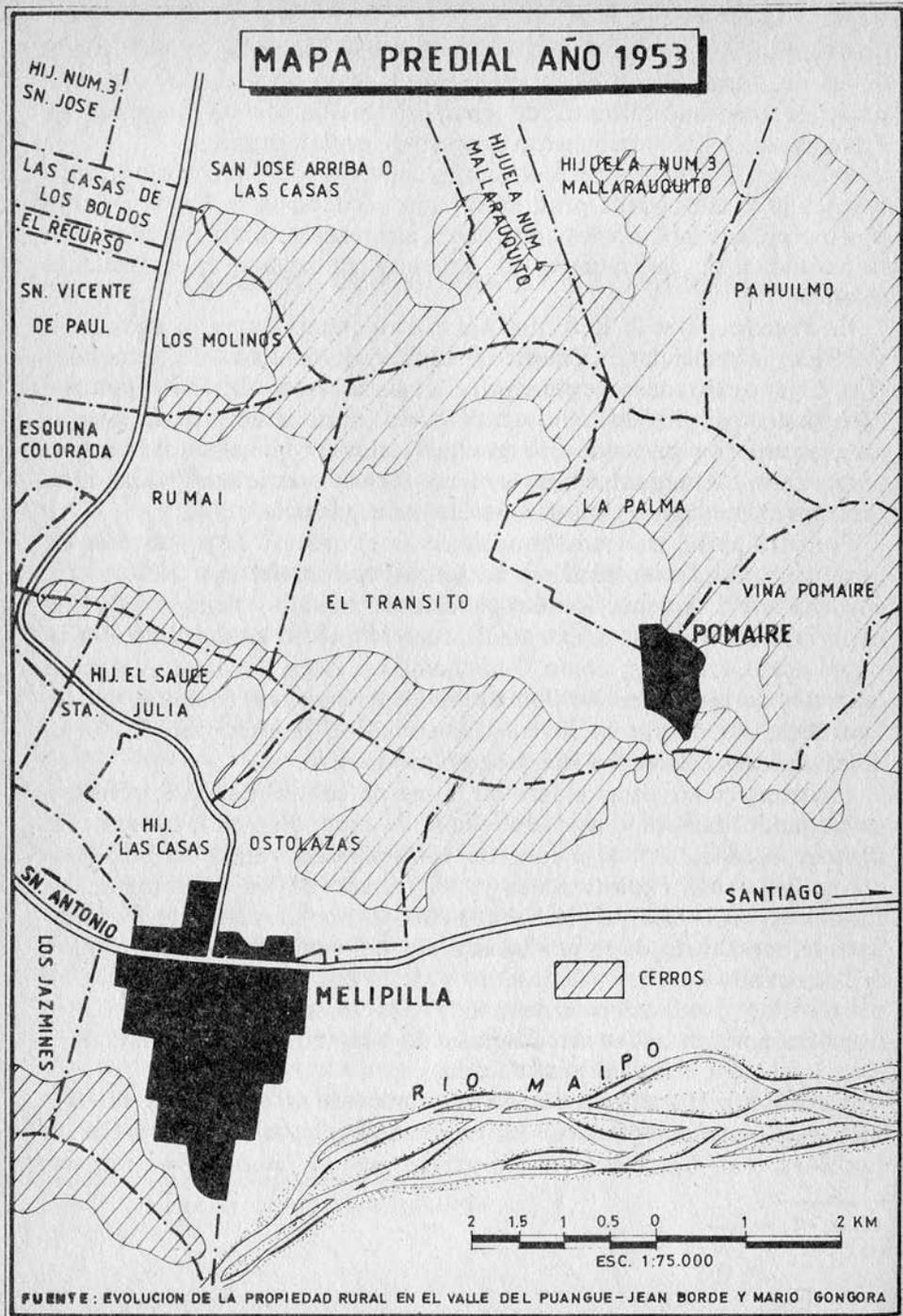
Por otra parte, las transformaciones en el proceso de producción de ceramios —fundamentalmente la generalización del uso del torno y consiguiente fragmentación del proceso de trabajo— tienden a desplazar a las mujeres de su oficio tradicional, lo que no ha sucedido aún en otras aldeas alfareras, como Quinchamalí y Pilén. En las trayectorias laborales de las loceras de Pomaire se evidencian esos cambios, que las han llevado a alterar su forma tradicional de inserción en el oficio, privándolas del control del proceso productivo.

Pomaire, como otras aldeas de la región central del país, conserva su tradición alfarera y, más aún, ella se ha expandido en el curso de las últimas décadas, en desmedro de las actividades agrícola-ganaderas en las pequeñas explotaciones y del trabajo de los hombres en los fundos vecinos. Ello parece haber ocurrido por un conjunto de transformaciones, fruto de la profundización del capitalismo en el campo, del desarrollo del mercado interno y de la transformación del mismo proceso de producción artesanal. Producto de estos cambios, los hombres parecen haber ido desplazando a las mujeres del trabajo de la loza en el curso de las últimas décadas.

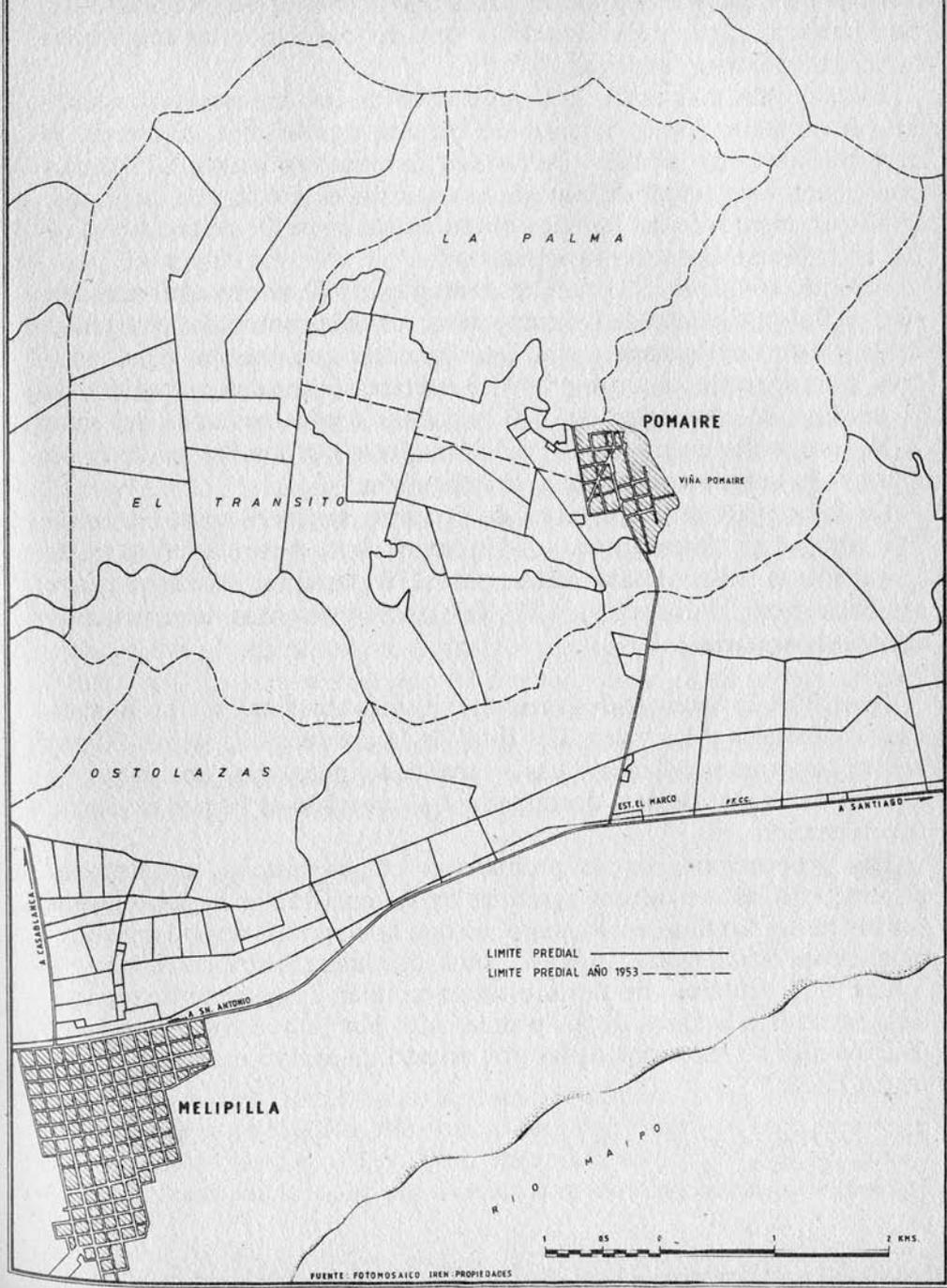
La alfarería durante la década del cincuenta no había sido sino una actividad complementaria de las mujeres a los trabajos agrícolas de los hombres. Así, Borde y Góngora señalan que el "auge de la cerámica,

48 *Op. cit.*, pp. 181.

MAPA PREDIAL AÑO 1953



MAPA PREDIAL AÑO 1985



FUENTE: FOTOMOSAICO IREN-PROPIEDADES

que le diera su fama a Pomaire, ha aportado sin duda a muchos de esos hogares un complemento de recursos que no nos es posible descuidar. Sin embargo, sigue dependiendo la vida del pueblo de las actividades agrícolas, chacras y asalariado".⁴⁹

Dos décadas más tarde, la composición de los ingresos de las familias de Pomaire había variado de manera significativa, alterando el carácter mixto de la aldea. De las 331 familias residentes, 275 tenían como fuente principal de ingresos la artesanía de greda, vale decir, que el 83 por ciento de las familias obtenían sus ingresos de la alfarería y tan sólo 56 familias no eran artesanas.⁵⁰

Aunque 164 de las 331 familias tenían en 1972 tierras agrícolas, tan sólo el 9,4 por ciento de los ingresos brutos de la comunidad provenían de la producción agropecuaria. Estas familias que poseían tierra agrícola, contaban en conjunto con 93,5 hectáreas, cantidad que evidencia la pérdida de alrededor de 100 hectáreas desde mediados del siglo XIX, lo que da, en promedio, 0,57 hectáreas por familia; es decir no más que la tierra que rodea la casa habitación.⁵¹

De los pequeños propietarios de Pomaire, según el mismo estudio, 140 trabajaban tierra propia y 24 la arrendaban. Actividades agrícolas y ganaderas eran desarrolladas por 120 familias; exclusivamente agrícolas por 21 familias, y 23 familias sólo tenían una pequeña actividad pecuaria.

Dentro de las actividades agrícolas se cultivaba el maíz y las hortalizas, los frutales y las vides. Del total de la producción, sólo el 20 por ciento se comercializaba. Las actividades pecuarias abarcaban la crianza de aves y cerdos, destinándose al mercado el 12 por ciento de la producción.

Las proporciones de la producción comercializada muestran lo aleatorio de las actividades agrícolas en la constitución de los ingresos brutos de las familias de Pomaire, ya que la mayor parte de la producción agropecuaria estuvo, por esos años, destinada al autoconsumo.

Las 93,5 hectáreas de tierra estaban también desigualmente repartidas. Según los avalúos de las propiedades por Impuestos Internos, la distribución de las propiedades por estrato de avalúo eran las siguientes en 1972:

49 Borde y Góngora, *op. cit.*, pp. 181.

50 Pérez, A., *op. cit.*, pp. 43.

51 Pérez, A., *op. cit.*, pp. 44.

ESTRATO DE AVALUO (En escudos de 1972)	NUMERO DE FAMILIAS
0 — 5.000	232
5.001 — 10.000	48
10.000 — 15.000	31
+ 15.000	20
Total	331

Así, la gran mayoría de la población de Pomaire contaba con propiedades avaluadas en menos de E^o. 5.000, lo que de hecho equivalía a propiedades muy pequeñas de uso residencial y no agrícola.

Por ello, el grueso de los ingresos lo proporcionaba la actividad alfarera, representando la producción de loza más del 80 por ciento de los ingresos brutos de las familias. Pomaire fue, en la década de los setenta, una aldea alfarera que había perdido sustancialmente su carácter mixto: la alfarería se había expandido en detrimento de la agricultura (pequeña producción agrícola y venta de fuerza de trabajo). Para el año 1972, sobre los resultados de la muestra de 83 familias de un total de 331, los ingresos brutos por venta de loza se dividían en ingresos provenientes de la venta de loza cruda y cocida, lo que denota ya una desigual relación de los alfareros con los medios de producción de loza. Para cocerla se requiere de hornos, que no todos los habitantes tienen, y ya el torno —medio con el cual tampoco todos los habitantes cuentan— había desplazado la producción manual. De esta manera, la composición de los ingresos brutos de los habitantes de Pomaire para 1972, era la siguiente, según el estudio citado:

Producción agropecuaria	9,50/o
Greda cruda	23,60/o
Greda cocida	57,80/o
Otros	9,10/o
TOTAL	100,00/o

Los medios de producción de las familias de ceramistas, en el mismo año, estaban constituidos por tornos semimecanizados —a pedal— y algunos contaban con taller. Pero la gran mayoría de los alfareros trabajaba manualmente, lo que denota una mayor proporción de tra-

bajo femenino que masculino, ya que sólo los hombres modelan en torno, mientras las mujeres trabajan a mano.⁵²

De las 275 familias de ceramistas, 132 tenían torno a pedal, vale decir, el 48 por ciento; 143 familias no tenían torno y trabajaban manualmente, lo que significa que el 52 por ciento de las familias alfareras estaba compuesto por alfareras mujeres. Por otra parte, del total de las familias alfareras, 245 tenían taller y 30 tenían la casa como un lugar de trabajo.

Las familias que vendían en crudo, no vendían directamente al público sino a comerciantes establecidos de Pomaire; las que vendían ceramios cocidos, vendían en parte directamente al público, o a comerciantes como las primeras, y en ambos casos se quejaban de los comerciantes que tenían puesto y se apropiaban del excedente de los productores.

En cuanto a las formas de abastecimiento de materia prima, existían diversas fuentes, preponderantemente las que se encuentran fuera de Pomaire; un 62 por ciento de los alfareros compraba la greda a transportistas y comerciantes que la traían de San Antonio y Valparaíso; un 19 por ciento la extraía directamente del cerro la Cruz, fuente original y tradicional de abastecimiento de materia prima, un 9 por ciento compraba a comerciantes de Pomaire; un 6 por ciento compraba y a la vez extraía del cerro, y un 4 por ciento se abastecía de distintas fuentes.⁵³

Por otra parte, la relación entre estratos de propiedades según su avalúo, cantidad de greda consumida por estratos de avalúo y estratos de ingreso, muestra una notable similitud, lo que estaría evidenciando una significativa diferenciación social al interior de la comunidad de Pomaire. Según los datos del estudio de Pérez, ésta sería la siguiente:

Estratos de avalúo de la propiedad y número de familias por estrato		Estratos de consumo de greda al año y número de familias por estrato (en carretilladas)		Estratos de ingreso mayo 1972. (en Eo. 1972)	
Bajo	: 232	- 84	219	-	3.000
Medio	: 79	84 - 120	36	3.000 -	6.000
Alto	: 20	+ 120	16	+	6.000.

52 Sin embargo, las mujeres también "componen" las piezas modeladas en torno; vale decir, le agregaban partes, como las orejas de las pailas, por ejemplo; fuera de ello, pulen, le echan "colo" - encolar, etc.

53 Pérez, A., *op. cit.*

Los datos, aunque parciales y fragmentarios, señalan tendencias que en las historias de vida se hacen más manifiestas. El torno, manejado por hombres, aumenta enormemente la productividad, pero a la vez desplaza a las mujeres del trabajo alfarero, pero más aún, del control que tuvieron del proceso de trabajo. Continúan trabajando en la factura de cerámica en tareas parciales, como por ejemplo, la composición de loza, el pulido, y sólo algunas loceras antiguas conservan aún el control sobre una gran parte del proceso, aunque ninguna sobre la totalidad de él.

Las alteraciones del proceso productivo, en suma, parecen haber afectado todas las fases del mismo: la producción, el intercambio y la distribución; y todo ello apunta a la hipótesis de que son, en última instancia, las mujeres loceras quienes primero se ven expropiadas de su oficio por los hombres, y luego desplazadas del trabajo al perder el control que tuvieron en las primeras décadas de este siglo sobre el proceso productivo en su conjunto a causa de la mecanización del mismo proceso de trabajo.

De otro lado, si la composición de los ingresos ha variado entre la década del cincuenta y la década del setenta, de manera tal que la actividad alfarera proporcionaba más del 80 por ciento de los ingresos de la aldea, las otras actividades en conjunto —el trabajo asalariado de los hombres en fundos y haciendas al igual que el cultivo de las pequeñas explotaciones— no alcanzaban en 1972, al 20 por ciento de los ingresos de la aldea.

De esta situación derivan hipótesis de trabajo que, confrontadas a las historias de vida de las loceras de Pomaire, estarían revelando, a la vez, un proceso conjunto de transformaciones que altera la división sexual del trabajo en la aldea: la salida de los hombres del trabajo agrícola (pequeña producción campesina en tierras propias, por formas precarias de acceso a la tierra como el inquilinaje o las medierías, en las tierras arrendadas o del trabajo asalariado) a causa de la modernización agrícola y la parcelación de los fundos vecinos; y una paralela transformación en el proceso de producción de loza que implica cambios en la circulación del producto y genera a su vez alteraciones en la división técnica y sexual del trabajo. Todas estas transformaciones apuntan a la pérdida del control de las mujeres sobre el proceso productivo; por tanto, la pérdida paulatina de su saber tradicional y de su oficio y, con ello, su creciente desplazamiento de la alfarería a actividades subalternas, articuladas en torno al comercio alfarero.

Al interior de estas tendencias es donde aparecen nuevos actores; sin embargo, muchas de las formas del pasado se conservan, lo que en última instancia le otorga a la aldea una identidad alfarera donde coexisten lo viejo y lo nuevo, pero donde también las mujeres loceras tienden a perder terreno frente a la transformación de un oficio que fue el suyo.

Pomaire, más que otras aldeas alfareras, refleja bien el paso de la producción artesanal a la pequeña manufactura, mediante la introducción del torno y un sinnúmero de transformaciones en el proceso de trabajo: una fuerte influencia de estos cambios parece obedecer a la existencia de una demanda de ceramios, hoy mezclada con el turismo citadino, situación que ha hecho posible el predominio del capital comercial por sobre el trabajo de las productoras directas.

En síntesis, en el siglo XIX la alfarería de Pomaire aparece como una producción mercantil, orientada a mercados campesinos y a mercados urbanos, y también como una producción de ceramios utilitarios que satisface la demanda campesina del entorno de la aldea. En esta última situación, a través del trueque o *chaveleo* de loza por alimentos producidos por los campesinos: intercambio de pailas, ollas, callanas, librillos, por papas, porotos, maíz. Pero la venta y el trueque de ceramios perduran y coexisten hasta avanzado el presente siglo, lo que en última instancia pone de relieve tanto la especialización que va adquiriendo la aldea, como la coexistencia de dos tipos de mercados para la loza: el campesino y el de las ciudades.

Con la apertura, para Pomaire, del mercado urbano de Valparaíso en 1853, se abre la ruta de la greda hacia Lo Vásquez, donde la loza se vende en una fiesta religiosa de carácter campesino; más tarde, al parecer, los pomairinos venden loza en Santiago. Este comercio alfarero aparece con una doble dimensión: como complemento a la venta de productos agrícolas o como un comercio exclusivamente alfarero.

Las relaciones campo-ciudad a través de la comercialización de ceramios es entonces temprana. Enraizada y ligada a la cocina popular de la zona central, puede verse como una manifestación del comercio campesino en las ciudades. Esto perdura hasta la década del cincuenta en que la misma aldea comienza a ser el lugar de venta de los objetos de greda que, siendo en su origen utilitarios, irán con el correr del tiempo variando sus formas para satisfacer otro tipo de demanda.

Coincidente con la desaparición de la loza hecha en otras áreas rurales por las mujeres, Pomaire, alrededor de los años cincuenta, va a dejar de abastecer la demanda campesina de objetos utilitarios, dirigiendo su mirada hacia el consumo de la urbe.

CAPITULO TERCERO

Agricultura y alfarería en Pomaire

1. OFICIO FEMENINO, TRABAJOS MASCULINOS: SUS VARIACIONES Y CARACTERISTICAS

Ambas actividades, la agricultura y alfarería, parecieron sustentar la división del trabajo entre los hombres y mujeres de la aldea, durante la primera mitad del siglo. Esta situación puede registrarse a través de las historias de vidas de las loceras antiguas, nacidas en Pomaire entre 1884 y 1928, y también en mujeres más jóvenes cuyos padres y abuelos nacieron en la aldea.⁵⁴ Sus trayectorias muestran un dominio masculino y uno femenino de trabajos, el primero ligado al trabajo agrícola y el segundo a la factura de la loza.

Esta situación pareció caracterizar a la aldea a lo menos durante la primera mitad del presente siglo; con toda seguridad esa división del trabajo entre hombres labradores o asalariados agrícolas, y mujeres loceras, antecedió al período de reformas de la propiedad de la tierra,⁵⁵ ya que con la Reforma Agraria, algunos fundos y haciendas vecinos a la aldea se expropiaron y luego parcelaron,⁵⁶ lo que repercutió en la aldea disminuyendo las fuentes de empleo agrícola para los hombres.

Precediendo a este tipo de división sexual del trabajo, es decir, durante el siglo XIX, existía más bien la complementariedad del trabajo entre hombres y mujeres en ambos dominios.

54 Historias de vida de Mercedes Rosas, Olga Salinas, Esperanza Ahumada, Teresa Muñoz, Rosa Torres Astorga, Ester Guzmán y Norma Riquelme.

55 La Reforma Agraria efectuada entre 1964 y 1973 y, más en particular, las medidas complementarias de política agraria que la acompañaron y sus efectos sobre el empleo en fundos y asentamientos.

56 Desde 1974 hasta 1979, bajo el gobierno militar, se parcelan los asentamientos de Reforma Agraria. De alrededor de 75 mil familias asentadas, se entregan parcelas a 36 mil y sitios de media hectárea a 18 mil. A poco andar, alrededor del 50 por ciento de las parcelas de la región central otorgadas en propiedad individual, ya habían sido vendidas por los campesinos. Cf. Bengoa José, *El campesinado diez años después de la Reforma Agraria*, Ediciones Sur, Santiago, 1984.

En cuanto a las actividades alfareras, señalábamos que durante la primera mitad del siglo XIX existió una división del trabajo entre los alfareros, que fabricaban los objetos grandes, y las alfareras, que fabricaban los más pequeños. Testigo de la división del trabajo en la alfarería por los tamaños y las formas, es la memoria que las loceras antiguas tienen al respecto. Según ellas, la fabricación de tinajas y botijas fue un asunto masculino, como también lo constató María Graham en su diario de viajes de 1822.

Las tinajas grandes son del tiempo antiguo; en este tiempo las hacían en un hoyo y ahí mismo las cocían. Según dicen, había otras más grandes que los indios alisaban con las espaldas. Eran para guardar chicha: en el tiempo de marzo, abril hacían la chicha y la guardaban, le ponían tablas encima y después la embarraban. Entonces la guardaban hasta septiembre y la destapaban para el Dieciocho. Para guardar cosechas también se usaban, para guardar el maíz y el trigo...”.

ROSA TORRES ASTORGA.

En las historias de las loceras antiguas se relata que algunos de los abuelos hacían las tinajas, desapareciendo probablemente su fabricación a lo largo de las primeras décadas de este siglo. Aunque ciertos alfareros las fabricaban, los padres y los hermanos de las loceras nacidas en este siglo, prefirieron trabajar en la agricultura. No obstante esta división del trabajo entre alfareros según el tipo y el tamaño de los objetos fabricados, algunas de las loceras también fabricaron tinajas hasta los alrededores de 1940 y aun más tarde.

Según los relatos de las mujeres, el cese de la fabricación de tinajas utilitarias parece estar ligado a la extinción de las actividades agrícolas de las pequeñas explotaciones de Pomaire, proceso que se da paralelamente a las subdivisiones y fragmentación de la propiedad. Las pequeñas viñas, por ejemplo, dejaron de existir una vez que comenzó a acentuarse el proceso de subdivisión de las pequeñas propiedades y, junto a ello, dejó de fabricarse chicha y chacolí, bebidas que eran almacenadas en esas tinajas.

Cabe destacar que la alfarería de Pomaire fue en el pasado preferentemente utilitaria. Así como los ceramios pequeños sirvieron de utensilios para preparar alimentos y rodearon el entorno cotidiano del

quehacer femenino, los grandes se usaron para almacenarlos.

En las últimas décadas, la fabricación de objetos grandes ha estado orientada a la demanda urbana por objetos ornamentales, no al consumo campesino.

Una segunda forma de complementariedad del trabajo, posterior a la señalada, estaba referida a la división del trabajo en la familia, esto es, el hombre dedicado a actividades agrícolas y la mujer a la alfarería, aunque las actividades agrícolas subsistenciales fueron normalmente compartidas. Los relatos correspondientes a las primeras décadas del siglo dan cuenta de ello.

El primer síntoma de la ruptura de la familia como unidad de producción y consumo fue la salida de los hombres a los trabajos agrícolas en las haciendas, o la migración a las ciudades.⁵⁷

Aun cuando Borde y Góngora se refirieran a Pomaire como “un simple conglomerado de inquilinos” —aunque también dan cuenta del proceso de descomposición del sistema de inquilinaje—,⁵⁸ la situación laboral de los aldeanos en la década del cincuenta pareció ser un tanto más compleja. Las historias de vida de las mujeres dejan ver la existencia del inquilinaje en las haciendas, pero también de otras formas y categorías laborales que fueron predominando con el correr de los años: afuerinos, torrantes, obreros agrícolas permanentes, voluntarios, medieros, arrendatarios, obreros especializados, y también migrantes a las ciudades. Los fenómenos de proletarización en la aldea no sólo implicaron que los hombres trabajaran en la agricultura, sino también

57 En las historias de vidas, entre la segunda década del siglo y 1950, padres o hermanos emigran a Santiago, Concepción, Valdivia, San Antonio, etc., ya sea para trabajar como obreros o en actividades de servicios.

58 “Esta pérdida de los cerros colocaba a los habitantes de Pomaire bajo la dependencia de la hacienda de Pico, en cuyo seno se encontraron en lo sucesivo encajonados. En vista de que toda comunicación con el exterior dependía exclusivamente de la buena voluntad de los hacendados, estas minúsculas posesiones de la aldea, careciendo del indispensable complemento de bosques y campos de pastoreo, se demostraron incapaces de asegurarse una vida agrícola independiente. Encontramos, pues, preparado el camino hacia el último eslabón de la decadencia de la aldea: su transformación en simple conglomerado de inquilinos”. Borde y Góngora, *op. cit.*, pp. 178. Pero los mismos autores dan cuenta de la descomposición del sistema de inquilinaje y así podemos leer en el mismo texto las evidencias de este proceso: “muchos indicios hacen presentir que el inquilinaje va perdiendo gran parte de su fuerza institucional. La valoración y el achicamiento de las tierras contribuye a que los agricultores se imaginen a veces que pueda ser más provechoso para ellos el pagar más altos salarios y conservar para sí la totalidad de sus potreros; en muchas explotaciones modernas, de preferencia en la cercanía de ciudades y aldeas, los “afuerinos” suministran ya más de la mitad de la mano de obra permanente”, *op. cit.*, pp. 169.

como asalariados en los talleres alfareros que ya existían en la primera mitad del siglo.

La dedicación del hombre fundamentalmente a trabajos agrícolas, hizo que la alfarería de ser una actividad en que se complementaba el trabajo de los hombres y de las mujeres, pasara a ser un oficio de mujeres. En este sentido —como lo expresan los relatos— las mujeres son las depositarias de un saber y de un quehacer del pasado, y de la memoria de ellos. Y cuando los hombres comenzaron a perder su trabajo agrícola por la Reforma Agraria y las parcelaciones, el que las mujeres hubieran preservado la alfarería, permitió que ellos la retomaran.

Los hombres reaparecen en la alfarería pasada la primera mitad de este siglo, fabricando objetos no utilitarios ornamentales, trabajo compartido con las mujeres:

Mi papá empezó con las estufas, las tinajas grandes que se usaban para las plazas porque de la Municipalidad mandaban a hacer siempre piezas grandes. Y mi mamá de ahí siguió haciendo las cosas grandes para las plantas: los zapatos, las carretillas. Ellos eran de San Antonio; llegaron cuando yo tenía dos años a Pomaire, antes de 1940.

JUANA GONZALEZ.

Pero este tipo de producción alfarera es fruto de una demanda ajena al entorno de Pomaire. La demanda urbana por grandes objetos de greda, de tipo ornamental, comienza a trastocar el carácter de la alfarería aldeana; el comercio se instala en el lugar a fin de satisfacer una demanda que derivó en crear múltiples fisuras entre los individuos y su mundo inmediato.

Este hecho no es sino la expresión de las alteraciones que han ido marcando a la aldea de Pomaire, donde el comercio alfarero ha tendido a expandirse en detrimento de las pretéritas actividades agrícolas, y la producción, a separarse de la demanda campesina.

Cuando ya la alfarería comienza a transformarse, a semimecanizarse, vale decir, en el curso de las tres últimas décadas, los relatos dan cuenta de una cierta tendencia al predominio de las familias nucleares constituidas, donde ya los hombres no tienen empleos

agrícolas sino se ocupan en servicios del Estado, como obreros o como comerciantes. Es en esta situación que el taller de asalariados tiende a desplazar a la familia como unidad de producción alfarera.

Respecto a la participación de los niños y, en especial, de las niñas en la alfarería, los relatos de las loceras antiguas dan evidencia de situaciones que se ven profundamente alteradas con el correr del tiempo. Se trata del desplazamiento de la alfarería desde los miembros de la familia, en particular de un trabajo realizado por las madres y aprendido por las niñas, a asalariados que, en ocasiones, también tienen relaciones de parentesco con los propietarios de talleres artesanales.

Durante las primeras décadas del siglo, las niñas aprendían el oficio materno reproduciendo e imitando las piezas facturadas por sus madres. Trabajaban primero como ayudantes, ya sea en la familia o en el vecindario, y también en forma remunerada, para el pisado de la greda o, en las mingas, puliendo las piezas. Pero lentamente iban adquiriendo independencia en las formas y objetos fabricados. De esta manera, al llegar a los ocho o diez años ya tenían un pequeño ingreso económico para enfrentar, por ejemplo, la compra de algunas ropas, útiles para la escuela, o colaborar a la economía familiar. El trabajo de las niñas se complementaba con la asistencia a la escuela: en todas las historias de vida de las loceras más antiguas —nacidas entre 1884 y 1928— las mujeres aparecen con una escolaridad no inferior a los tres años de educación primaria.

El contacto de las niñas con la vida adulta se hace evidente no sólo en el aprendizaje sino también en el intercambio y comercialización de la loza —acompañaban a los padres en los chaveleos o comercializaban por su cuenta— y en los momentos festivos de la aldea.

De esta manera, la etapa de la niñez era corta y el paso a la edad adulta se realizaba una vez que se aprendía a trabajar y a generar ingresos como miembro activo de la familia. Al parecer, mientras más pobres eran, más temprano era el aprendizaje del oficio.

No siempre el aprendizaje se realizaba al lado de las madres. En ocasiones, cuando las madres o abuelas no eran loceras, las niñas aprendían en el vecindario, de manera tal que no era sólo la familia la que entregaba el saber del oficio, sino también las vecinas o las amigas. Así, la comunidad aldeana jugaba un rol importante, ya que no todo recaía en la familia sino en otros habitantes de la aldea.

Una lenta separación de la vida adulta se va evidenciando a través de las décadas, en la medida que aumenta la escolaridad de las niñas,

reduciéndose el tiempo dedicado al aprendizaje alfarero y, fundamentalmente, el interés por él.⁵⁹

Si los hombres trabajaban en la agricultura y las mujeres en la alfarería, cabe preguntarse quién estuvo a cargo de las tareas domésticas: comida, lavado, cuidado de niños, etc. Ese dominio exclusivo de mujeres, al parecer fue organizado dividiéndose el trabajo alfarero y doméstico entre ellas mismas. Unas se especializaban en la alfarería, mientras otras se dedicaban a las tareas domésticas, y ayudaban en tareas parciales dentro del proceso de trabajo alfarero; por ejemplo, en el pulido de los objetos.

Las evidencias son escasas, ya que los relatos de las loceras de Pomaire están alejados del mundo doméstico y se organizan en torno a la alfarería. No son discursos centrados en el rol reproductivo doméstico, sino en el trabajo ligado a la alfarería. No obstante, existe en muchas mujeres solteras dentro de las loceras antiguas —y existió desde su juventud— el interés por conservar su autonomía económica e independencia. Para hacerlo, se reparten el trabajo alfarero y doméstico entre hermanas, madres e hijas, mujeres y sobrinas que traen a vivir con ellas.

Ciertas manifestaciones de la cultura local, expresan a las mujeres en las representaciones frente al matrimonio que es visto como un estado de sufrimiento, de violencia y dominación masculina y, en el mejor de los casos, de ininterrumpida dedicación a los hijos; en consecuencia, el canto popular de mujeres recomienda la soltería:

Escuchen niñas solteras
 las que están apasionadas
 lo que sufrimos en la vida
 las que ya somos casadas.
 El novio antes de casarse
 ofrece el mundo y el cielo,
 pero después de casado
 con nosotros barre el suelo.
 Y si el marido es celoso
 y es un borrachín eterno,
 el pelo no es de nosotros

59 Aries, Ph., *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*, 1973, pp. 311.

y nuestro hogar es infierno.
Si por suerte sale bueno
y no te molesta en nada,
sobrevienen los niñitos
y tenemos que andar meadas.
Para las niñas solteras,
mi consejo hay que seguir,
antes de matrimoniarse
más preferible morir.⁶⁰

Por la vía de la herencia se transmiten las casas a las mujeres y las tierras a los hombres. Las casas, tienen un pequeño pedazo de tierra pero en tantos lugares residenciales, son legadas a las mujeres, mientras los retazos de tierra de labranza, son legados a los hombres. Sin embargo, con el correr del tiempo las tierras se harán más escasas y más reducidas en tamaño.⁶¹

Representaciones culturales legitiman a la mujer soltera y la posesión femenina sobre la propiedad de las casas de la aldea, sumadas a un oficio controlado por las mujeres, abren un espacio de equidad y autonomía para las mujeres en un contexto donde los hombres tienden a ser en forma creciente tributarios de la economía hacendal dejando de ser agentes activos en la comunidad aldeana. Tales son algunas de las tendencias observadas en los relatos de las loceras antiguas.

En el curso de la primera mitad del siglo, algunas mujeres transformaron sus hogares en talleres alfareros; otras realizaron las actividades alfareras en el marco del quehacer cotidiano doméstico. Las primeras trabajaron con vecinos y parientes; las segundas, ayudadas preferentemente por sus hijas.

Tan sólo abandonaban la aldea cuando salían a vender o a intercambiar su loza por alimentos. Tales salidas parecían tener una estacionalidad bien definida, ya que se esperaba el momento de las cosechas para cargar las carretas con loza y salir en un radio no lejano de la

60 Velenzuela, Bernardo, *op. cit.*, pp. 12. Composición de Purita Martínez, nacida en Pomaire en 1883.

61 Reiter, Rayna, "Hombres y mujeres en el sur de Francia: dominios público y privado", en *Towards an Anthropology of Women*, Monthly Review Press, New York and London, 1983.

aldea.⁶² La salida de las mujeres, a veces acompañada por hombres, hacia las haciendas vecinas o cercanas, evidenciaba la existencia de un mercado de loza campesino, ya que eran fundamentalmente los inquilinos y residentes en las haciendas quienes compraban o cambiaban la loza por alimentos.

Esas formas premercantiles de intercambio de la loza, coexistían con su venta en los mercados urbanos de Santiago, Valparaíso y Lo Vasquez.

En cuanto al trabajo agrícola para el autoconsumo, en la medida que estas pequeñas explotaciones proveían a las familias de alimentos, a lo menos parcialmente, requerían del trabajo mancomunado entre hombres y mujeres. Pero las sucesivas subdivisiones de estas pequeñas propiedades sucesoriales, hicieron que ellas fueran transformándose en pequeños sitios residenciales. Las casas de los aldeanos tendieron entonces a estar rodeadas por pequeños huertos caseros, y la estrechez de los sitios sólo les pudo permitir realizar actividades agrícolas subsistenciales. Corrientemente en el huerto se criaron —y aún continúa haciéndose— aves de corral, algunos cerdos y algún animal mayor, dependiendo de la superficie de cada pequeña propiedad. Es la situación que Borde y Góngora describen para la década del cincuenta, cuando las fuentes principales de ingresos provenían de la salarización de la mano de obra masculina, en menor medida de la pequeña producción agrícola y, complementariamente, de los ingresos generados por la alfarería.⁶³

Lo que parece variar respecto a los huertos de las familias inquilinas que se encontraban al interior de los fundos —los cercos o goces— es que en Pomaire la siembra y labranza del huerto no fueron realizadas exclusivamente por las mujeres, sino también por los hombres —cuando los había— ya que las mujeres ocupaban la mayor parte de su tiempo en la factura de loza. Corrientemente las loceras contrataban asalariados cuando no existían hombres en su entorno. La inestabilidad del trabajo masculino en fundos y haciendas es lo que al parecer hizo que el trabajo agrícola fuera compartido entre los hombres y las mujeres de la aldea, ya sea bajo formas asalariadas o a través de lazos de parentesco.

62 María Pinto, las haciendas Ibacache, Culiprán, El Marco, El Tránsito, Chihigüe. Ver mapa de Chaveleo y venta de loza.

63 Borde y Góngora, *op. cit.*, pp. 178.

De este modo, los hombres compartieron con las mujeres —y continúan haciéndolo— la mantención de un pequeño espacio de cultivos de subsistencia. Pero pese a la complementariedad de hombres y mujeres en el trabajo agrícola, el trabajo de las mujeres en los huertos hoy día no cristaliza en el lenguaje, como en otras localidades alfareras: “locear” y “huertear” expresan en Quinchamalí y Santa Cruz⁶⁴ la dualidad del trabajo de las loceras, que ocupan el pedazo de tierra que les resta en el cultivo de hortalizas, y el tiempo que les queda en su labranza.

64 Montecino, S. *Historias de vida de mujeres de Quinchamalí*. CEM - PEMCI (1985).

2. LA AGRICULTURA: UN DOMINIO MASCULINO

A excepción de estas variaciones y cambios en la división y complementariedad del trabajo entre los hombres y las mujeres de la aldea, tanto en la alfarería como en la agricultura, las historias de vida de las loceras antiguas registran trabajos agrícolas masculinos de diferente naturaleza, según la situación de los hombres respecto al acceso a tierra, al trabajo o a ambos a la vez.

Tal acceso a la tierra pudo ocurrir mediante la propiedad, el inquilinaje en fundos, el arriendo o la mediería. Pero también el trabajo de los hombres en la agricultura dependió de la propiedad de medios de producción, tales como los aperos de labranza, carretas, animales de tiro, herramientas, etc. Cuando ellos contaron con los medios para hacerlo, prolongaron la producción a la comercialización de productos agrícolas, lo que en última instancia los hizo tener un rol importante en la comercialización de la loza, y la presencia del comercio campesino en la urbe.

Durante la primera mitad del presente siglo, los hombres tuvieron modos heterogéneos de inserción en la agricultura: algunos contaban con tierra propia, siempre insuficiente y otros fueron inquilinos en los fundos vecinos, algunos de ellos con usufructo de tierra, residieran o no en el fundo;⁶⁵ también fueron asalariados residentes en la aldea,⁶⁶ con una forma original de retribución al trabajo (derecho a casa en Pomaire, a galleta, acceso a leña y salario); en otros casos fueron asalariados "puros", unos con trabajo estable en las Viñas La Palma y Pomaire, otros como torrantes o afuerinos en los fundos aledaños

65 Historias de vida de Mercedes Rosas; de Teresa Muñoz.

66 Los propietarios de las viñas tenían casa en propiedad en la aldea para sus trabajadores y muchos de los inquilinos eran propietarios de tierras en Pomaire: Historia de Ester Guzmán, por ejemplo.

El Marco y El Tránsito o, más lejos, en María Pinto, Ibacache, Malla-rauco, etc.

Algunos de los aldeanos también trabajaban la tierra otorgada en usufructo a los inquilinos en los fundos y haciendas —las raciones—. Estos últimos, desprovistos de herramientas y animales de trabajo, las arrendaban o las entregaban en medias a aldeanos que, junto con tener un pedazo de tierra en la aldea, tenían implementos de trabajo.

Arrendatarios y medieros, además de contar con los medios de producción para poner en cultivo las tierras, contaban con un pequeño capital y, por lo corriente, con medios de transporte que les permitían comercializar la producción agrícola fuera de Pomaire. Por lo general, en esos casos, los hombres comercializaban la loza, como lo hizo el antiguo cacique cuando en la segunda mitad del siglo pasado inauguraba la ruta de la greda hacia Valparaíso y Lo Vásquez.⁶⁷

A pesar del tiempo transcurrido, la memoria de las mujeres registra viajes en caravana hacia Valparaíso y Lo Vásquez. Según ellas, estos viajes eran realizados por quienes contaban con los medios para hacerlo; en la expresión de algunas de las mujeres, “los del capital”:

Las mujeres salían con el marido para la costa, eso se llamaba chavelar. Cambiaban una olla por trigo, por garbanzos. Ahora no, hay muchos puestos y las gredas se venden. Mi suegra le entregaba la loza a los que salían, a los más grandes, a los del capital. Si antes no cualquiera tenía una pareja de bueyes y carreta”.

MARIA LOPEZ

Tal nominación expresa o la propiedad de carretas para comercializar la loza, o la propiedad de carretas sumada a un pequeño capital para comprar loza a las loceras y comercializarla afuera.

Tanto medieros como arrendatarios parecieron pugnar por la prolongación de una actividad campesina frustrada ante el estrechamiento de las pequeñas explotaciones, cuya propiedad no aseguraba más que el terreno residencial y el cultivo para la subsistencia.

De este modo, algunos de los hombres de las loceras más antiguas, arrendaban o tomaban en medias pequeños retazos de tierras a aldea-

67 Fue en 1853 el año en que el cacique sale en caravana con la greda para Valparaíso, acortándose más tarde el recorrido al Santuario de Lo Vásquez. Borde y Góngora, *op.cit.*

nos que vendían fuerza de trabajo en las haciendas vecinas, a mujeres solas, o bien, a aquellos peones o asalariados estables residentes en haciendas y desprovistos de aperos de labranza y medios de producción. Estos daban en medias las pequeñas tenencias otorgadas por los hacendados como forma de pago complementaria al salario. Otros, que contaban con un lote de tierra en la aldea, la arrendaban.

Todos ellos fueron arreglos entre campesinos sin o con poca tierra, y asalariados o inquilinos de hacienda. No primó en Pomaire, a modo exclusivo de relaciones de trabajo, lo que en los estudios especializados se denomina "complejo latifundio-minifundio". Tal bipolaridad, según la cual los minifundistas vecinos a las haciendas las proveían de fuerza de trabajo estacional, se mezcla y superpone a relaciones de trabajo y explotación al interior de la misma aldea.⁶⁸ Es así como junto a los trabajadores de hacienda, nos encontramos en la primera mitad del siglo con asalariados que trabajan en la alfarería o en la agricultura. Por otra parte, el arriendo de pequeñas explotaciones a otros aldeanos evidencia un fuerte proceso de diferenciación social interno, ya existente en el siglo XIX. Los caciques, en ese entonces, eran los campesinos más acomodados y con mayor cantidad de tierras.⁶⁹

Los campesinos y labradores de comienzos de este siglo, por lo general, también fueron comerciantes. Con una aguda inclinación empresarial, producían y vendían más allá de los márgenes de la aldea. Usufructuando de sus medios de transporte, compraban alimentos para venderlos —junto con sus propios productos— en los centros de abasto urbanos.

A comienzos de siglo, la Vega Central, ferias y mercados en Santiago y Valparaíso, eran los lugares de comercialización más recurrentes de hortalizas, de frutas y carne previamente faenada.⁷⁰ Y allí la loza producida por las mujeres tenía su lugar, ya que su producción también se vendió en la urbe.

En estas sociedades productivas conyugales, la producción femenina de loza tuvo un peso importante en la acumulación a escala campesina, previo al momento de instalación del comercio establecido de cerámicos en la misma aldea.⁷¹

68 R. Santana, *Paysans dominés*.

69 A. Cabeza y R. Stehberg, "El cacicazgo de Malloa", *Revista Nueva Historia*, Año 3, N° 10, Londres, (1984).

70 La crianza y el faenamamiento de los cerdos, así como la producción de chicha, es una antigua actividad de la aldea.

71 Véase historia de Mercedes Rosas.

Con el correr del tiempo, los hombres fueron perdiendo el acceso a tierras que tuvieron ya sea por la vía de la propiedad (y ello a causa de las subdivisiones o ventas), por el inquilinaje en fundos o haciendas (por la tendencia a la desaparición gradual de este tipo de relación contractual) o por los arriendos y medierías (que también parecen haber ido perdiendo terreno durante las últimas décadas).

Al aproximarse la mitad del presente siglo, los asalariados, forasteros, torrantes o afuerinos fueron las categorías de trabajadores predominantes, a pesar de que muchos de ellos contaban con pequeños sitios en la aldea.

Ninguno de esos trabajadores agrícolas tuvo rol alguno en la comercialización de la loza, como el resto de los hombres que trabajaban en las pequeñas explotaciones para el autoconsumo y la venta. Por lo general, los hombres combinaban el trabajo agrícola en sus reducidos terrenos con la venta de fuerza de trabajo, así como las mujeres combinaban las labores en la huerta con la factura de la loza sin dejar, en muchas ocasiones, de comercializar ellas mismas su producción.

Estas heterogéneas formas de inserción de los hombres en el trabajo agrícola coexistieron y perduraron aproximadamente hasta la década del sesenta, salvo el arrendamiento y las medierías en raciones de los inquilinos, que desaparecieron con anterioridad. En los casos de desaparición de los ingresos generados por los hombres en la agricultura y el comercio, las mujeres continúan con la producción de loza, tomando en sus manos la comercialización. Para las mujeres solas, producción e intercambio de loza fueron la base fundamental de sustentación de la familia. Tales son los casos de las loceras viudas, de las separadas, de las madres y no madres solteras que perdieron al padre o al hermano como proveedores de ingresos en dinero o en productos.

Los procesos de salarización no se daban sólo entre los pequeños propietarios de Pomaire y las haciendas, sino también al interior de la comunidad aldeana. La relación bipolar latifundio-minifundio escondía los procesos de proletarización en las comunidades rurales y con ello la diferenciación social que se generaba entre campesinos sin tierra y campesinos acomodados, que lograban generalmente esa situación gracias al comercio y los nexos entre el campo y la ciudad:

Antes que muriera mi marido yo trabajaba también en el campo, limpiando cebollas, cortando choclos para

hacer la carga que llamábamos. De ahí cargábamos las carretas porque mi marido trabajaba en frutas, en cebollas, en papas; lo había llevado para Santiago. Se dedicaba a sembrar chacras, llevar para Santiago los porotos granados, el choclo, todas esas cositas. Arrendaba tierras en la hacienda El Tránsito. Los inquilinos le arrendaban su pedacito y ahí él sembraba. Ibamos a comprar chanchos a la feria; él salía también para los campos a comprar donde vendían más barato. Cuando él le ponía su copita por ahí, como yo tenía dos trabajadores, mataba yo misma los chanchos, los pelábamos, los abríamos. Mataba hasta ocho, hacía prietas, longanizas, arrollado y todo eso se entregaba en la Vega de Santiago, que llaman. Entregábamos también en Pomaire, porque venían de Santiago a comprar. El salía a vender al oscurecerse, amanecía en Santiago y ya se iba a la feria y vendía. Mi marido también llevaba la loza para venderla; y yo no iba por no dejar mis hijos solos.

MERCEDES ROSAS

Diferentes historias hablan de la complementariedad de las actividades de los aldeanos de Pomaire: trabajo agrícola masculino y femenino, alfarería femenina, recolección de alimentos realizadas por mujeres, en tanto que el comercio de productos agrícolas y de loza permite al marido de Mercedes, una pequeña acumulación a escala campesina, que se expresa en el arriendo de raciones a inquilinos de la hacienda El Tránsito y en la tenencia de un medio de transporte e implementos de trabajo. En el caso de mujeres solas, son ellas las que que viajan a Santiago a vender sus ceramios.⁷²

En las ocasiones en que las medierías con la hacienda, en conjunto con la pequeña producción agrícola propia y la producción alfarera eran insuficientes para la mantención de familias usualmente numerosas, los hombres solieron migrar a la ciudad, a emplearse como obreros.⁷³

Algunas familias, en cambio, organizaban su economía fundamen-

72 Véase historia de Esperanza Ahumada.

73 Es el caso de la familia de Olga Salinas, que migra a San Antonio alrededor de los años 20, un momento de expansión de las actividades portuarias, gracias a la salida del cobre del mineral El Teniente por este puerto.

talmente en torno a la alfarería, ya no sólo como una empresa familiar, sino en la forma de un taller con contratación de asalariados. Tal situación parece haberse dado sólo en familias de mayores recursos.

En general, estamos frente a un gradual proceso de transformación del inquilinaje, que deriva en la proletarización de los trabajadores de hacienda y luego en su expulsión. Los hombres que permanecen en la aldea logran sólo trabajar por temporadas en un radio de acción mayor, que implica trasladarse más allá del cajón de Mallerauco. Las exiguas pequeñas propiedades no fueron sino un lugar de residencia y de pequeñas actividades subsistenciales, obligando su estrechez a la venta de fuerza de trabajo masculino. En la década del cincuenta, ya comienzan a desvanecerse las posibilidades ocupacionales permanentes en la agricultura y algunos de los hombres se van a las ciudades.⁷⁴

Una de las historias de vida de las mujeres originarias de Pomaire, la de Norma Riquelme, es significativamente elocuente respecto a estos procesos de transformación que han afectado a los trabajos masculinos en la aldea. Ella logra, desde la perspectiva de los cambios producidos en la agricultura y la alfarería, registrar lo viejo y lo nuevo, sin dejar las lagunas de las mujeres más antiguas, cuya memoria a menudo se cabalga, cuyo olvido no permite delimitar con exactitud períodos que se pierden en lo intemporal del relato.

Norma Riquelme nació en 1947; vivió en el fundo La Palma con sus abuelos paternos, luego en Melipilla con la abuela materna; de vuelta en Pomaire vivió en una casa de inquilinos en el pueblo, perteneciente a la Viña Pomaire; finalmente, y hasta hoy, habitó una pequeña propiedad indivisa heredada de su abuela y tías abuelas, en la misma aldea. Su abuelo fue inquilino con derecho a tierras en el fundo La Palma; el padre, obrero agrícola en la Viña Pomaire; y el marido, cartero y adscrito al POJH.⁷⁵

Mientras los hombres trabajaban en los fundos, Norma recuerda que desde su bisabuela, su abuela y su madre, las mujeres fueron loceras.

Dos hechos permanentes se mantienen tras el paso de las generaciones: el primero, que todas las mujeres se hayan dedicado al trabajo alfarero; el segundo, que ante la pérdida del trabajo de los hombres en fundos y haciendas, la pequeña propiedad heredada por la vía mater-

74 Véase historia de Ester Guzmán.

75 POJH (Plan de Obras para Jefes de Hogar); una suerte de subsidio a la cesantía, como el PEM, implementado por el estado ante la situación de desocupación generalizada. Véase Ruiz-Tagle, J y R. Urmeneta, *Los trabajadores del Programa de Empleo Mínimo* (1984).

na, haya albergado a varias generaciones. Así se retrata en el ordenamiento del espacio de esta pequeña propiedad sucesorial. El abigarramiento de construcciones habitacionales —de hornos para cocer el pan, de hornillas para cocer las piezas de greda, corrales para aves— da cuenta del paso y amontonamiento de numerosas familias, que han dejado ahí sus huellas.

Por la vía masculina, las trayectorias laborales de la familia de Norma, reflejan en líneas generales el proceso de descampesinización de los habitantes de Pomaire.

La heterogeneidad de los trabajos masculinos durante la primera mitad de siglo, según los relatos de las mujeres, puede sintetizarse entonces de la siguiente manera:

Para los pequeños propietarios no basta con la explotación de las tierras con que cuentan. El marido de Mercedes Rosas arrienda tierras a un inquilino, comercializa su producción, la carne procesada por la mujer —ayudada por dos asalariados—, y la loza facturada por Mercedes.

Los arreglos que busca la abuela de Teresa Muñoz —doña Carmen Álvarez— para cultivar sus tierras y mantener su taller alfarero, no son menos complejos: el yerno —padre de Teresa— le cultiva sus tierras y le ayuda a comercializar la loza; algunos asalariados son contratados para ciertas tareas alfareras, mientras el trabajo alfarero es realizado con las vecinas, también remuneradas.

La pequeña propiedad de la madre de Esperanza Ahumada no es sino un lugar residencial donde una madre soltera junto a su hija —y un anciano— trabajan la greda.

El padre de Olga Salinas también busca arreglos que distan enormemente de definirlo como pequeño propietario con tierras suficientes para vivir de su exclusiva explotación: mediero de la hacienda El Tránsito, junto con mantener sus pequeñas viñas y una agricultura de autoconsumo. La migración a San Antonio para emplearse con sus hijos como obrero, da cuenta de la poco holgada economía familiar. El trabajo de la mujer en la loza y de su hija Olga en varias actividades para conseguir ingresos (pisado de greda en el taller de Carmen Álvarez, venta de leña, comercio entre San Antonio y Pomaire “antes de ser mujer”) revelan la multiplicidad de arreglos para mantener una economía campesina que, en lo substancial, no es sino aleatoria.

El padre de Ester Guzmán, también pequeño propietario en la aldea, fue inquilino; ya viejo, arrendatario y mediero. Los hermanos, obreros agrícolas permanentes y eventuales. Casi todos migran antes

de 1950 a Santiago, en busca de trabajo.

En la pequeña propiedad permanecen las mujeres trabajando en alfarería; su madre, también partera, consigue algunos ingresos en producto o dinero por el desempeño de ese oficio. En la pequeña propiedad se mantiene una vaca y animales menores junto a pequeños cultivos. Buena parte de los alimentos los obtienen los hombres como *regalías* en los fundos y haciendas: galletas y quesos. También la leña y el guano para cocer la greda.

Esta heterogeneidad de trabajos y ocupaciones masculinas revelan un hecho: ya en la primera mitad del siglo, las pequeñas propiedades sucesoriales no son sino lugares residenciales o espacios complementarios de otras actividades que logran ampliar las economías campesinas (las medierías) o recusar sus límites (inquilinización, proletarización en fundos y haciendas, en pueblos y ciudades).

En este contexto, por lo general las mujeres trabajan en sus casas; permanecen a cargo de la alfarería y de pequeñas actividades agrícolas subsistenciales como los pilares de economías campesinas en gradual descomposición. Tal descomposición logra contrarrestarse gracias a la preservación de las actividades alfareras por parte de las mujeres y con los flujos permanentes en dinero y en productos que traen los hombres que trabajan como medieros, arrendatarios de tierras, comerciantes, inquilinos o asalariados agrícolas.

Más tarde, por la década de los sesenta dos procesos conjuntos enmarcarán las transformaciones de los trabajos masculinos y femeninos en Pomaire; la descampesinización de los hombres o su expulsión de trabajos agrícolas mantenidos hasta entonces gracias a la existencia de relaciones precarias de trabajo y, la transformación del proceso de trabajo alfarero que tenderá a colocar a las mujeres en lugares subalternos en la medida que el torno comienza a reemplazarlas.

3. LA ALFARERÍA: UN DOMINIO FEMENINO

El proceso de producción de loza fue asumido casi enteramente por las mujeres, a lo menos hasta finalizada la primera mitad de este siglo.

El estudio de Valenzuela acerca de la cerámica de Pomaire, realizado a comienzos de la década del cincuenta, enfatiza que la división sexual del trabajo en la aldea, colocaba a las mujeres como las protagonistas del oficio.⁷⁶

Según el mismo autor, los hombres se dedicaban a la cestería en verano, al beneficio del cerdo desde el otoño hasta comienzos de la primavera, siendo la gran mayoría trabajadores en los fundos que rodean al pueblo.

A excepción de algunas fases del proceso de producción de la loza —como, por ejemplo, la extracción de la materia prima de los cerros que rodean Pomaire; o bien, en algunas ocasiones, el pisado de la greda—, las loceras se encargaban del conjunto de prácticas que determinaron su oficio de alfareras.

Fue, al parecer, en el intercambio de la loza, donde los hombres tuvieron un rol significativo cuando no se trataba de mujeres viudas, separadas o solteras, o simplemente de mujeres a la cabeza del proceso de producción artesanal. En estas situaciones, las loceras tuvieron el control de la totalidad del proceso de producción alfarero, encargándose ellas mismas de intercambiar su producción, y esto mediando más el trueque de loza por alimentos que la venta.

Pero, en términos más generales, las historias de vida de las loceras

76 El 95 por ciento de la población femenina de Pomaire es de "loceras" o que "saben hacer loza", siendo esta "habilidad" la industria casera que alcanza importancia decisiva en la economía doméstica de los hogares pomairinos. El ejercicio del arte cerámico es privativo de las mujeres; el hombre sólo excepcionalmente se enreda en este oficio, y cuando así acontece, lo hace como simple colaborador ocasional de las mujeres (...) Ellas, pues, son las directoras y artesanas de estos innumerables talleres que tachonan, en todas direcciones, el plano del pueblo. Bernardo Valenzuela, *op. cit.*, pp. 3.

más antiguas sugieren que las diferencias respecto a la forma en que se asumía y realizaba el proceso productivo, dependían en mayor grado de la posición social de las loceras: algunas de ellas —las de menos recursos— tomaron en sus manos la totalidad del proceso productivo; las de mayores recursos, eran ayudadas por hombres (asalariados, maridos, hijos, hermanos, etc.).

A la inversa de las mujeres que no tuvieron un lugar central en el trabajo productivo —por estar insertas en la actividad agrícola, donde se autodefinen como difusas ayudantes del marido, del padre, del hermano—, las mujeres de Pomaire tomaron a los hombres como ayudantes y ejercieron el control de la producción.

La condición de “ayudantes” de las mujeres de las haciendas se daba no sólo en los casos en que se confundían las tareas productivas agrícolas con las tareas reproductivas de mantenimiento de la unidad doméstica, sino que se prolongaba a los casos de mujeres que trabajaban fuera de la economía doméstica familiar, como asalariadas de temporada, o cuando el salario era pagado al hombre que llevaba la fuerza de trabajo familiar para aumentar los rendimientos del trabajo “a trato”.⁷⁷ La secundariedad y complementariedad del trabajo femenino en la agricultura, incluso en condición de asalariadas, ponen de manifiesto la desvalorización social del trabajo de las mujeres.

Pomaire es diferente. Los relatos referidos al trabajo apuntan hacia una identidad laboral que emerge del oficio de locera, de su práctica concreta, y colocan a las mujeres en un lugar central, situando a quienes las ayudan en una ingerencia parcial, momentánea, subalterna, eventual o fortuita. Es en este sentido que podemos hablar de la identidad laboral de las alfareras de Pomaire, a lo menos durante la primera mitad del siglo.

Otro significado tuvo el proceso de comercialización de la loza, para el cual intentaremos analizar y periodizar los cambios sugeridos por las historias de vida de las loceras. Allí los hombres parecieron tener un rol importante, muy en particular cuando se trataba de largas distancias y cuando ya existía un carácter mercantil de la producción bien asentado. Contrariamente, cuando las distancias y recorridos realizados para el intercambio de la loza eran cortos, y la naturaleza del inter-

77 Por ejemplo, las mujeres de fundo, que trabajaban en tareas agrícolas como fuerza de trabajo familiar no remunerada. Véase X. Valdés *et al*, *Historias testimoniales de mujeres del campo*.

cambio evidenciaba aún un estado premercantil, las mujeres se encargaban ellas mismas de trocar o vender su loza.

La obtención de materia prima

En la fase inicial del proceso —la extracción de la materia prima— la intervención masculina aparece en los relatos como *ayuda*. Esta ayuda masculina, que no tenía ingerencia sobre el proceso en su conjunto, dependía al parecer de la posición social en que se encontraban las mujeres en la comunidad y de su posición en la familia; esto es, si ellas eran “jefes de hogar”, si eran viudas, separadas, casadas, solteras, etc., y si tenían o no taller y formas de cooperación en el trabajo.

La materia prima —greda o arcilla— se obtenía, por lo menos hasta mediados de la década del cincuenta, del cerro La Cruz o de sitios de Pomaire.⁷⁸

Por ejemplo, Mercedes, la locera más antigua, no iba a buscar la materia prima a los cerros vecinos; mientras era casada su marido contrataba trabajadores para el faenamamiento de los cerdos y otras de las actividades agrícolas y/o comerciales que realizaba. Eran estos trabajadores los que iban a buscar la greda :

La greda se iba a buscar al cerro, por donde es la Viña Pomaire ahora. Los hombres iban a buscarla en carretitas chicas con dos rueditas de fierro. El resto del trabajo lo hacíamos las mujeres.

MERCEDES ROSAS.

En otros casos, la extracción de la materia prima fue realizada por las mujeres. En ellos puede relacionarse posición social con una mayor ingerencia de las loceras en las tareas más pesadas, como la extracción y acarreo de la materia prima necesaria para facturar la loza:

78 “Además de los barros del cerro La Cruz, la arcilla suele ser obtenida también de los estratos del subsuelo que son alcanzados al hacer zanjas no muy hondas en algunos de los lugares del plan mismo del pueblo. Pero este mayor esfuerzo en su obtención se traduce en dinero, pues es muy justo gratificar al dueño del predio. Siempre se preferirá, entonces, la greda del cerro La Cruz, que es gratuita”. Bernardo Valenzuela, *op. cit.* pp.20.

Con mi mamá hacíamos loza todos los días hasta como las cinco y media. Nos parábamos después de once y nos íbamos al cerro a buscar la greda en carreta, carreta de mano, yo con mi mamá y la otra hermana. Mi papá a veces nos acompañaba. La sacábamos con un chuzo, ¡dura! Transpirábamos rollos de agua sacando la greda, dura, dura. En invierno era rico porque estaba blandita. No era muy alto para subir, bajitos los cerros, y ahí traíamos la greda; al principio al hombro y después hicimos carreta. Así era toda la gente, nadie miraba. Ahora vamos a buscar un saco de greda, todos se admiran.

ESTER GUZMAN.

En el caso de Ester, estamos frente a estrategias laborales diferenciadas: hombres inquilinos o asalariados, mujeres loceras que asumieron la integralidad del proceso productivo. La no articulación de actividades en un mismo grupo doméstico hacía que alfarería y agricultura funcionaran en forma separada y que las loceras tuvieran una mayor autonomía, aunque también más carga de trabajo.

En otros casos inciden diferentes factores. Por ejemplo, la abuela de Teresa Muñoz tiene un taller de loceras y contrata trabajadores para extraer la greda del cerro y para pisarla. En cambio, en el caso de Esperanza Ahumada, una vez separada, ella asume la extracción y la fase del pisado. Mientras está casada, el marido participa de extracción y pisado, en forma más o menos ocasional:

La greda la sacábamos del mismo sitio donde vivo. Pero cuando vivía mi mamá, íbamos al cerro La Cruz, íbamos en carreta, echábamos el saco y de ahí sacábamos la greda. Unas dos o tres veces a la semana íbamos.
ESPERANZA AHUMADA.

La apropiación y privatización de las tierras vecinas a la aldea fueron incidiendo en el estrechamiento del espacio productivo de las alfareras, en la medida en que, con anterioridad, los combustibles y la greda eran obtenidos gratuitamente en los cerros que limitan Pomaire:

Nosotros buscábamos leña y guano en el cerro porque éramos dueños de todo. No había viñas, no había nada.

Cuando yo tenía como diez años, entonces compraron los Barros, don José Barros. Compró desde el Portezuelo dando vuelta para acá, todo hasta acá, donde termina el pueblo. El hizo la viña, antes no era de nadie. Echaban los caballos, echaban las vacas, todo se hacía como dueño.

ESPERANZA AHUMADA.

Aunque la extracción de la greda del cerro La Cruz se haya visto afectada por la privatización y luego las plantaciones de viña por parte de la Viña Pomaire, y haya dejado por estas razones de proveer a las alfareras de materia prima, obligándolas a comprarla,⁷⁹ las mujeres que cuentan con escasos recursos económicos continúan sacando la materia prima de los cerros vecinos, y luego la mandan a moler.

Tal es, por ejemplo, la situación de María López, quien aprende a trabajar la greda alrededor de los setenta, a los 27 años, al lado de su suegra y las hermanas del marido:

Antes no había máquinas para moler greda. Iban al cerro las mujeres a buscar, a cualquier cerro, si aquí es casi pura greda. Hay greda buena, dice la gente, la que no se quiebra y la obra que sale con mucha piedra, que no es lisa. Ahora las distingo, antes no. Ibamos con las hermanas de mi marido al cerro y ellas sabían más que yo, sacaban de donde había mejor. Se bajaba en sacos porque es muy pesada. Ahora se lleva una carreta de mano, y uno cava con un chuzo y la trae en carreta. Entonces la gente no tenía tanta comodidad como ahora.

MARIA LOPEZ.

El pisado de la greda

Es la segunda fase del proceso productivo, en que se prepara la greda

79 A comienzos de la década del 70, la compra de greda molida en máquinas era un proceso generalizado en la aldea. Amelia Pérez, *op. cit.*

antes de ser modelada. Con anterioridad a la llegada a la aldea de las máquinas de moler greda, por lo corriente, las mujeres la pisaban.⁸⁰

La posición social de las mujeres incidía nuevamente, puesto que las alfareras más acomodadas contrataban a hombres asalariados. Así ocurría alrededor de los años veinte en el taller de doña Carmen Alvarez, la abuela de Teresa Muñoz:

En esos años, para trabajar la greda no había estas máquinas que hay ahora, que se muele en máquinas la greda. Antes había dos, tres hombres que se dedicaban a pisar la greda con el pie, en sacos, de esos sacos trigueros. En eso echaban la greda y ahí la pisaban estos hombreritos, que buscaban y se dedicaban puro a eso. De una casa pasaban a otra. Trabajaban en eso y eran buscadas estas personas para que pisaran la greda. Cada señora tenía greda, la echaba a mojar y ahí iba el hombre y la pisaba. Como ser, el día sábado, el día viernes pisaba la greda, el día lunes iban las señoras a trabajar.

Después, cuando llegaron las máquinas por aquí, que se pasa la greda, ya se va transformando la artesanía.

TERESA MUÑOZ

En tanto existe el taller, el proceso alfarero va más allá del ámbito familiar, prolongándose al trabajo asalariado de los hombres y al trabajo infantil.

Olga Salinas, nacida en 1908, antes de migrar al puerto de San Antonio con su familia, por 1918, trabajaba también en el taller de doña Carmen Alvarez, en el pisado de la greda:

Mi abuela Dominga era locera; toda la raza mía ha sido por ambos lados. Antes muchas mujeres iban a trabajar a otras casas. Mi mamá, y yo cuando estaba chica, le trabajaba a la abuela de la Teresa Muñoz y

⁸⁰ Una vez conseguida la arcilla, se desmenuza y rocía y se la tapa con pedazos de saco y trapos viejos humedecidos. Conseguido el ablandamiento, la arcilla es puesta sobre un saco extendido en el suelo y, por lo general, la artesana más joven es la que se descalza y apoyando un pie sobre el terreno para equilibrarse, con el otro va pisando la greda. Bernardo Valenzuela, *op. cit.*, pp. 20 - 21.

después a la mamá de la Teresa. Yo le iba a pisar unas rumbas del porte de una tina y mi mamá les hacía loza.
OLGA SALINAS.

No obstante la existencia de trabajo asalariado en la alfarería de Pomaire durante la primera mitad de siglo, ella por lo general comprometía trabajo familiar y, dentro de la familia, el trabajo femenino.

El pisado de la greda, como otras fases del proceso productivo, era realizado por madres e hijas, más aún cuando los hombres eran trabajadores de las haciendas vecinas. Luego de traer la greda del cerro. Ester Guzmán y su madre, la pisaban:

Cuando llegábamos con la greda a la casa, la echábamos a remojar y después la pisábamos. Teníamos que pisarla todos los días, una cuerada de greda. Antes se pisaba en cuero la greda, cuero de animal; se pisaba con el pie (...) Nos levantábamos a sacar la leche; yo era de las primeras que me levantaba, tempranito. Mi mamá pisaba la greda y yo sacaba la leche, para el otro hermano que era más chico. Eso era lo primero que hacíamos en la mañana cuando nos levantábamos, a las seis y media, siete. Ella se ponía a pisar la greda antes del desayuno porque después con el cuerpo caliente no se podía. Nos venía un resfriado terrible.

ESTER GUZMAN.

Si bien el padre y los hermanos de Ester trabajaban en los fundos vecinos como inquilinos u obreros agrícolas, en su familia el trabajo alfarero de las mujeres y la salarización masculina, se daban en un contexto de pequeños propietarios que cultivaban ciertos productos y criaban algunos animales para el autoconsumo.

No es el caso de la familia de Mercedes Rosas, cuyo marido arrendaba raciones de inquilinos, las que cultivaba al mismo tiempo que su predio, para comercializar la producción agrícola en Santiago.

El modelado o la fabricación de ceramios.

Para alcanzar las formas más corrientes, tales como las ollas, las

pailas, las fuentes y otras ya desaparecidas —callanas, librillos, etc.— diferentes gestos y acciones son realizados, en exclusividad por las alfareras. Cada uno de ellos recibe un nombre particular.

Luego que la greda es pisada, se fragmenta y se saca un pequeño trozo que es *amasado* sobre una pequeña tabla que las alfareras colocan sobre sus rodillas. En frente, encima de un banco o mesa, rudimentarias herramientas tales como un trozo de calabaza para dar foma al cacharro —*el mate*—, un trozo de cuero para alisarle la boca —*el cordobán*—, un palito pulido para quitar la greda que sobra —*el desgregador* o la *llanta*—; pequeños trozos de palos, alambres y huesos, patas de jaiva, pincel y piedras de ágata o piedras corrientes de río, componen el instrumental de trabajo de las alfareras.

Luego de amasar y sobar la greda, de calentarla con las manos, se construye un rodete, un *lulo* de greda, a partir del cual se origina el cerámico.

Después se preparaba el *canquito*, que se llamaba antes; ahora no se llama así. El canco era como un florero; cuando hace un florero uno lo hacer crecer, después le hace gutita como un matecito, si quería hacer una

fuentecita le hacía un bordito, lo achicaba por aquí y le hacía una figurita.

MERCEDES ROSAS.

Antiguamente para hacer la loza, usted armaba unos *cancos*, unos como conos —ellos les llamaban *cancos* y yo le digo a usted que son igual que los conos, medios anchos de aquí—; entonces se dejaba en la noche armado eso y al otro día la persona le iba dando la forma de lo que quería hacer, una olla, una paila o una fuente.
NORMA RIQUELME.

Los gestos hasta llegar al objeto final son traducidos en distintas expresiones: *armar* o *levantar*, *orejar*, *desgregar*, *componer*, *lustrar* (al agua), *encolar* y *lustrar* (en seco).⁸¹

Una vez lustrada la pieza al agua con una piedra de río, vale decir,

81 Valenzuela, B., *op. cit.*, pp. 25 y 26. Véase además Historia de Teresa Muñoz.

pulida interior y exteriormente, se deja orear bajo techo, en un lugar fresco. Cuando se estima que está *a punto*, se le aplica el *colo*, el engobe utilizado por las artesanas antiguas. Este debe ser traído de otros lugares y luego, ser preparado.

Cuando mi papá iba a vender la loza a Santiago (antes de 1949), ahí pasaba al cerro San Cristóbal a buscar el *colo*. También cuando iba al viaje de la Purísima, el 8 de diciembre, traía *colo* de los cerros de por ahí, de Ibacache, de la costa, de Cartagena en el verano, de Lo Gallardo. Este era el *colo costino*; mi mamá lo revolvía con el *colo santiaguino* y le quedaba bien bonito, le daba el mismo color. Lo que tiene el *colo costino* es que no se muele como el *colo santiaguino*; se remoja no más, en un lavatorio y se refriega con la mano, va refregándose, refregándose y se va deshaciendo, porque es blando, no es piedra como el *colo santiaguino*; es como imitando greda. Mi mamá lo dejaba igual que el *colo santiaguino*, para el otro día, y después le botaba el agua, lo clarito y el conchito lo revolvía con el *colo santiaguino*, y con eso encolaba.

TERESA MUÑOZ.

Se le aplica a las piezas con un cuero de oveja, para lograr piezas coloradas y no “verdojas”, del color de la greda. Luego se pule, o *lustra en seco*, con una piedra de ágata, antes de la *cochura*.

Los cambios habidos en la aplicación del engobe, se refieren al reemplazo del *colo* por tierra —de color—, de mercería, que según las loceras, se sale cuando se lavan las piezas.

Desde pequeñas, las niñas, mirando a otras niñas o mujeres que sabían, comenzaban a modelar la greda. Como aprendices de alfareras, su primera tarea era pulir. Luego, ya entre los siete y diez años, fabricaban sus propias formas, logrando, desde pequeñas, realizar un trabajo pagado.

Yo aprendí la loza cuando tenía poca edad, pero me gustaba tanto trabajar, que todo lo quería saber. Me mandaban a lavar la ropa donde la señora que le lavaba a

la mamita mía (...) y ahí había una niña, amiga mía, la hija de la que lavaba; ella trabajaba en la greda y yo ponía cuidado en todo lo que la niña hacía.

MERCEDES ROSAS.

Las niñas, por lo corriente, comenzaban por hacer juguetes, aunque los juguetes o miniaturas sean la especialidad de algunas artesanas.

Los sistemas de trabajo entre mujeres son variados, según la posición social o la constitución de la familia.

Mientras el trabajo alfarero comprometía a mujeres de una misma familia, existía una suerte de *sistema de medierías*: unas modelaban y otras pulían. Sin embargo, las niñas intentaban independizarse a temprana edad, luego de un período de aprendices.

Este *sistema de medierías* se daba frecuentemente entre hermanas adultas o en el caso de mujeres solas que vivían con otras mujeres. Entre ellas operaba la mediería en el contexto de una división del trabajo entre mujeres, vale decir, las más expertas modelaban mientras las otras pulían o lustraban y se repartían en montos iguales el dinero de la venta del producto.

Las *medias* se han prolongado en el tiempo, encontrándose como sistema de trabajo estatuido en el presente entre las artesanas antiguas. Por ejemplo, entre Olga Salinas y Dominga Pallauta; entre Teresa Muñoz y su hermana o Ester Ahumada y su hermana.

Encontrándose ya en la primera mitad del siglo talleres de mayor envergadura que el familiar, otro sistema de trabajo coexistió junto al trabajo asalariado de hombre y mujeres. Se trataba de los mingacos de loza:

Algunas veces se juntaba en alguna casa un montón de loza para sacarle brillo y hacían un mingaco. Iban las mamás, las hijas, todas a lustrar. Como a las doce de la noche se paraban las lustradoras y hacían unas pailas de causeo de conejo, causeo a la chilena, conejo cocido con salsa de ají, aceite, cebollas y hartos panes, tortillas. Se enjuagaban la boca con agua tibia, se lavaban las manos con agua tibia porque se calientan las manos de lustrar y se ponían a comer y a tomar mate; se fumaban un cigarro —que enfriaba la boca, decían las señoras— y entonces salían a la calle, a la una o dos de la mañana.

Se juntaban en las casas de las que tenían plata para comprar. Eran las tías y la abuela de la Teresa Muñoz, la Leonor y la Carmen Alvarez; donde la mamá de la Teresa; donde la Clodomira Muñoz Hernández; donde la señora Elcira Vera Quiroz; donde la señora Carmen Durán.

OLGA SALINAS

El cocido de loza

La fase del cocido de la loza, las fuentes y el tipo de combustible utilizados en el pasado, dan cuenta de los recursos complementarios que las loceras encontraban en los fundos vecinos, a través de la inserción de los hombres en el sistema de inquilinaje: guano y leña eran traídos desde el lugar de trabajo de los hombres. De esta forma los fundos parecen haber sido no sólo el lugar de reclutamiento laboral de los hombres, sino también el espacio en que las mujeres se proveían de combustible para cocer la greda:

Para cocer la greda se hacían pilas. En el suelo se ponía bosta de animal con hojas de eucaliptus, se hacía una cama y ahí se ponía toda la greda y se tapaba con bosta. Traíamos la bosta del cerro, había muchos animales antes por los cerros, así es que por sacos se traía la bosta. En carreta íbamos a buscar para los fundos, para los potreros. De allá traíamos la leña y el guano. Mi papá decía: "Vamos a ir a la leña". Y de ahí salíamos por los cerros a recorrerlos y a traer la leña y el guano. Como una vez al mes íbamos a la leña. A mi papá le dan leña porque limpiaba canales en el fundo. Al guano, íbamos con mi mamá como dos veces al mes porque se cocía una vez al mes la loza. Se juntaba la loza y una vez al mes se cocía, no como ahora que cocimos todas las semanas. No tenía mucha salida la greda en esos años, pasaban llenos de greda los patios porque no se vendía.

ESTER GUZMAN.

Los recursos complementarios que encontraban las alfareras en los

fundos vecinos, en los cerros aledaños, para proveerse de combustible hablan de una aldea cuya especialidad productiva no finalizaba en las fronteras del hábitat aldeano sino se prolongaba más allá, hasta donde alcanzaba la movilidad espacial de sus moradores en la búsqueda de los elementos necesarios para enfrentar y realizar el proceso productivo. Por otra parte, el uso ganadero de las tierras de los fundos vecinos permitió el acceso a estos recursos complementarios de la aldea. Una vez que comenzaron a extenderse las actividades de carácter agrícola —como las viñas— estos recursos complementarios fueron desapareciendo.

En el taller de la abuela y la madre de Teresa Muñoz, también se contrataba a hombres para que armaran las pilas donde se cocía la greda:

Se cocía en pila. Venían como a eso de las dos de la tarde. Cuando estaba todo el sol, se sacaba la loza, se hacía una camadita de leña, más encima bosta de buey seca y ahí se amontonaba la loza, tapada con bostas y ahí hacían el fuego y quemaban toda la tarde. Encumbradita la greda en la pila se ponía: la olla grande abajo, la paila grande, hasta lo más chiquitito arriba. La bosta de buey es más calentadora que la leña. Con eso se cocía antes, con eso cocía la abuelita, cocía mi papá. Ahora después llegaron estas formas de hornilla. La pila la armaban los hombres, pero como la abuelita sabía todo el trabajo, les enseñaba. Ella les disponía cómo se hacía.

TERESA MUÑOZ.

Según la versión de la misma Teresa, la *hornilla* habría comenzado a reemplazar al *cocido en pila* por la década del treinta. Ya en 1950, la hornilla era de uso generalizado en Pomaire.⁸²

El carácter utilitario de la producción alfarera femenina se hace patente en todos los relatos, aunque no se excluyen las formas destinadas a prácticas rituales.

De esta manera, ceramios destinados al faenamamiento y cocción de alimentos, el uso minero, contenedores de agua y alimentos, caracteri-

82 Valenzuela, Bernardo, *op. cit.*, pp. 21.

zaban las formas antiguas, como lo señala Rosa Torres Astorga, nacida probablemente alrededor de 1913:

Se hacían ollas de sahumero para correr el mal y para que viniera lo bueno; la olla colorera para hacer la color con grasa y ají; el cantarito para el agua; la callana, que era un tiesto sin borde que no quedaba asentado; en ese se tostaba el trigo para hacer la harina tostada y después se molía en piedra para tostar el maíz y hacer los cabritos se usaba. Los desarenadores, unos platos lisos, extendidos, simples, sencillos, para desarenar en el río cuando se iban a buscar pepitas de oro; las tinajas grandes del tiempo antiguo. Esas las hacían en hoyo y ahí mismo las cocían. Dicen que los indios los alisaban con las espaldas; eran para guardar chicha, para guardar cosechas también se usaban, para guardar trigo, maíz.

El intercambio de loza

Interesa además rescatar lo que ha ocurrido en el proceso de circulación del producto. Ahí las mujeres han sido desplazadas, y este desplazamiento prefigura una situación donde habrá productoras, comerciantes y, cada vez menos, productoras que comercialicen directamente su producción, salvo en los casos en que las mujeres trabajan a pedido, como por ejemplo, Teresa Muñoz y las que tienen puesto de venta en la aldea.

Durante la primera mitad de siglo, las mujeres no estaban ausentes del intercambio del producto, cuya forma adquiriría por lo general el carácter de trueque.

Antes de ser comercializada a distancias más largas, y también al parecer paralelamente, la loza —usada por los mismos campesinos como artículos utilitarios— se intercambiaba por alimentos. Este intercambio era realizado por las mujeres, que llevaban sus productos a los fundos y traían de ellos los alimentos.

Así, por ejemplo, una vez viuda, Mercedes controlaba el proceso de producción en su conjunto, incluyendo el intercambio del producto. Si el marido comercializaba la loza en Santiago —lo que denota un avanzado grado en la mercantilización del producto— Mercedes se hizo cargo del intercambio bajo formas marcadamente premercantiles.

El trueque, sin embargo, se realizaba junto a la venta de loza, y es relatado en estos términos por Mercedes:

Después que quedé viuda, yo iba a vender con un hijo. Iba a cambiar la loza por cosetita en una carretela para el lado de Casablanca, para el lado de Valparaíso, a cambiarla por cosecha. Por toda esa parte se iba vendiendo loza por el camino. Sentadita como estoy aquí, iba en la carreta vendiendo. Mi hijo gritando lo que llevábamos y de ahí salían las señoras para afuera a escoger lo que querían. Si nosotros queríamos maíz, porotos, papas, por todo eso cambiábamos para pasar el invierno. Llevábamos la pura loza cocida y las cositas para acostarnos en la noche. Dormíamos en las casas de las amigas por allá; ellas nos prestaban un cuartito para dormir, nos daban comida y nosotros también les llevábamos. Soltábamos los animales a comer en los potreros.

Resumiendo los aspectos relacionados con el proceso de la producción de la loza a partir de su viudez, se constata lo siguiente:

Produce objetos utilitarios: platos, ollas, callanas, fuentes, que intercambia con mujeres que viven del lado de Casablanca y Valparaíso. Eran mujeres campesinas que daban a cambio productos agrícolas, bajo el mismo mecanismo de trueque —chaveleo— que hoy puede observarse en Santa Cruz, cerca de Quinchamalí, donde se conserva el nombre de conchavo. También en Pomaire, las mujeres loceras cambiaban objetos de uso utilitario por alimentos. La medida de intercambio era el contenido de la vasija, expresado en alimentos. El intercambio era realizado entre loceras especializadas en la producción de objetos utilitarios y mujeres campesinas.

En el caso de Ester Guzmán, las diferentes fases del proceso productivo se articulan en la siguiente forma:

Ella y su madre se dedicaban a la alfarería, mientras hasta la década del cuarenta, los hombres trabajaban en la agricultura, salvo el padre y uno de los hermanos —el torrante— que lo hacen hasta más tarde.

Igualmente, las mujeres se hacían cargo del intercambio, pero a distancias más cortas, ya que no contaban con carreta y por ello cargaban la loza en canastos:

Teníamos que salir a chavlear la loza en los fundos. En esos años no había puesto ni se veía la plata. Ibamos con un canasto, con la loza para los fundos Chinigüe, El Marco, El Tránsito, donde teníamos más amistad, comadres. Porque antes en el campo todo era compadrazgo, buscaban padrinos para las guaguas en los fundos y con ellos íbamos nosotras a chavlear la greda. Traíamos todo para la casa, una o dos veces al mes íbamos a cambiar la greda por la comida. Pero cuando vendíamos más loza era cuando la gente iba a Lo Vásquez, el 8 de diciembre para la Purísima y de aquí partían carretas para venderla. Mi mami nunca fue con la greda porque eso lo hacían los que tenían carreta no más; a ellos les entregaba.

ESTER GUZMAN.

De esta manera, distancia y espacialidad del intercambio de loza entre mujeres parecen haber derivado de los medios de transporte —carretas— con que las loceras contaban. Así, las más acomodadas realizaban desplazamientos más largos; las más pobres, desplazamientos a pie, llevando la loza sólo hasta los fundos vecinos.

Estas diferencias vuelven a observarse en el relato de Teresa, cuya abuela contaba con los medios de transporte para desplazarse más lejos:

La abuelita venía y echaba a la carreta ollas, pailas, platillos para que comieran los niños; pailitas, callanas, que en esos tiempos se usaban para tostar el trigo; librillos que usaba la gente del campo para pelar mote.

Y llevaban toda esa loza en la carreta; por allá llegaba a una casa diciendo:

—Traigo loza.

—No tengo plata —contestaba la gente.

—Pero tiene trigo, tiene papas, yo le cambio por porotos— les decía la abuela.

—Tengo papas...

Entonces se llevaba una paila con papas; ella se traía las papas y la gente se quedaba con la paila.

En otras partes era el maíz:

—No tengo plata, casera, pero tengo maíz. Llenaban una olla de maíz, la señora se quedaba con la olla, la

abuelita se traía el maíz. En este tiempo le decían el chaveleo.

—Vamos a chavelear —decían por abril o mayo y así como iba la abuelita, iban muchas señoras.

En la mañana se iba, se alojaba por allá en casa de una amistad —para El Carmen, María Pinto...— y al otro día llegaba en la noche a la casa: era un viaje de dos días no más. Tenía que llevar una persona para que llevara la carreta. A veces iba mi papá —como era yerno— con ella. Salían por esa época porque la gente tenía ya las papas en las casas, la cosecha de maíz, el poroto, el trigo. Entonces en ese tiempo juntaban la loza.

En abril tengo que hacer el último viaje —siempre decía la abuelita.

Fruto de la estacionalidad de las cosechas, el trueque y el comercio parecen haberse adecuado a la temporalidad de la agricultura, delimitando la movilidad espacial de las loceras de Pomaire.

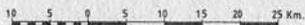
Así como algunas loceras se dirigían hacia los fundos de Ibacache, El Tránsito y Chiñigüe, la memoria de Rosa Torres Astorga, da cuenta de desplazamientos hacia el sur y el suroeste:

Iban a chavelear a San Pedro, hacia Alhué, Chocalán, con las carretas llenas de loza. Algunas cosas se vendían, otras antiguamente se cambiaban. Llevaban en canastos para afuera; todavía queda una persona que lo hacía, la Chelinda Maturana que tiene como 90 años, y también la Etelvina Gaete.

Se configuraba, a través de estas prácticas, un espacio social de las mujeres, el que se prolongaba mucho más allá de lo que hoy es el pequeño pueblo de Pomaire, delimitado ahora por un quehacer cuyo destino ya no se dirige al consumo del campesinado de los fundos vecinos, sino al consumo urbano. De esta manera, las transformaciones y el carácter exclusivamente mercantil que fue adquiriendo el trabajo de las mujeres, también afectaron la espacialidad del pueblo, reduciéndolo hoy a los límites de su exclusivo espacio residencial-laboral.

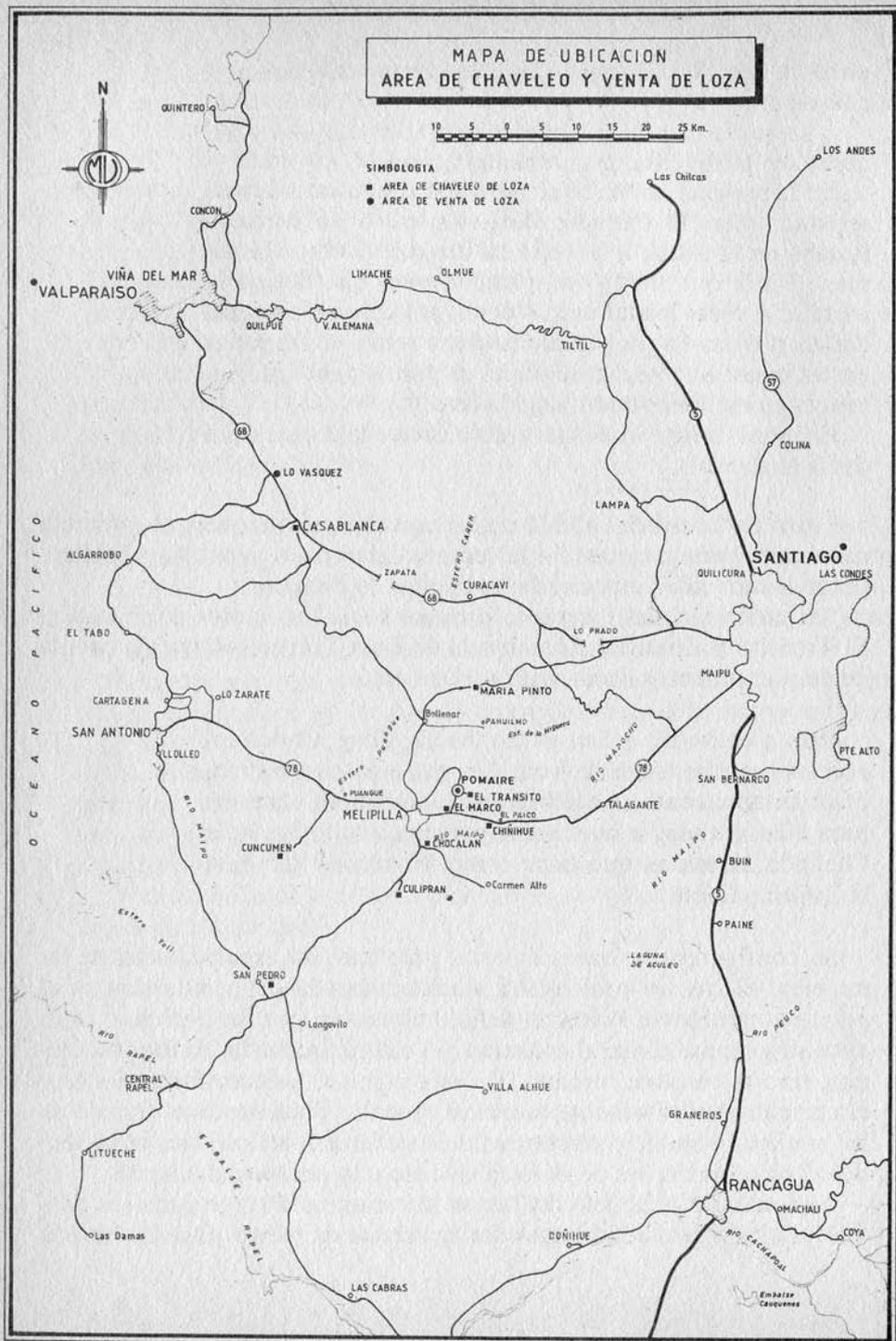
Aun cuando la abuela de Teresa intercambiara ella misma sus productos, los viajes más largos los realizaba su yerno que, junto a la

MAPA DE UBICACION AREA DE CHAVELEO Y VENTA DE LOZA



SIMBOLOGIA

- AREA DE CHAVELEO DE LOZA
- AREA DE VENTA DE LOZA



comercialización a distancias más largas, se dedicaba al cultivo de la pequeña propiedad de la abuela:

Mi papá hacía sus tres, cuatro viajes al año. A Lo Vásquez era todos los años y varias personas de aquí iban a Lo Vásquez. Mi mamá le juntaba la loza y mi papá salía a venderla. Iba a Valparaíso, iba a Viña. Tenía carreta con bueyes; antes del 8 de diciembre se iba a Lo Vásquez, como el 15 de enero iba a Valparaíso. Yo lo acompañaba, así que nos demorábamos sus doce días al tranco del buey, al paso de la carreta. Bajábamos el día sábado a la Avenida Argentina y allá vendía todo, toda la loza la bajaba de la carreta, la ponía ahí y la vendía en el día.

Mi mamá no iba, pero nos mandaba a nosotros de compañía; a ella poco le gustaba dejar la casa sola; así que no le gustaba salir.

Las formas de intercambio de carácter premercantil realizadas por la abuela precedieron en el tiempo a la comercialización de la loza en Valparaíso y Lo Vásquez; luego, la muerte del padre obligó a la madre de Teresa a desmontar el taller y trabajar a pedido, sin desplazarse para comercializar la loza ni tampoco establecer relaciones de cooperación manufacturera con otras mujeres artesanas, como lo hacía su madre. Las transformaciones aludidas en los relatos se sitúan entre 1915 y 1949, año de la muerte del padre de Teresa.

No obstante las diferencias señaladas, las mujeres, durante la primera mitad del siglo, tuvieron un lugar central en la comercialización de su propia producción. El intercambio generó un espacio social de relaciones entre mujeres consumidoras de artículos utilitarios y loceras, productoras de los mismos.

El trueque aparece fundamentalmente ligado al intercambio realizado entre mujeres —de loza por alimentos— a distancias variables, hacia el noroeste, por el camino a Ibacache, Casablanca y Lo Vásquez; hacia el suroeste, en otros relatos, por el camino a Melipilla y Chocalán; hacia el norte, por El Carmen y María Pinto y, en las vecindades, por los fundos del El Marco, El Tránsito, La Palma, Chiñigüe.

La venta de loza en la urbe, sin embargo, era más un asunto masculi-

no.⁸³ Las distancias se alargaban, llegaban a Santiago, a Lo Vásquez y Valparaíso.

Esa espacialidad diferenciada del intercambio de loza, entre hombres y mujeres, entre venta y trueque, se expresa en desplazamientos cortos, distancias que se pueden franquear a pie en algunos casos; en carreta, en otros. Los hombres frecuentan el mercado a distancias más largas y esos son mercados de consumo urbano —el mercado de Valparaíso, la Vega de Santiago— o el mercado creado a partir de una celebración religiosa: el santuario de Lo Vásquez con ocasión de la fiesta de la Purísima, en diciembre.

La mercantilización de la producción de loza, con el consecuente cese del trueque de productos, clausuró para las mujeres no sólo una forma de intercambio, sino también un espacio social donde se daba la relación “cara a cara”, la amistad y el compadrazgo.

Si los relatos nos han sugerido algunas hipótesis para un período que podemos hacer llegar tentativamente hasta la década del cincuenta respecto a la alfarería, y hasta las décadas del sesenta-setenta para el trabajo masculino en la agricultura, las loceras también señalaron las rupturas que suceden en el tiempo y que comenzaron a afectar su oficio, subordinándolo a una producción en serie, destinada a otro tipo de consumo y enmarcada en las nuevas fronteras aldeanas que han separado a Pomaire y a las loceras de su entorno inmediato y de su pasado campesino. Porque Pomaire vuelve a arrinconarse, bajo otras formas y por otras causas, con el comercio establecido en la misma aldea. Más tarde, la desocupación masculina en la agricultura y el acceso de los hombres a las actividades alfareras destinadas a un consumo que a la vez ha transformado los objetos, coronarán la transformación de un oficio que caracterizó, en tiempos pretéritos, a las mujeres que poblaban la aldea.

83 Aunque se encontraron casos de mujeres solas que también comercializaban, a comienzos de siglo, la loza en Santiago. Véase más adelante “Las mujeres y el comercio”.

4. LAS MUJERES COMERCIANTES

Las mujeres de la aldea supieron intercambiar el producto de su trabajo a través del *chaveleo* de loza.

Más que comercio, era una actividad de trueque y vida social que ligaba a las alfareras con su entorno, constituido por mujeres campesinas que poblaban las haciendas de Ibacache, Chiñigüe, El Tránsito, La Palma, Culiprán, etc., cuyas necesidades eran semejantes: proveerse de tiestos para cocinar, para almacenar agua y granos. Estas últimas contaban con productos agrícolas para el intercambio: trigo, maíz, papas, cebollas, huevos, gallinas, los que en la aldea escaseaban debido al proceso de subdivisión que afectaba a las pequeñas explotaciones campesinas. En tanto consecuencia de este proceso, el *chaveleo* de loza es una de las más patentes demostraciones de la desintegración y liquidación de las pequeñas economías campesinas de la aldea durante la primera mitad del siglo. Una suerte de división del trabajo entre las mujeres de las haciendas cercanas y las loceras aparece tras el *chaveleo* de la loza, en cuanto se intercambian productos necesarios y complementarios a la reproducción biológica de la familia campesina.

Quienes entregaban alimentos a cambio de loza, las mujeres de los fundos y las haciendas, lo hacían sobre la base de la existencia de las raciones de tierras, entregadas en usufructo a los inquilinos, que las cultivaban con el trabajo familiar.

Comparando la situación del campesinado de Pomaire durante la primera mitad de este siglo con aquella del siglo XIX, podríamos decir que en siglo pasado se trataba de economías campesinas mixtas, agrícola-alfareras. Mientras que sus rasgos definatorios durante la primera mitad del siglo la van acercando a una economía alfarera femenina que no se sustenta sino con el trabajo de los hombres en las haciendas.

Aunque muchos de los hombres salieran a *chavelear* la loza, lo

hacían cuando aún no habían comprometido su independencia enro-
lándose como fuerza de trabajo en las haciendas. Fueron los pequeños
propietarios, los medieros, como el padre de Teresa Muñoz, el marido
de Mercedes Rosas, el padre de Olga Salinas, a comienzos de siglo,
antes de irse a trabajar como obrero al puerto de San Antonio, quienes
salieron de la aldea a trocar o vender loza.

Los "del capital", vistos desde la perspectiva de los aldeanos más
pobres y cuando eran los hombres los que salían a chavelar, no lo
hacían sólo intercambiando por alimentos la loza que hacían las muje-
res sino también la vendían. Es por estas razones que el mercado
campesino de la loza aparece fundamentalmente como una actividad
femenina, mientras la venta a mayores distancias aparece como una
actividad masculina.

En este contexto, la salida de las mujeres a trocar sus productos
es un hecho que les permite abordar el mercado con una práctica
ya conocida.

Las trayectorias sociales de las mujeres que se dedican al comercio
de frutas y verduras o al comercio alfarero, emergen de situaciones
límites —como la viudez con hijos, la ausencia de marido, padre o
hermanos— o cuando se crea una resistencia a aceptar las malas condi-
ciones de vida y de trabajo en la aldea.

Comercio de loza

En este tipo de comercio, centrado en Santiago, estuvo la madre de
Esperanza Ahumada durante la primera década del siglo:

La primera vez que fui a Santiago tendría siete años; mi mamá me llevó a comprar zapatos. Todo lo compra-
ba ella en Santiago, así que lo conocía muy chiquitita: los
carritos con caballos, las góndolas donde había unas
cobradoras con sombreros y un delantalcito chico, así.

Mi mamá iba a Santiago porque aquí se pagaba muy
poquito por la loza; no nos alcanzaba a nosotros los tres
para vivir. De allá se traía unos pocos pesos, y traía
azúcar —la azúcar era en terrón, teníamos que machu-
carla con una hachita chica para partirla y tomar aguas
calientes. Tomábamos muchas aguas calientes.

Mi mamá vendía la loza en el pasaje que hay alrede-

dor de la Vega. Toda la compraba una señora que se llamaba Melitina, me acuerdo tan bien.

ESPERANZA AHUMADA.

Igual situación se presentó al quedar viuda Mercedes Rosas; a partir de ese momento, su producción estuvo destinada al mercado de la ciudad y al mercado campesino, sin la intermediación del marido.

Cuando ya quedé sola, hacía locita y entregaba a Santiago. Trabajaba con mis niñitas (...)

Yo después iba con mi hijo, sentadita como estoy aquí en la carretela, mi hijo gritando lo que llevábamos. Salían las señoras de los sitios a escoger lo que querían y si nosotros queríamos maíz, porotos, papas, por todo eso comprábamos.

MERCEDES ROSAS.

Tratándose del comercio alfarero durante la primera mitad del siglo, antes de la instalación de los puestos, las mujeres solas colocaban su loza en el mercado de la ciudad.

Comercio de productos agrícolas

Las mujeres no sólo comercializaban su producción alfarera sino también se transformaron en comerciantes de frutas y verduras. Se trataba igualmente de mujeres solas, sin marido, viudas o solteras; es en este contexto que aparece la figura de la mujer comerciante.

Olga Salinas aprendió a comerciar desde pequeña. Primero la leña que recogía en los cerros y vendía en la aldea; luego, su fuerza de trabajo, pisando la greda en el taller de la abuela de Teresa Muñoz. Las razones que la hicieron aventurarse alrededor de los doce años en el comercio de frutas y verduras son múltiples: los malos tratos de su padre hacia su madre y su deseo de adquirir independencia económica para ayudarla; el pago miserable que ella misma recibía pisando la greda; el descubrimiento —mirando a mujeres comerciantes del puerto de San Antonio— de la posibilidad de obtener dinero vendiendo frutas.

La trayectoria laboral de Olga Salinas es un constante ir y venir

desde Pomaire a San Antonio, Cartagena, Santiago, comprando y vendiendo frutas, verduras, carbón y loza, ya que nunca ha dejado de trabajar la arcilla. Aproximadamente entre 1920 y 1963, su vida se construyó en torno al comercio:

Yo estaba acá —en Pomaire— con mi mamá y le llevaba al papá las cotonas lavadas a San Antonio. Ahí empecé con el comercio, escondida de él porque se enojaba, no le gustaba la gente comerciante; decía que tenían mal nombre. Yo llevaba un canasto con uvas y me puse a mirar como vendían las viejas... Miren, en un canasto hay plata, me decía (...)

Cuando murió mi papá, en el 51, yo estaba en Cartagena. Estuvimos viviendo como catorce años allá, desde el 43 más o menos. Teníamos un negocio y yo compraba producciones al por mayor, por ahí por Peñaflores (...)

Después me abrí campo para el centro —de Santiago—, para el Mercado Central. Me conseguí varios clientes y les vendía de todo, frutas, verduras... También alcancé a vender loza en el Mercado Central. Ahí y en el Matedero, eran las únicas partes donde vendía loza (...)

En el año 56, por ahí, me vine acá a Pomaire pero estuve poco tiempo. Un amigo me pidió que me hiciera cargo de un negocio que tenía en Santiago. El negocio estaba en 5 de abril esquina de General Velásquez, en el barrio del diablo, donde pasaban todos los condenados para el Hogar de Cristo.

Después del 63, volvimos a Pomaire. Desde entonces se puede decir que me anclé acá.

OLGA SALINAS.

El mismo rubro de comercio permitió a la madre de Mónica Caro, a partir de su viudez en la década del treinta, mantener a sus siete hijos. Luego Mónica, ayudando a su madre, se hace también “comerciante ambulante” en flores, frutas y verduras:

Mi mamá quedó viuda en el 32; quedamos siete hermanos chicos, yo era la menor. Quedó con situación atrasada, entonces tuvo que iniciarse a trabajar para

podemos criar. Trabajábamos en comercio ambulante. Comprábamos acá flores, frutas, huevos y mi mamá y mi hermana viajaban a San Antonio y a Santiago (...)

Llevábamos las cosas en micro o en tren. De acá salíamos en carretela, en cochecito; combinaban las carretelas con el tren...

En verano íbamos dos veces por semana, una a Santiago y la otra a San Anonio. En invierno era menos. Así estuvimos hasta el año 65 más o menos. En el 65, yo instalé un negocito, puestos varios, de arroz, de todo, y estuvimos ahí hasta el 72, que me casé y tuve que cerrar el negocio por embarazo.

MONICA CARO.

Comercio alfarero establecido

Cuando en los años cincuenta el mercado de la loza comienza a volcarse hacia la ciudad, no es la comerciante que sale a vender sus productos quien se hace cargo de él, sino la locera con puesto de venta instalado en la aldea.

El primer puesto de venta de loza, instalado por iniciativa de las Astorga, acentuó la separación entre las productoras y las vendedoras, diferencia ya existente en los talleres, donde se pagaba por pieza a mujeres que hacían los ceramios vendidos por la dueña del taller. Los trabajos a pedido encargados por las Astorga a las demás loceras estaban destinados a proveer el puesto-exposición, valorizando lo "típico" de la aldea ante un público ciudadano, curioso y letrado. Lo "típico" emerge desde la mirada de la urbe:

En la exposición que teníamos en la casa atendíamos tres personas, mi mamá, yo y cualquiera otra niña que nos ayudaba, una prima. Vendíamos no solamente lo que mi mamá hacía sino lo que la gente nos hacía; nosotros les dábamos los modelos y casi todo el pueblo nos trabajaba porque era trabajo a mano y una cosa a mano se demora mucho, no dábamos abasto. Tanta gente que

nos hacía cosas, la Helena Herrera, la Etelvina Pailamilla, la Juanita González, algunas nos entregaban las cosas cocidas y otras las teníamos que cocer nosotros. Teníamos una persona para que nos cociera, un trabajador.

ROSA TORRES ASTORGA.

Luego, otras antiguas loceras fueron sumándose a este proceso, que transformaría la aldea campesina que fue Pomaire en un mercado de artesanías.

Para las mujeres más viejas no es fácil internalizar la lógica del mercado según se da en el puesto de venta. El hecho de que los compradores lo desabastecen aparece como un despojo; prefieren hacer la loza y entregarla a quien la encarga:

Para mí no es negocio tener puesto porque me quita mucho tiempo. Tuve negocio, puesto de loza, pero me veía muy apurada. Venía una persona, me llevaba todas las pailas que tenía yo —suponiendo que tenía cinco docenas de pailas, me las llevaban todas—, entonces ahí me quedaba el puesto pelado, me ponía nerviosa de tener más loza.

—Hasta aquí no más —me dije entonces—. No pongo más puesto.

Es mejor un pedido; lo hago, lo entrego, sigo haciendo, y así yo no trabajo para ningún puesto de Pomaire, sólo para Santiago. No sé dónde lo venden; tiene puestos en Santiago, ahí los compra cualquiera.

TERESA MUÑOZ.

En otras ocasiones, la posibilidad de instalar un puesto aparece cargada de riesgos, que sienten que no corren cuando entregan a comerciantes ya instaladas, aun cuando en este caso disminuyen las ganancias:

Antes yo hacía la loza y la vendía a los comerciantes. Como en el año cincuenta empezaron los primeros puestos, los fueron poniendo la gente de aquí que tenía más capital, y ellos iban comprando a las casas. Ahí vendía yo, hasta que un día mi sobrino me dijo:

—Ponga, tía, un puesto ¿cómo sabe? Le va a ir bien.

—Me da miedo, Fernando —le dije—; ponte que no venda ¿qué voy a hacer para el pan?

Me ponía a pensar y me daba miedo porque a lo mejor no iba a vender y no iba a tener plata para los gastos de la casa, para comer, para los estudios de la niña. Cuando vendía a los puestos me hacía una, dos, tres docenas y las entregaba; veía la plata al tiro. Con un puesto tenía que esperar que la gente llegara a comprar mi loza.

ESTER GUZMAN.

Instalada en Pomaire desde 1963, después de trabajar como comerciante en frutas y verduras, Olga Salinas, a sugerencia de Dominga Pallauta,⁸⁴ también instala un puesto de venta de loza en su casa. Pero no le gusta atender el puesto ya que para ella “es una esclavitud” y le gusta “trabajar, así, libre”.

Las loceras, una vez que Pomaire se vuelca a la demanda urbana, se van sumando al proceso de transformación de la aldea, donde finalmente no será su trabajo alfarero el único que sustente este mercado de artesanías sino, en lo fundamental, el capital comercial de quienes han instalado los grandes puestos.

La transformación de las actividades comerciales que se ha dado desde la década del sesenta, específicamente la canalización de la loza a un comprador urbano, a través de los puestos de venta, ha alterado también la espacialidad de la aldea: la calle de las viejas loceras, donde en el pasado se realizaban las fiestas, las tertulias, el trabajo, hoy no es más que una calle secundaria. La principal es la calle del comercio, la de los puestos, la calle de acceso a la aldea.

84 Dominda Pallauta vive con Olga Salinas desde hace 30 años.

5. LAS PARTERAS

Así como hasta la década del cuarenta elementos comunes a los oficios de las mujeres podían encontrarse en haciendas y áreas de pequeña propiedad respecto al saber alfarero, así también otros oficios eran compartidos por las mujeres que poblaban aldeas y haciendas.

Al intentar rescatar elementos comunes entre mujeres residentes en áreas de pequeña propiedad y mujeres residentes en fundos y haciendas, el oficio de las parteras se presenta como un lugar que otorga unicidad entre ambas situaciones, en cuanto se trata de un saber empírico bien compartido entre mujeres de cierta edad.

El ejercicio del oficio de partera es otro de los espacios sociales que las mujeres han ido perdiendo con la transformación del mundo rural y de la sociedad en su conjunto.

El común de las mujeres, con anterioridad a la década del sesenta, conocía cómo se nacía y sabía cómo actuar frente al parto. Sin embargo, al interior de las comunidades rurales, por lo corriente fue una la mujer que se especializó en atender a las parturientas. A ella recurrieron las mujeres en estado de gravidez, durante el parto y también para el cuidado del recién nacido.

Sin embargo, la figura de la partera irá desapareciendo hacia la mitad del siglo, en los momentos donde este oficio femenino es tomado por la institución hospitalaria.

Según los relatos de las mujeres de la aldea, no fue sino a contar de la década de los sesenta el momento a partir del cual los nacimientos recaerán del todo en los hospitales, evidenciando este proceso la expropiación del oficio de partera. Se asiste al mismo tiempo a la deslocalización de los nacimientos desde la casa habitación hacia el hospital, manifestándose por este hecho el abandono de las mujeres de un acto rodeado por una comunidad de mujeres, hacia un lugar de

especialistas, normalmente situado en pueblos y ciudades: los hospitales, las maternidades.

Pero también a través de las historias de vida puede observarse que, entre la década de los cincuenta y sesenta, la matrona fue por lo corriente la figura que reemplazó a la partera.

A lo largo de la década del sesenta, la matrona que se desplazaba por el campo, yendo de casa en casa a atender los partos, tiende a ser reemplazada por la salida de las mujeres de sus casas, al hospital.⁸⁵

Entre las décadas del cincuenta y sesenta podemos señalar un momento de transición, ya que las mujeres cuyos hijos nacieron en este período, tuvieron una doble experiencia: partos en la casa con parteras o vecinas, con sus madres y en ocasiones matronas⁸⁶ y partos en hospitales.

Tener por tanto, los hijos o “mejorarse” durante la primera mitad del siglo fue un asunto de mujeres. Esta práctica en algunos casos perduró hasta pasados los años sesenta, pero finalizada esa década, según los relatos, desapareció por completo, desvaneciéndose la figura de la partera.

De este modo, un espacio social femenino se constituía en torno al parto y el mundo de la maternidad era un mundo donde las generaciones se encontraban: parteras, madres, hijas, vecinas y comadres participaban, de una u otra forma, en los nacimientos. Tal como en el trueque de la loza, se constituía un espacio femenino. Más tarde, al desaparecer, las mujeres tenderán a su aislamiento progresivo.

Por otra parte, durante la primera mitad del siglo, el parto se inscribía en el ritmo de las actividades cotidianas de las mujeres, pese a que la nominación de “mejorarse” evoca un estado de enfermedad. Fue contrariamente un acto desdramatizado y corriente,

85 Según un estudio realizado en Minot, aldea situada al costado oriental de la Bourgogne, al sur de Francia, entre 1968 y 1975, la intervención sistemática del médico en los partos —un hombre— con la medicalización del nacimiento a partir de los años cincuenta, se acompaña de la eliminación del círculo de mujeres que tenían la costumbre de encontrarse alrededor de la parturiente. El movimiento de las mujeres hacia la maternidad, no toma verdaderamente toda su amplitud sino después de 1960 y, en 1968, sólo dos madres de familias numerosas, rehusan ser transportadas a la maternidad de Dijon. Las jóvenes van todas. Llama la atención la correspondencia temporal de estas transformaciones en una aldea montañosa del sur de Francia y en la región central de Chile. Véase Vedier, Ivonne, *Façons de dire, façons de faire*, París, 1979.

86 Respecto a la aparición de la figura de la matrona véase, Knibielher, Ivonne y Fouquet, Catharine, *Histoire de meres*, París 1977, y Verdier, Ivonne, *Façons de dire, façons de faire*.

donde se asistía al despliegue de un saber empírico, femenino, a la labor de una comunidad de mujeres que, en aquella ocasión, ayudaban a la parturienta.⁸⁷

No obstante la existencia de las parteras en áreas rurales antes de la institucionalización del parto, también muchas mujeres tuvieron a sus hijos solas. Ni la “especialista” de la comunidad rural, ni otras mujeres se encontraban suficientemente cerca como para asistirlos. En algunas ocasiones, a falta de otras mujeres, los maridos ayudaron en los nacimientos.

Evocando las transformaciones ocurridas en el parto, las historias de vida nos han sugerido distintos momentos. En un intento de periodización tentativo, podríamos hablar de un período, a comienzos de siglo, donde las mujeres tienen a sus hijos encucilladas. Tal vez, la presencia de la partera haya ido transformando la posición para parir, desde la forma encucillada hasta la mujer tendida, posición esta última que podría ayudar más a la partera —y no a la parturienta— para recibir al niño.

Paralelamente aparecerá la partera y en su defecto otras mujeres que ayudarán en el parto. La “especialista rural”⁸⁸ dejará de estar presente en los partos entre los cincuenta y sesenta, para ser reemplazada por la matrona que asiste a las mujeres en sus casas. Y, con posterioridad a los años sesenta, el desplazamiento de los partos desde la casa al hospital, tendrá como consecuencia, el desaparecimiento de la figura de la partera y la pérdida de un saber empírico que les otorgaba a las mujeres una posición clave en la comunidad rural.

Los años sesenta pueden ser vistos como el momento de ruptura entre las prácticas ejercidas por las mujeres y su reapropiación a consecuencia de la institucionalización y masificación de la salud por parte del Estado.

La centralización de los servicios de salud preexistentes en el Servicio Nacional de Salud, a comienzos de la década del cincuenta, sin duda explican este proceso.

87 Knibielher, y Fouquet, *op. cit.*, pp. 57.

88 Según la información proporcionada por historias de vida recopiladas en el altiplano chileno, las mujeres del mundo andino aún se resisten a la atención hospitalaria pese al hostigamiento ejercido a través de las Postas rurales. El oficio de partera se conserva como en la región central del país durante la primera mitad del siglo. Véase Gavilán, Viviani, *Historias de vida de mujeres aymara*, Santiago, 1985.

Los relatos referentes al parto se suceden cronológicamente marcando los hitos señalados.

La mujer más anciana de la aldea tuvo experiencias con parteras y con mujeres parientes. Nacida en 1884, Mercedes Rosas lo señala en su relato:

De los doce hijos que tuve, dos veces no más vino la partera. La llamaban mamá Simona. Las otras guaguas las tenía con la mamita que me crió y mi cuñada; ella salía a buscar a las señoras para arreglarme, las vecinas.

Esperanza Ahumada, nacida en Pomaire en 1901, evoca la presencia de la partera. Hasta la primera década del presente siglo, las mujeres señalan que han tenido a sus hijos encucillados:

Le decíamos mama Simona a la que me trajo al mundo a mí... En ese tiempo no se hacía como ahora; se ponía una sogá frente a la cama y la mujer se arrodillaba y se sujetaba a la sogá para poder pujar.

Del mismo modo que las mujeres transmitían a sus hijas, parientes y vecinas las prácticas ligadas al proceso de trabajo alfarero, las parteras traspasaban su conocimiento a otras mujeres, quienes a su vez lo aplicaban. La figura de la partera, plasmada en la mama Simona, es evocada también por la transmisión de sus conocimientos. De esta transmisión fue testigo Olga Salinas, nacida en 1908:

Mi mama Simona era casada con un viejito que se llamaba Jesús. Una vez que mi mamá estuvo enferma, allá partí donde mi mama Simona, que acaso podía venir; entonces fíjese que miró para el cielo y había un árbol tan lindo, pero tan lindo que no lo he visto jamás, con celeste, precioso, y yo estaba a pata pelada.

—Te voy a dejar la doná de mi sabiduría —me dijo mi mamá Simona—, que tú eres valiente, eres digna de decirme mama.

Yo me acuerdo de muchas cosas que me enseñó, cómo se hacía, cómo tenía que sacarle el ombligo a los chiquillos, qué tenía que hacer si estaban muy

enfermas para que no se murieran, que no se ahogaran las guaguas. Todas esas cosas me enseñó.

La gran movilidad en la aldea y fuera de ella de Olga Salinas, sus viajes a los fundos vecinos, ponen de relieve el ámbito en que ella, a su vez, prestaba servicios como la mujer que ayuda en el parto:

De tanto que me he movido, hasta como partera he andado (...) Yo no cobraba ni un cobre, así es que me tenían para el tandeo. Pero atendía muy poco aquí —en Pomaires—. En el campo sí que tenía hartos chiquillos. Llegaba y las viejas estaban que ya no daban, y vamos poniéndole sogas en los brazos. Era raro la que tenía guagua en la cama, porque tenían que afirmarse en el catre y abrir la ijaca y era más fácil —menos problemas y no sufren tanto— si en una viga se pone una soga para que metan los brazos, entonces quedaban medio encucilladas. Uno ponía una cosa abajo para recibir al crío y veía cuando la guagua estaba acoronada, cuando venía saliendo y la recibía (...) Ahí se les pone un diario, un papel o lo que haya, según la casa. Pescaba el ombligo y a cuatro dedos se lo cortaba, con una cuchara de esas de lata. Después limpiaba al cabro con un trapo y lo metía a un balde o a un lavatorio, los lavaba bien lavados, les ponía ají y los cabros ¡guaaa! No se me murió nunca un chiquillo, nunca les pasó nada. Yo podría haber sido rebuena matrona si hubiera seguido, pero no me gustaba. Llegaba por pura coincidencia no más.

Más tarde aparecerá en Pomaires otra mujer partera. Nombrada por su oficio, la señora Adela, la madre de Ester Guzmán, también locera, era la mujer que atendía los partos.

Su oficio es evocado por la memoria colectiva de las mujeres. Así, por ejemplo, Juana González, nacida en 1936, recuerda cuando la partera asistía a su madre, frente a su cercana presencia, en nueve de los diez partos que sucedieron a su nacimiento, hasta cerca de los años cincuenta:

Antes no llevaban a las mujeres a la maternidad como

las llevan ahora. Había una señora que era la partera, como matrona. Y ella recibía todos los niños que llegaban porque antes no era fácil viajar a Melipilla. Lo hacían así: la partera ya sabía en que fecha se iba a mejorar la señora que estaba esperando. Ya estaba en aviso una semana antes, ella ya sabía que iba a mejorar una señora de tal familia. Había entonces una sola partera que todavía queda: la señora Adela. Ella también trabaja la greda; hasta la fecha está haciendo sus pailitas, es la madre de la señora Ester.

Era muy buena partera porque nunca les pasó nada a las personas que estaban esperando sus hijos, entonces las mujeres tenían confianza en ella. Venía a las casas, los maridos ayudaban. Me acuerdo que cada vez que mi mamá tenía sus hijos, estaba siempre en la pieza el papá, la partera, otras señoras a veces y la enferma. Ellos ayudaban en calentar el agua y cosas así. Yo también ayudaba en calentar el agua, tener la tetera hervida para cuando se mejorara porque siempre a la enferma se le daba su mate. Le ponían unos ganchos de galega, de un pasto que sale en el campo para que baje la leche. Después teníamos que matar los pollitos para darle la dieta. Se cuidaba ocho días en cama, de no salir para afuera, no tomar aire. Se le daba una dieta especial de pollito, huevos, leche con sémola.

La señora Adela estaba casi ocho días lavando los pañales; la cuidaba, le preparaba las agüitas de hierba a la guagua y le daba las indicaciones a la mamá como siguiera: la agüita de toronjil era para que la guagua no se resfriara, la menta era para que no se le produjeran gases con la papa de la mamá, para los flatitos, hojita de apio, el natre para la fiebre...

La dieta posparto parece haber estado regida en todos los lugares por la costumbre: el mate para que baje la leche, el caldo de pollo o de gallina como reconstituyente, nunca estuvieron ausentes de la dieta,

denotando un cierto poder de las mujeres en la familia, ligado al estado de gravidez y adquirido por derechos consuetudinarios.⁸⁹

Pueden haber sido muy deficientes las condiciones de existencia de muchas de las mujeres, pero de alguna manera, en esta ocasión, se sacrificaban otros miembros de la familia para proporcionar a la parturienta su dieta.

Tanto la dieta como los consejos respecto a los remedios caseros, la ayuda doméstica y los tratamientos al recién nacido, indentificaban la presencia de la partera en Pomaire, cuyo oficio será reemplazado más tarde por el de la matrona de la aldea o el hospital de Melipilla.

El de partera no fue un oficio que se practicara sin retribución alguna. Por lo general, una retribución en producto (aves, huevos, etc.) o en dinero, fue otorgada a la partera por sus servicios.

Las historias de vida que dan cuenta de la forma en que se atendían los partos en fundos y haciendas corresponden a mujeres nacidas a partir de 1914. No obstante sean mujeres menos ancianas, al igual que en Pomaire, las mujeres que han vivido en fundos y haciendas evocan la presencia de la partera y de mujeres que ayudaban en los partos. También, en muchas ocasiones, ellas tuvieron a sus hijos solas, a veces ayudadas por sus maridos.⁹⁰

La figura de la mujer que ayudaba en los partos es otra, menos especializada quizás que la partera. Cuando es más contemporánea, se sitúa en el límite de la ilegalidad, sancionada por el castigo cuando es responsable de alguna muerte, pero siempre requerida por las mujeres del campo.⁹¹ Entre otros, tal es el caso de una mujer que vivió en el fundo Mariposas,⁹² en la provincia de Talca:

Un día vino a la casa un vecino que era ahijado de casamiento mío porque la señora estaba enferma y se iba a mejorar. Vino a pedir un caballo. Había una sola señora en el fundo que mejoraba, pero pedía muy caro. El se demoraba y me fui a acompañarla. Se demoró tanto que en eso ella se mejoró. Yo tenía miedo: pueda ser que tenga buen parto, pensaba y ya le corté el om-

89 Verdier, *op. cit.*, pp. 61 y ss.

90 Archivo de Memoria oral. CEM - PEMCI.

91 Verdier, *op. cit.*

92 La misma mujer fue cocinera del fundo Mariposas y habiendo vivido en un área de pequeña propiedad también facturaba loza. Véase capítulo "Las mujeres en el artesanado rural".

bligo y yo tenía mi guagua cuando llegó la partera. La estaba vistiendo, entonces la señora esa quería quitármela para ella terminar de vestirla y con tal de cobrarle a los pobres.

—No, le dije, si ya la tengo vestida.

Y la señora se fue enojada. De ahí comencé ya cuando la gente estaba enferma, yo salía disimulada para que mi hermano no dijera que yo andaba mejorando señoras.

De las últimas que atendí fue una vecina muy pobre. Me pidió que la ayudara, pero le dije que si era de día porque si era en la noche mi hermano se podía enojar.

Le di cositas ricas: panita de pollo para el caldo, de un todo y justo se enfermó en la noche.

¡Aló! ¡Aló! ¿Estará la señora Inés? y golpeaba la puerta.

—¿Para qué la necesita?, dijo mi hermano.

—Supe que la señora Inés era partera, contestó el marido y mi señora está enferma desde temprano y no se ha podido mejorar.

La amarré con un palo aquí en el estómago y la empecé a sobar y entonces ahí le pasé una botella para que empezara a soplar y se mejoró enseguidita.

Medí tres dedos no más y ahí le corté el ombliguito; la lavé bien, la dejé limpia y le di mate caliente. Después ya me fui a vestir a mi guagua, le puse el fajero bien amarradito, como lulo. Antes se hacía así para que no fueran manilargas, para que no fueran a pescar cosas que no debían tomar, cosas ajenas. Por eso la gente amarraba las guaguas.

Dejando envuelta la guagua, calentita, de ahí tiene que apretarle el estómago a la mamá hasta que salga la placenta y si no puede botarla, le pone encima de la guata el sombrero del marido. Ligerito le corre porque si le queda un pedazo adentro, las mujeres se hinchan y luego se mueren. El marido es el que tiene que enterrar la placenta, hacer un hoyo en cualquiera parte y ente-

rrarla.⁹³ Mi hermano me decía que se llevaban presas a las mujeres que se les mueren las guaguas, entonces fui por última vez.

Habiendo tenido Inés a sus hijos en la casa,⁹⁴ entre los años 1939 y 1941, ayudada por otra mujer que no hizo más que replicar su propia experiencia, deja ella misma de ayudar en los partos a finales de la década del cincuenta, atemorizada —como otras mujeres— por la sanción legal a que está predispuesta en caso de cualquier accidente, por oficiar de partera.

En este período que hemos señalado como de transición, bordeando los sesenta, las mujeres aún a finales de la década del sesenta, prefieren tener sus hijos en la casa. Leontina,⁹⁵ por ejemplo, ha tenido sólo a dos de los cinco hijos en el hospital, aunque ya la figura de la matrona desplaza por esos años a la partera, pero su no llegada al momento del parto, hace intervenir al marido y, a quien sabe, la madre:

A la casa vino una señora que era matrona, matrona que sabía, y de la María, la más chica, me mejoré sola. Yo me había quedado de acuerdo con la señora esta —la matrona— que me había venido a mejorar antes... le dije a mi viejo que la fuera a buscar ese día... se fue con el bus de las cuatro.

Estaba corriendo viento y cuando después llegó en la tarde y sin nada de matrona. No había querido venir porque corría mucho viento.

Tenía unas vecinas al frente, me vinieron a ver en la noche. Ellas querían llamar ambulancia para llevarme a San Bernardo, y el hospital de San Bernardo nunca me había gustado porque decían que era malo. Se había muerto una señora... Por eso tenía miedo, entonces yo les dije que no... Serían como las dos de la mañana y

93 Según el estudio citado, realizado en el Minot, Francia, "la madre, la suegra, las tías asistían a menudo al parto, pero como espectadoras y era él, el padre, quien llega para el baño y será enviado al fondo del jardín a cavar un hoyo para enterrar la placenta. No es sino después del parto cuando la mujer que ayuda se coloca a disposición de la madre. Ella prepara y ofrece café bien caliente, a menudo con una gota de alcohol, se ocupa además de todo el quehacer que sigue a la expulsión de la placenta: cambiar las sábanas, poner a remojar las que están manchadas, limpiar la sangre". Verdier, Y., *op. cit.*, pp. 97.

94 Archivo de Memoria oral, CEM - PEMCI.

95 Valdés, X. et al., *Historias testimoniales de mujeres del campo*.

siento, calladita, eso sí, que nace la María. Le hablé al viejo:

—Viejo, viejo, levántate para que me ayudes.

Ay, el viejo casi se murió de susto. ¡Cuándo había visto!

—¿Cómo lo hago, pues, Lionta?

Yo creo que ha llorado ese hombre de asustado.

—¿Qué le hago? —me decía—, con la María así en las manos.

—Ya —le dije yo— a ver, pásame un trapo. La limpié un poco y le dije:

—Déjala aquí acostadita un rato y anda a llamar a mi 'amita, porque se me había quedado la placenta adentro. Entonces ella vino y tiró, sacó la placenta y vistió a la niña, en la casa, en la noche.

No es la única ocasión en que los hombres asisten a las mujeres en el momento del parto, pero por lo corriente, ocurre ante imprevistos, por el atraso de la partera, o cuando ocurren nacimientos rápidos. Los relatos de las mujeres señalan que el hombre sólo ayuda a la partera o a las otras mujeres menos especializadas: ellas calientan el agua alejan a los niños, preparan paños limpios, entierran la placenta, etc. porque es una mujer quien se ocupa de recibir al recién nacido, de lavarlo, vestirlo, retirar la placenta, limpiar a la parturienta, etc.

El último nacimiento en la casa recogido en las historias de vida tiene lugar a mediados de los sesenta y da cuenta de la existencia de la partera en el ámbito rural. María López, nacida en 1942, reside y trabaja en la hacienda Ibacache entre 1964 y 1970 y allí espera su segundo hijo. Su abuela ha asistido el primer nacimiento en Pomaire, nacimiento realizado en la casa como el segundo. En adelante, los otros hijos nacerán en el hospital y de esta manera relata su última experiencia de parto fuera del hospital:

Estaba embarazada viviendo arriba del cerro. Me sentía bien, trabajaba todo el día. Cuando me enfermé de la niña estaba muy lejos para ir a buscar la ambulancia: había que ir a María Pinto, que quedaba a las tantas, retirado... en que llegara la ambulancia, ya había nacido la niña. Me enfermé como a la una de la mañana y yo no

decía ninguna cosa, estaba calladita ahí no más porque pensaba: ¿aquí, quién me va a atender? Pensaba en eso no más pero ya después me dio valor. Decía yo: si estoy para vivir, voy a vivir, si voy a morir, muero.

Después ya tan enferma que me vio mi marido que me dice:

— ¿Quiere que vaya a buscar una señora?

Porque un caballero que también trabajaba en los ladrillos, le había dicho que había una señora partera, que por qué no la iba a buscar. Y él fue, salió lejos a buscarla y la señora fue a atenderme.

—Uf, va a tener parto seco, me dijo.

Ahí tuvo que meter mano mi marido porque la señora viejita ya no era capaz. El tiritaba más que nervioso, no hallaba qué hacer porque nunca había atendido parto. Puso agua caliente y en una fuente de greda la lavó el papá. La lavó y la tomó y dice que con una cuchara le raspaba el cuerpecito.

La intervención masculina en el parto no denota la existencia de una práctica consentida por la costumbre de la presencia de los hombres en el parto sino como figura secundaria y lo hace casi por accidente. No sabe, ya que el parto es asistido por mujeres, y de ello deriva un conocimiento empírico, genéricamente femenino. En una ocasión la madre, en otras serán las vecinas, pero por lo corriente serán las parteras que poco a poco irán desprendiéndose de su oficio y de un saber que será reapropiado por la institución hospitalaria. Si el hombre no sabe, una vez que aparece la matrona “a domicilio”, un saber nuevo se confrontará al saber tradicional. Así lo expresa Leontina Leyton,⁹⁶ nacida en 1939, quien vive en un fundo del valle del Maipo:

... eran señoras parteras no más, no matronas recibías como ahora, ¡na! Señoras así no más, de campo. Ellas deben haber sabido algo, porque son señoras que han estudiado: van aprendiendo con lo mismo que van viendo no más. Así eran las señoras. No vamos a decir que

96 Valdés, X. *et al.*, *op. cit.*, Capítulo “Mujeres de Chile Central”.

han aprendido porque han hecho cursos. ¡Nada de eso!
Van aprendiendo con lo que van viendo...

De esta manera, con el correr del tiempo, el espacio del nacimiento será deslocalizado de la casa al hospital. Y no será solamente un cambio espacial, sino la alteración y el despojo del espacio social femenino construido en ocasión de los partos. Se trata en síntesis de la reapropiación del oficio de la partera, de la institucionalización del parto: las mujeres del campo dejarán de ocuparse del nacimiento concebido como un acto social, femenino, tendiendo a desaparecer el círculo de mujeres que rodeaban el parto, el encuentro de generaciones, de hijas y madres, vecinas, comadres, parientas.

En los hospitales o a domicilio, las matronas por lo corriente son vistas por las mujeres del campo con otra mirada que las parteras antiguas, símbolo de un pasado donde las mujeres de comunidades rurales se ocupaban de los nacimientos. Así, por ejemplo, lo expresa Lila Astorga, nacida en las cercanías de Pomaire, en el fundo Mallarauquito, en 1934:

Tuve catorce hijos, once están vivos... la mayor en el hospital, la menor en la casa, la tercera en el hospital. Cuando tenía los niños en la casa, una señora me ayudaba, no era difícil... tuve una que nació en la casa, sola.

Prefería tenerlos en la casa porque las señoras que atienden en el campo tienen otro trato, no son como las matronas, son más cariñosas, la tratan mejor. Por ejemplo, me tocó un caso cuando nació la Purísima: me fui a mejorar al Barros Luco y ahí me salieron como leonas, no se puede gritar, la retan. ¡Eran viejas y bravas, otro término no se puede usar!⁹⁷

La entrada del parto al hospital es el anuncio del final de los gritos. Se coarta la posibilidad de expresar el dolor cuando el grito, en sociedades tradicionales, anunciaba la llegada del hijo al padre que estaba afuera, a la espera del aviso del nacimiento. Señalan estudios acerca del ejercicio de las parteras, que también el grito, su tono, era un anuncio del momento de la expulsión. La supresión del grito o su prohibición

97 Valdés, X., *op. cit.*

en la institución hospitalaria, se realiza en los hospitales cuando ya la medicalización del parto no requiere de signos que más tarde serán reemplazados por instrumentos médicos.

En el límite del período de cambios, de la apropiación de un oficio femenino por la institución hospitalaria, estas mujeres, como otras, han tenido sus hijos en la casa y en el hospital durante estas dos décadas.

Aunque el ejercicio del saber tradicional vaya desapareciendo, supervive conservando la prescripción de hierbas y ciertas curas.

Si el dominio femenino tocaba la salud y los momentos de la vida —los nacimientos—, también tocaba los momentos de la muerte, en particular la preparación del ritual mortuario de los “angelitos”.

Cuando las guagüitas se mueren, las mujeres las lavan y las visten con el alba de lienzo. Se hace caladita y se les pone un sombrerito, se las sienta en una silla, se les juntan las manitos, se les ponen flores y le cantan al angelito...

INES.

Dominio femenino del nacimiento, de la salud, de la muerte, tienden a desaparecer a comienzos de la década del cincuenta fruto de la modernización de los servicios de salud estatales preexistentes. Ello ha tendido a desdibujar estos oficios femeninos, homologando la situación frente al nacimiento, a la salud, de las mujeres del campo y la ciudad. Por este mismo hecho, la expropiación de una especificidad femenina en la cultura campesina, acompaña las trayectorias de vida de las mujeres.

Las transformaciones en la esfera del trabajo se desarrollaron paralelamente a la exclusión de las mujeres de los nacimientos y, en este sentido, una desigualdad de las mujeres frente al parto se evidenciará a través de las generaciones, ya que las jóvenes van sólo al hospital.

Estos dominios ocupados por las mujeres se han visto copados por la llegada al campo de especialistas, policlínicos, postas rurales, fenómenos que han alejado a las mujeres de estos oficios que encerraban un conocimiento empírico y una práctica cuya transmisión oral se perpetuaba toda vez que la salud dependía del ejercicio del saber tradicional.

Es así como las mujeres han ido perdiendo su especificidad genérica —y han ido adquiriendo otra— situándose este proceso en una sociedad

que se transforma, donde las relaciones campo-ciudad han urbanizado las formas de vida.

Deprivadas las mujeres de un oficio tradicional, el espacio social femenino, pretérito, desaparecerá de fundos y haciendas, de áreas de pequeña propiedad, articulando a las mujeres y a la sociedad rural en su conjunto, a un saber urbano, especializado, que llega al campo cuando el campo también se ha transformado.

CAPITULO CUARTO

Nuevos actores en la aldea

1. LA EXPROPIACION DEL OFICIO DE LOCERA

En la memoria que las loceras viejas guardan respecto a la división sexual del trabajo durante la primera mitad del siglo, aparecen nítidamente delimitados un dominio de las mujeres —la producción de loza— y otro de los hombres —la agricultura—, ya sea como inquilinos, obreros temporales en los fundos o, eventualmente, en pequeñas explotaciones de la aldea.

Sin embargo, en la historia de Esperanza Ahumada (1901) junto con la afirmación de la identidad laboral a partir de la experiencia y control que las mujeres tuvieron sobre el oficio y con la memoria de las nítidas áreas de trabajo masculina y femenina, ya surge la conciencia de haber sido despojados del oficio:

Yo siempre le digo a los hombres: “Ustedes nos vinieron a sacar el pan de la boca a nosotras las mujeres”.

Las mujeres trabajábamos todas en la greda, todas. Los hombres trabajaban en los fundos de El Marco, La Palma, allá trabajaban ellos; se repartían otros para Mallarauco, Mallarauquito y así se repartían. Volvían a los 15, 20 días, sacando papas, en fin arando y qué sé yo; si antes los hombres no trabajaban en la greda, los miraban mal: “apollerados”, les decían.

Confrontando el pasado con el presente, las mujeres ven en la masculinización del oficio que caracteriza aún su quehacer, tanto una consecuencia de la expansión de la demanda, como un efecto de la desocupación en los fundos vecinos, por su división durante la post Reforma Agraria:

Nos llamaban las loceras: las mujeres eran las que

trabajaban, los hombres no trabajaban la greda. Ahora se puso el hombre a trabajar la greda. Antes el hombre no le trabajaba la greda; trabajaban en lo agrícola, en ser trabajadores de fundo, en cultivar la tierra, en cultivar su pedazo de tierra que tenía cada uno, y ahora cambió: ahora empezaron los hombres a trabajar la greda porque vino la demanda, vino pedido y vino trabajo.

En mi familia ninguno, no hubo, no trabajaban los hombres; si ahora que vino a hundirse el campo y a ser de nombre Pomaire, ahora empezaron; antes ningún hombre le trabajaba en greda.

ROSA TORRES ASTORGA.

Antes era trabajo de mujeres, el hombre no trabajaba en la loza. Un hombre que lo encontraran trabajando, lustrando, sacándole brillo, se avergonzaba, se escondía; si antes era trabajo de mujer no más esto. Los hombres trabajaban en fundos: El Tránsito —que era el fundo de los Barros— ahí iban los hombres a trabajar, a Chiñigüe, a La Palma. Ahora no, hombres y mujeres trabajan en loza y a nadie le da vergüenza. Como tiene venta y los hombres no tienen mucho trabajo por aquí porque han parcelado los fundos, trabajan la loza. Porque han parcelado los fundos, entonces los hombres han comenzado a trabajar la greda; porque no tenían trabajo empezaron a trabajar, en la greda, ahí le tomaron interés.

TERESA MUÑOZ.

En términos de las representaciones que las mujeres tienen de su pasada identidad laboral, ellas niegan la presencia de los hombres en el trabajo de la greda; tienden a ignorar que ellos se especializaron en la factura de grandes objetos, a pesar de que también algunas registran en su relato tal participación.

La identidad laboral de las loceras viejas, sus representaciones, su protesta y las causas explicativas al proceso de masculinización del trabajo de la greda parecen privilegiar su posición en el oficio y no así la pasada presencia de los hombres, sus padres, sus abuelos o vecinos.

Si se periodizan las historias de vida, dividiéndolas entre aquellas de

mujeres nacidas antes de la década del treinta y las de loceras más jóvenes, encontraremos que las primeras hablan de una identidad laboral pasada, ya casi perdida;⁹⁸ las segundas se acercan a la realidad actual de la aldea, caracterizada por una compleja y heterogénea división del trabajo. En ella, una misma mujer ha dejado de controlar y realizar las sucesivas fases del proceso de trabajo, y ha pasado a ser parte de un conjunto de actores que realizan partes fragmentarias del proceso global.

Cristalizando estas transformaciones ocurridas, los relatos de las loceras antiguas dan cuenta de una realidad si no desconocida, al menos no practicada por las loceras más jóvenes. Una menor movilidad geográfica de las mujeres, un bloqueo de las actividades productivas en un espacio estrecho de la casataller, del taller, del puesto de venta en ocasiones, se evidencia en los relatos de las loceras más jóvenes, mostrando cómo las alteraciones han repercutido y transformado el oficio. En cambio, la pasada espacialidad de cada parte del proceso productivo —salir a recoger leña, ir a buscar greda, el guano, ofrecer la loza fuera de la aldea, cambiarla por alimentos— hace pensar en una aldea que se prolongaba, a través del trabajo de las mujeres, más allá de los márgenes actuales. Hoy el oficio está centrado en un lugar donde se compra la greda y la leña a los comerciantes, se fabrica la loza —o parte de ella— y se vende.⁹⁹

Es en este proceso de fragmentación del trabajo y de orientación de la producción a un mercado urbano, donde los hombres van restándole espacio a las loceras.

98 No obstante, muchas loceras de Pomaire, más aún las antiguas, conservan su oficio como a comienzos de siglo, facturando la loza sólo manualmente y a través de esa modalidad se identifican con el pasado: “trabajo a la antigua, a mano, haciendo verdadera artesanía”, es un discurso que se repite, en diversas formas, en la mayoría de las mujeres.

99 Pérez, A., *op. cit.* Estos rasgos comerciales ya estaban, según este estudio, bien definidos en 1972.

2. LOS HOMBRES EN LA ALFARERIA

Al haberse fragmentado el proceso de producción alfarero y mecanizado algunas de sus etapas, los hombres comienzan a invadir el campo laboral femenino según lo señalan las loceras.

Aunque los relatos no permiten establecer ni con certeza ni exactitud el momento en que comienzan a producirse estos cambios, es posible situarlos tentativamente entre las décadas del cincuenta y sesenta, con poco margen de error si nos basamos en las aproximaciones temporales hechas por las mismas mujeres y atendemos a los datos proporcionados por otras fuentes.¹⁰⁰

Tal fragmentación significa, en primer lugar, la separación entre las productoras y las fuentes de materia prima. Atendiendo a la memoria de las mujeres, parece haber incidido en ello fundamentalmente la privatización de tales fuentes.

El centro tradicional de abastecimiento de greda, aunque no el único —el cerro La Cruz—, en algún momento dejó de ser accesible para las alfareras. Algunas mujeres lo relacionan con las plantaciones de viñas en los alrededores de Pomaire. Con todo, parece ser que por la década de los cincuenta ya los aldeanos comenzaron a ver disminuidos los recursos complementarios que anteriormente obtenían sin mayores dificultades en los fundos vecinos: greda, guano y leña.

En una segunda fase del proceso productivo, la preparación de la greda —que antes se hacía pisándola—, la mecanización del trabajo incide en su fragmentación. Llega al pueblo la máquina de moler la greda, el molinillo y las loceras comienzan a comprarla ya preparada.

100 Según Pérez, el 80 por ciento de los ingresos provenían de la alfarería en 1972. En ese mismo año, ya existían puestos de venta y, lo que es más importante, el 48 por ciento de los alfareros trabajaba con torno a pedal. Pero si nos referimos al estudio de Borde y Góngora, para el año 1953, ninguno de estos procesos se hallaba asentado.

Tres hombres son los propietarios de estas máquinas. Ellos se abastecen de greda, la muelen y la venden por carretilladas cuyo precio ascendía, en 1984, a 230 pesos. A eso hay que sumarle el costo del traslado —realizado por un hombre— que suma 20 pesos más por unidad transportada. Con el molinillo se hace innecesario desgredar, vale decir, sacarle a la greda, a mano, clastos y piedras.

La máquina debe haber llegado como quince años atrás. Ahora vamos a buscar la greda preparadita. Los dueños, son personas que tienen plata, son tres hombres. También se dedican a la greda, pero los que tienen molinillos se dedican al macetero no más. Es una máquina igual que esas moledoras de pan, pasan la greda por un rodillo y de ahí hay que ir a comprarla. Tenemos que ir para allá comprarla y tenemos que pagar a un hombre para que la traigan a la casa; 20 pesos la traída, 230 pesos la carretilla. Ahora cortamos. Antes se hacía a pura mano, después llegó el torno y la gente fue ocupando el torno, que es más rápido que hacerlo a mano. Un joven que es cortador viene para hacer el macetero, la jardinera. El nos cobra por pieza, por cada pieza según el porte, de 2 a 5 pesos. Y el trabajo mío es hacer a mano la olla, la paila, el plato, menos el macetero.

Cocemos en la hornilla, con leña que compramos a los camiones que vienen a vender.

ESTER GUZMAN.

Si en 1972 una mínima parte de las alfareras se abastecía en la misma aldea, otras alfareras compraban la greda ya molida a transportistas y comerciantes que la traían de San Antonio y Valparaíso. Entonces, no sólo los detentores de medios mecanizados en la misma aldea se beneficiaban de la fragmentación del proceso de producción de loza, sino comerciantes y transportistas de fuera de Pomaire también lo hacen.

La alteración de las fuentes de materia prima implica la monetarización del proceso de producción desde su primera fase. Antes la greda era extraída sin costo monetario alguno; desde los setenta en adelante

a lo menos, se paga. Aunque las loceras muy pobres aún la vayan a buscar al cerro, deben mandarla a moler pues ya es costumbre.¹⁰¹ De ello ha derivado el desaparecimiento del *pisado* de la greda, faena realizada en el pasado tanto por hombres como por mujeres.

Otro momento del proceso de producción de la loza donde las mujeres tienden a ser desplazadas es el *modelado*. Ello sucede cuando el trabajo manual es reemplazado por el ejecutado en torno a pedal, siempre a cargo de hombres en Pomaire.

Esta vez se agrega una nueva fase al proceso de producción: *cortar* la greda es entregarla al tornero para que modele formas más o menos uniformes y serializadas, que las mujeres completarán en la fase de *composición* de la loza, considerada un área femenina por excelencia. Ella consiste en agregar a la pieza todas las partes que salen de las formas circulares básicas, como las orejas de las pailas, ollas y fuentes; adornos, etc.

Aunque algunas mujeres se nieguen a producir ceramios pretorneados —ya sea por no poder asumir su costo o por considerar que aunque aumenta el ritmo de producción, su calidad se rebaja—, el uso del torno se ha generalizado en Pomaire. Como consecuencia, el oficio femenino en tanto tal, ha tendido a desdibujarse.

El torno a pedal —existen también eléctricos— las ha desplazado a un lugar cuya secundariedad, de toda evidencia, las coloca tras el modelado semimecanizado y dependientes de él.

Otro de los cambios que al parecer anteceden a la introducción del molinillo de la greda y el torno, es el realizado en el cocido de la greda. Se trata del reemplazo de la *pila* por la *hornilla*. Allí también inciden los hombres porque ellos las construyen, aunque ocasionalmente en el caso de las loceras viejas —que conservan el saber— guiados por ellas. Ellos se hacen cargo de la cochura —por lo corriente también los hombres cargan los hornos— realizada antes por las mujeres en el mismo espacio doméstico en que elaboraban la comida. En la antigua forma de cocción, se apilaban los ceramios en torno a un fogón de leña, al cual también se le echaban ramas y guano, aunque este último pareció servir al ennegrecimiento de las piezas.¹⁰²

101 Véase Historia de María López.

102 En la actualidad, en Quinchamalí y Santa Cruz, esta parte del proceso de producción se realiza tal como las loceras de Pomaire lo describen en el pasado. Se cuecen las piezas apiladas en torno a un fogón. Previamente se las ha precalentado, colocándolas sobre el humo y el calor de él, suspendidas en canastos de alambres, los cuales se bajan lentamente,

Uniformización, serialización y fragmentación de la producción parecen ser los efectos de estas transformaciones, donde las mujeres retoman algunas partes del proceso, pero ya subordinadas a los medios semimecanizados, manejados por los hombres.¹⁰³

La composición y el pulido de la loza caracterizan hoy el trabajo de las mujeres, sin que ello signifique que no existan loceras cuyo oficio prolonga en el tiempo el de sus madres y abuelas, aunque sus productos difícilmente puedan competir con el abaratamiento y mayor productividad del trabajo serializado.

aproximándolos de mas en más al calor. Se apilan sobre las brasas y se cubren con guano. Se espera hasta que el combustible se haya acabado, se sacan y se entierran en un montón de guano seco, desmenuzado. De allí las piezas saldrán negras. Si se quieren rojas, no se las entierra en el guano. Luego de este proceso, se dejarán enfriar para ser *encoladas* con colo blanco, que llenará los delgados surcos dejados por los dibujos realizados previamente. Luego se limpiarán y lustrarán con un paño, llegando con esto al final del proceso. (Observación directa del proceso de trabajo en Quinchamalí, octubre 1974).

103 Pero en no pocas ocasiones, los torneros son contratados por mujeres, detentoras de capital comercial que contra tan asalariados.

3. COMERCIANTES Y TRABAJADORAS A DOMICILIO

Si un claro dominio femenino y masculino de trabajo caracterizó la aldea de Pomaire hasta la primera mitad del siglo, las transformaciones en la alfarería y en la agricultura han hecho aparecer, en el curso de las últimas décadas a nuevos actores, evidenciando todas estas transformaciones un agudo, acentuado y creciente nuevo proceso de división social y sexual del trabajo.

Ya hablábamos antes de algunas formas en que los hombres comenzaron a realizar partes del proceso de trabajo, desplazando a las loceras de la práctica de su oficio.

No obstante, esta división del trabajo parece ser aún más marcada, habiéndose generado innumerables actores que hoy concurren, con trabajos específicos y atomizados, a caracterizar la fragmentación del proceso productivo.

Así lo sugiere una locera más joven; su relato identifica a los diferentes tipos de actores —fuera de los hombres— que en la actualidad concurren al trabajo de la greda y a su comercialización en la misma aldea:

Hay personas aquí dentro del pueblo que no trabajan en cerámica. Se dedican solamente a pulir, porque hay personas que hacen solamente las piezas y se las llevan a otras personas para que las pulan. Esto que hago yo misma, hay un grupo de personas que lo hacen. Ellos buscan las personas que les lustren y les llevan el material, las piezas para que se las lustren.

Hay otro grupo de personas que solamente trabajan en puras miniaturas, todo a mano. Hay otras personas que trabajan como ser, en maceteros, jardineras, todas

esas cosas. La mayoría de las personas tienen en su casa torno, buscan un maestro que les vaya a cortar y le pagan por pieza lo que les cortó.

Y hay otro tipo de personas —los de los puestos grandes— que solamente compran, no trabajan.

NORMA RIQUELME.

Una nueva forma de comercialización emerge junto a las transformaciones aludidas, esto es, el comercio *in situ* de loza.

Algunas loceras antiguas se han volcado a esta nueva modalidad en que, a diferencia del pasado, el comercio también emerge como una actividad separada de la producción.

Rosa Torres Astorga fue testigo y actor de la antigua forma de comercializar loza en Pomaire, cuyos rasgos más diferenciadores en el presente derivan de la conjunción de varias actividades: la factura de la greda, dar comida a los ciudadanos, ofrecerles música y tertulia, mantener para ellos una suerte de permanente exposición y venta de loza, y todo ello en el mismo espacio de la casa-habitación. La loza vendida no era sólo la elaborada por la madre sino también piezas encargadas a otras loceras. Esta modalidad sistematizó el trabajo a domicilio de las alfareras desprovistas de lugar de venta:

Mi mamá tendría 94 años; fue la que instaló el primer puesto en Pomaire y toda la gente del pueblo nos entregaba loza. Antes de tener el puesto mi mamá empezó a aprender; le enseñó la mamá de la Julita Vera, la Carmelita Vera, porque mi abuelita no hacía cosas de greda.

Lo que vendíamos era no solamente lo que mi mamá hacía sino lo que la gente nos hacía porque había mucha demanda y teníamos mucha variedad.

Casi todo el pueblo nos hacía cosas, pero nosotras les dábamos los modelos a esas personas. La Helena Herrera, la Mariíta Monto, la Etelvina Pailamilla, tanta gente que nos hacía cosas.

Algunos las entregaban cocidas, otras las teníamos que cocer nosotras; teníamos una persona para que nos

antiguas, también valorizan la originalidad de sus productos,¹⁰⁴ pero tienden más bien a proyectarse a futuro desde una optimización de su quehacer: tienen puesto, venden directamente en la urbe, están integradas al poder comprador de CEMA. Pomaire no es visto sino como un lugar que, por el hecho de reunir a innumerables alfareras, presenta ventajas de localización comercial.

Algunos de los casos de loceras nacidas después de la década del treinta, evidencian situaciones de gran complejidad: aparecen verdaderos “complejos familiares alfareros”, donde cada hermano o hijo se especializa en un rubro productivo. Es el caso de Juana González, cuya familia de migrantes a Pomaire aprende el oficio una vez llegada a la aldea, y lo proyecta nítidamente a la demanda urbana:

Yo soy la mayor de once hijos. Ahora casi todos mis hermanos se dedican a la greda (...) y tenemos puesto (...). Uno tiene la fábrica de maceteros, otro que vende las plantas (...) y hace el macetero para la planta (...). Otro hermano hace unos jarros (...) cosas así especiales y para adorno también...

Mi papá (...) empezó con las estufas y las tinajas grandes (...) Le mandaban a hacer de la Municipalidad, de todas partes.

Con la producción orientada hacia la ciudad, comienzan a introducirse innovaciones en las formas: los artículos utilitarios, de consumo rural urbano, dan paso a las formas ornamentales; nuevas tinajas, ya no como contenedores de semillas, alimentos y bebidas sino como adornos de plazas y jardines; chimeneas, ánforas, maceteros, con forma de “bolivianas”, objetos surgidos de programas televisivos (las “casas de *La Madrastra*”, “topo gigios” para los niños), maceteros con y sin plantas y diversos objetos de decoración.

De esta manera, fuera de los hombres que realizan partes del proceso alfarero —los maestros hornilleros, los torneros, los asalariados o familiares que cargan los hornos, los detentores de los tres molinillos de la aldea, los acarreadores de greda—, nuevos actores, mujeres, casi todas inmigrantes a Pomaire durante la segunda mitad del siglo, han recuperado para sí las prácticas alfareras que caracterizaron, desde el

104 Véase historia de María Zabala Godoy (1948).

siglo XIX, la vida de la comunidad aldeana. En un extremo, los comerciantes, luego las loceras con puesto establecido y, en el otro extremo, las trabajadoras a domicilio, las pulidoras, conservando las loceras antiguas su quehacer tradicional.

Un oficio que se descompone en varios actores y que cristaliza en el presente en un trabajo atomizado donde el capital comercial local, el puesto establecido, parece ser relevante.

El comercio establecido en la misma aldea ha hecho mutar el carácter que tuviera Pomaire hasta los años cincuenta. Está acompañado, desde la creación de CEMA a comienzos de la década de los sesenta, por salidas, más o menos planificadas y excluyentes para una gran cantidad de loceras, a exposiciones y ferias artesanales, organizadas por gobiernos, municipalidades, universidades... Se origina por esta vía una gran competencia entre artesanas, que refuerza la competitividad ya existente entre ellas, fundamentalmente entre las loceras viejas y las nuevas.

Uno de los factores principales de las transformaciones de la estructura productiva alfarera ha sido la ampliación del mercado. Derivado de ello, se alteró el lugar social de las productoras, se modificó el proceso de trabajo, los materiales, el diseño y el volumen de las piezas, a fin de adecuarlos al consumo urbano.¹⁰⁵

105 "... el mercado resignificó las artesanías, las sacó de un sistema social en que la producción y el intercambio eran regulados por la organización comunal. En las relaciones de producción, estos cambios han ido provocando una concentración y salarización progresiva. En casos como la alfarería, se pasa del taller familiar a la pequeña industria o unidad de producción basada en el trabajo de asalariados. Gran parte del poder de decisión sobre lo que deben ser las artesanías es transferido de la producción a la circulación, y para ser exactos a los intermediarios, este sector creciente de comerciantes, casi nunca artesanos, pero que controlan la producción, que logran un enriquecimiento acelerado no frecuente en quienes cuentan al principio con capitales exiguos". García Caclini, Néstor, *Las culturas populares y el capitalismo*, pp. 145 - 146.

4. LAS TEMPORERAS

La antigua división sexual del trabajo en Pomaire —los hombres en la agricultura y las mujeres en la factura de loza— ha ido cambiando de manera tal que, mientras se ha producido una masculinización del trabajo de la loza, también pareciera producirse en estos últimos años, una feminización del trabajo en la agricultura. De ello da cuenta la trayectoria laboral de Norma Riquelme.

Hoy Norma es locera y temporera. Trabaja en la Viña Pomaire, donde su padre fue inquilino¹⁰⁶ con derecho a casa en el pueblo. No lo hace más que durante la primavera y el verano, mientras cotidianamente y a lo largo del año, factura loza, como su madre, como su abuela, como tantas mujeres de Pomaire.

En el fundo no se usaba que trabajara la mujer como ahora último: harán cinco o seis años que la mujer está trabajando. Antes aquí no se veía que la mujer saliera a trabajar al campo como ahora, la pura loza.

Trabajo hace como cuatro años en agricultura, eso sí que por temporadas: siempre en la vendimia, los durazos... Como una trabaja en la cosa agrícola el pago le rinde más porque resulta que uno trabaja y al fin de mes recibe todo junto: el salario. Mientras que la cerámica, no. Puede ser que trabaje toda la semana y el día domingo, si es que está bueno, puede ser que venda algo. Al mes yo creo que deben ser unos seis mil pesos, pero en el tiempo de invierno es siempre un poco más difícil para las que trabajamos en cerámica.

NORMA RIQUELME.

106 Nominación que, sin embargo, corresponde más bien a un asalariado estable.

Su trabajo como temporera se realiza en la producción de fruta. La Viña Pomaire, como tantas otras viñas de la región central del país, se ha encaminado a una reconversión frutícola, dadas las ventajas en el comercio exterior para ese rubro, junto con los bajos precios del vino. Esta reconversión tiene lugar a partir de la puesta en práctica de un modelo de desarrollo agrícola que privilegia, a través de variadas herramientas de política agraria, la producción para el mercado externo, en detrimento de aquella orientada a abastecer el mercado interno.¹⁰⁷

Junto a ello, las parcelaciones y subdivisiones de antiguas haciendas por iniciativa privada o a causa de la Reforma Agraria, han alterado el mercado de trabajo agrícola. Y así, una fruticultura en expansión, destinada a la exportación, sucede a los antiguos huertos familiares de frutas:

Ahora hay mujeres que trabajan en la vendimia, en la fruta. Antes no se veía eso. Cuando yo estaba chica se daba la fruta en las casas, entonces, por ejemplo, la vecina no tenía duraznos y yo al lado tenía y le decía: "Vecina, venga a buscar duraznos, aquí hay tanto durazno" y ya llevaba un tremendo canasto. Después yo no tenía uva y ella tenía: "Venga a buscar uva", y así compartíamos.

ESPERANZA AHUMADA.

(107) Las exportaciones de frutales han tenido la siguiente evolución, en millones de dólares de enero de 1984:

1968 - 1972	30,0
1974 - 1978	82,8
1979 - 1983	202,6
1974 - 1983	1.427,2

Las importaciones de cereales han evolucionado desde 1968 a 1983, en los siguientes términos (en millones de dólares de enero de 1984):

1968 - 1972	106,2
1974 - 1974	347,5
1979 - 1983	256,1
1974 - 1983	3.018,1

Fuente: Echeñique, Jorge, *Bases para la evolución de la crisis agroalimentaria chilena 1968 - 1983*, Agraria, 1984.

La feminización del trabajo agrícola se explica en parte por el cambio en el uso del suelo en las cercanías de Pomaire, pero también por los bajos ingresos percibidos por la venta de loza, toda vez que la mercantilización de la producción ha ido produciendo una fuerte competencia en el mismo pueblo, cristalizada en la separación entre productoras y comercializadores.

Las mujeres ven que las transformaciones en el proceso de producción y comercialización de la loza las obligan a compartirlo con el trabajo de temporada en la agricultura, especialmente en la fruticultura y viticultura, y en menor medida en las hortalizas. El huerto frutal de las pequeñas propiedades de Pomaire, hoy excesivamente fragmentados y subdivididos, ha tendido a desaparecer.

No obstante los cambios recientes en el uso del suelo y las relaciones de producción en el lugar, las mujeres de los estratos sociales cuyos maridos o hijos sólo cuentan con empleo temporal, también trabajan en la agricultura secundando a los hombres. Lo hacen en las labores de la viña, en tiempos de raleo y cosechas, y también, en las hortalizas, como "ayudas familiares" a los hombres pagados por trabajo a destajo o "a trato".

Tal es el caso de María López a contar de los años setenta, de retorno de la hacienda Ibacache donde también ayudaba al marido cuando éste además de trabajar como voluntario para la hacienda, le trabajaba a los inquilinos que contaban con raciones de tierra:

Yo gameleaba, no podía con la cabeza y gameleaba al hombro. También le ayudaba a gamelear al niño; como era chico, no se las podía. Pagaban a tres pesos la gamela; eran de madera. Se iba llenita de uva y uno iba y la tiraba al coloso. La viña tenía inquilinos, pero eran pocos. Ellos trabajaban en los tractores, arriba del coloso con una horqueta echando uva, otros en la bodega embotellando, haciendo el vino, sacando el orujo. Se ocupaba más gente que los inquilinos en la bodega, casi puros de afuera, voluntarios los llamaban. Mi marido nunca fue inquilino, puro voluntario. Los inquilinos ya eran otra cosa, porque les daban tierras, cosechas. Después de ahí, íbamos a aporcar las papas, amarrar los porotos; o él iba a hablar con el patrón para que le diera cortadura de habas; según los sacos que uno

saca, le cancelan. Donde necesitan trabajadura, uno va a esa parte.

Sin embargo, los trabajos de las mujeres en las vendimias tienden a desaparecer debido a que las viñas están siendo reemplazadas por frutales en la Viña Pomaire.

Si Norma Riquelme cuenta con un puesto para vender su producción, María López, que también trabaja en la agricultura, se sitúa en el eslabón más precario de la división del trabajo en la alfarería de Pomaire. No cuenta con hornilla, no tiene puesto de venta. Fabrica piezas que vende a otros comerciantes, lustra a domicilio, alternando el trabajo que realiza en la cerámica con el trabajo agrícola. Una infinidad de situaciones pueden encontrarse en Pomaire, pero todas ellas dan cuenta de un proceso de transformaciones cuyo rasgo fundamental es, a nuestro entender, la separación entre el proceso de producción de loza y su comercialización, la fuerte tendencia a la exclusión de las loceras del control del proceso productivo, y las derivaciones de tales transformaciones en una complejización de las relaciones laborales. Ello cristaliza en que el control comercial, de un lado, y el trabajo a domicilio, del otro, estén encarnados en diferentes actores. Así, las mujeres —unas en el comercio, otras en funciones parciales— en su gran mayoría estarían realizando labores fragmentarias donde destaca su posición subalterna —excesivamente especializada y fragmentada— dominada por el capital comercial local.

Pueden destacarse en este proceso de cambios, la restricción de la pasada espacialidad y movilidad geográfica de las mujeres, debido a la ruptura entre la producción alfarera y el intercambio de loza en el ámbito campesino: un cercamiento del proceso de trabajo alfarero entre las cuatro murallas del hogar-taller y el puesto de venta y, la salida a los trabajos temporales en los fundos y parcelas vecinas, o bien, a exposiciones de artesanías en la ciudad, más o menos ocasionales, donde concurren “las buenas artesanas”.

El trabajo de temporada de las mujeres en la agricultura, les otorga una movilidad espacial diferente de la que tuvieron con el chavelo de la loza: distancias menores para vender no ya su producción alfarera sino su fuerza de trabajo.

A modo de conclusión

Las trayectorias individuales de las mujeres de Pomaire, cristalizan los procesos que, en el curso de este siglo han transformado tanto la vida aldeana como la de sus moradores.

Nacidas entre 1884 y 1948, la generalidad de las mujeres presenta rasgos comunes: en primer lugar, la permanencia en el oficio a lo largo de las trayectorias de vida. Por lo común, ellas lo han aprendido desde muy pequeñas, a través de la imitación de sus madres, parientes o vecinas. Han sabido modelar la greda y, a partir de temprana edad, su trabajo ha significado una entrada económica. Por tanto, las niñas trabajan para recibir algún tipo de remuneración. La independencia y autonomía que les proporciona su trabajo hacen que muchas de ellas hayan elegido vivir solas, en una situación donde los hombres abandonaban la aldea en búsqueda de trabajo en las haciendas vecinas.

En segundo lugar, quienes han salido de Pomaire, incluso por varias décadas, por lo corriente han conservado algunos lazos a través de la propiedad heredada o por el mismo oficio aprendido. Han vuelto después de trabajar en la urbe como empleadas domésticas, o entre el campo y la ciudad como comerciantes, para luego recuperar, transformado, el oficio de loceras.

En tercer lugar, las mujeres llegadas a Pomaire, en su gran mayoría, aprenden el trabajo de la greda: algunas desempeñan la actividad junto a un comercio establecido; otras, junto a los trabajadores temporales en la agricultura.

No obstante las diferenciaciones señaladas a lo largo de los capítulos precedentes entre loceras de distinta edad y diferente condición social, una identidad laboral femenina parece constituirse a través de la práctica del oficio, y aun cuando la alfarería en el presente se constituye en un proceso de trabajo fragmentado en varios actores.

Las trayectorias laborales de las mujeres de Pomaire, hacen presente un proceso conjunto que en términos históricos, por una parte tiende a desdibujar los caracteres originales que tuvo el oficio de locera en el pasado y, por otra, genera un nuevo escenario laboral femenino.

El desdibujamiento del oficio de locera está determinado por la fragmentación y consecuente pérdida del control de las mujeres sobre el proceso productivo y por la transferencia de las decisiones productivas desde la esfera de la producción a la de la circulación de los productos. Estas transformaciones se dan en el marco de una salarización progresiva que, de paso, ha ido incorporando a los hombres a la alfarería privando a las mujeres de su oficio y de su lugar social en la aldea.

La fragmentación del proceso de trabajo ha derivado en asignar nuevos lugares sociales a las mujeres. Entre la figura del comerciante, las loceras con puesto de venta, sin puesto de venta, los torneros, las trabajadoras a domicilio, etc., se ha dividido un proceso de trabajo que en el pasado recayó en una mujer que se desenvolvía, por lo general, en el marco de la cooperación familiar.

La generación de este nuevo escenario laboral femenino no es más que la coronación de los diferentes procesos de transformación que han afectado tanto a la alfarería como a la agricultura; la primera teniendo como referente la ciudad, la segunda el mercado externo de frutas. De esta manera, las transformaciones macrosociales cristalizan en las trayectorias individuales.

Más allá de la inserción de las mujeres en el trabajo alfarero y, en la última década, en los trabajos agrícolas, en conjunto las trayectorias de cada vida singular, son testigos de innumerables transformaciones no sólo referidas a los procesos de trabajo pero que sin duda los acompañan.

Así, por ejemplo, las mujeres también dejan el lugar que tenían en la aldea como parteras, como cultoras de prácticas ligadas a la salud y los nacimientos. La figura de la partera desaparece al mismo tiempo en que la figura de la locera se va desdibujando y dando paso a los otros actores del proceso de trabajo alfarero.

La década de los sesenta se manifiesta en cada trayectoria de vida, como una década de modernizaciones donde el mundo rural se abre a la ciudad. Precedida por la llegada de la luz a Pomaire, en 1952, comienzan a desaparecer las historias de brujos y brujerías y a transformarse en leyendas. Doña Peta, la mama Simona, doña Adela, las parteras de la aldea y mujeres que se encargaban de atender en los partos a otras mujeres que poblaban los fundos vecinos, desaparecen como figuras que, con un saber empírico transmitido generación tras generación, serán reemplazadas por la atención médica en postas o

policlínicos, maternidades u hospitales, anunciando la deslocalización de los partos de la casa a los lugares en que el Servicio Nacional de Salud atiende a la población. Las mujeres habrán perdido un espacio social más en la aldea, así como la instalación de los primeros puestos de venta de loza, crearán las condiciones para el desaparecimiento de un tipo de intercambio de loza, en que las mujeres propiciaban salidas de la aldea para trocar su producción con otras mujeres que les daban a cambio los alimentos que el campesinado de Pomaire había dejado de producir.

La cultura local que evidenciaba el peso de la comunidad aldeana, por esa misma década se desdibujaba también para dar paso a las instituciones de la sociedad global. Las tertulias, las relaciones de compadrazgo interfamiliares que ligaban a la aldea con la vida de las haciendas, el lugar de las mujeres en la vida de la comunidad, fueron desplazados por Juntas de Vecinos y Centros de Madres y, por lo corriente, a través de estos últimos, la producción alfarera femenina llevada a la ciudad al tiempo que la aldea tornaba su pasado campesino en mercados de artesanías.

La década de los sesenta se presenta como una bisagra entre lo viejo y lo nuevo.

Así como en el siglo XIX, la aldea se caracterizaba por un conjunto de actividades agrícola-alfareras donde trabajaban hombres y mujeres, que se mantenían en una situación de pérdida de tierras a causa de su apropiación por parte de los hacendados, durante la primera mitad del presente siglo, los hombres abandonaron el trabajo alfarero en un contexto de acentuación de la descomposición de la comunidad aldeana, sujeta a un marcado y constante proceso de subdivisión y fragmentación de la propiedad. En esta situación, las mujeres se hacen cargo de la alfarería, significando este hecho el último intento de resistencia de los pomairinos a la pérdida de su condición campesina.

La extinción del campesinado de Pomaire es un proceso bien asentado en el presente. A partir de los años sesenta, la circulación de artesanías comienza a dirigir el proceso productivo y las alfareras dejan de tener el control sobre su oficio.

Las mujeres han protagonizado la última forma de resistencia del campesinado de Pomaire ante la pérdida de sus tierras, como cultoras de la alfarería. Si apostamos a este conjunto de hipótesis, después de intentar periodizar las transformaciones ocurridas en los oficios y trabajos de la aldea, donde el trabajo agrícola aparece como un domi-

nio masculino y el trabajo alfarero como un dominio femenino durante la primera mitad del siglo, para luego masculinizarse la alfarería y feminizarse la agricultura, queda como un campo inexplorado aún, el indagar cómo los hombres y mujeres se sitúan frente al capital comercial. Todo parece indicar que más allá de las diferencias de género, no son los pomairinos sino quienes llegan a la aldea los que tienen una posición clave en el comercio de artesanías.

La cultura local que evidenciaba el peso de la comunidad aldeana por esa misma década se desdibujaba también para dar paso a las transiciones de la sociedad global. Las ternuras, las relaciones de compadrazgo interfamiliares que ligaban a la aldea con la vida de las haciendas, el lugar de las mujeres en la vida de la comunidad, fueron desplazados por juntas de Vecinos y Centros de Madres y, por lo común, a través de estas últimas, la producción alfarera femenina llevada a la ciudad al tiempo que la aldea tomaba su pasado campesino en mercados de artesanías.

La década de los sesenta se presenta como una bisagra entre lo viejo y lo nuevo.

Así como en el siglo XIX la aldea se caracterizaba por un conjunto de actividades artesanales donde trabajaban hombres y mujeres, que se mantenían en una situación de pérdida de tierras a causa de su apropiación por parte de los hacendados. Durante la primera mitad del presente siglo, los hombres abandonaron el trabajo alfarero en un contexto de aglutinación de la descomposición de la comunidad aldeana, sujeta a un mercado y constante proceso de subdivisión y fragmentación de la propiedad. En esta situación, las mujeres se hacen cargo de la alfarería, significando este hecho el último intento de resistencia de los pomairinos a la pérdida de su condición campesina.

La extinción del campesinado de Pomairino es un proceso bien asentado en el presente. A partir de los años sesenta, la circulación de artesanías comienza a dirigir el proceso productivo y las alfareras debían de tener el control sobre su oficio.

Las mujeres han protagonizado la última forma de resistencia del campesinado de Pomairino ante la pérdida de sus tierras, como culturas de la alfarería. Si apostamos a este conjunto de hipótesis, después de intentar periodizar las transformaciones ocurridas en los oficios y trabajos de la aldea, donde el trabajo agrícola aparece como un domi-

SEGUNDA PARTE

Mujeres de Pomaire

Paulina Matta

CEM

HISTORIAS TESTIMONIALES DE MUJERES DEL CAMPO

X. Valdés, S. Montecino, K. de León, M. Mack,
Ediciones de Humanismo Cristiano
Círculo de Estudios de la Mujer, 1983

ANDAR ANDANDO

Testimonios de mujeres del sector forestal
Kirai de León, 1985

MUJERES POPULARES

20 años de investigación en Chile,
Ana María Arteaga, 1985

MUJERES DE LA TIERRA

Sonia Montecino, 1984

YO TRABAJO ASI... EN CASA PARTICULAR

Thelma Gálvez, Rosalba Todaro, 1985

pehuén

MEMORIAS

TESTIMONIO DE UN SOLDADO

Carlos Prats

VISION DE AMERICA LATINA

1974-1984

Felipe Herrera

NO PASO NADA Y OTROS RELATOS

Antonio Skármeta

ESCENAS INEDITAS DE ALICIA EN EL PAIS DE LAS MARAVILLAS

Jorge Millas

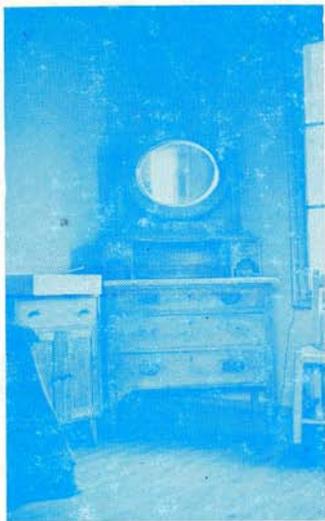
DEMOCRACIA PARA CHILE

Proposiciones de un socialista

Ricardo Lagos

AUTOBIOGRAFIA POR ENCARGO

Cristián Huneus



*“Escuchen niñas solteras
las que están apasionadas
lo que sufrimos en la vida
las que ya somos casadas.
El novio antes de casarse
ofrece el mundo y el cielo,
pero después de casado
con nosotras barre el suelo.
Y si el marido es celoso
y es un borrachín eterno,
el pelo no es de nosotras
y nuestro hogar es infierno.
Si por suerte sale bueno
y no te molesta en na’,
sobrevienen los niñitos
y tenemos que andar miá.*

*Para las niñas solteras
mi consejo hay que seguir,
antes de matrimoniarse
más preferible morir”.*

Composición de Purita Martínez,
cantora de Pomaire.